

José María Haro Salvador
Un hombre de nuestro tiempo
Testimonios y homenajes públicos (1965-2015)

La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), fundada en 1909, es una agrupación de seglares católicos con personalidad jurídica eclesiástica y civil, cuyo carisma se orienta al apostolado católico, formando e instando a sus miembros para que tomen parte activa en la vida pública y sirviendo de nexo de unión de los católicos. El propagandista antepone su compromiso cristiano y su afán de testimonio evangélico a cualesquiera otras consideraciones e intereses, adoptando actitudes inequívocas en favor de la verdad y la justicia y en defensa de la persona humana.

ASOCIACIÓN CATÓLICA DE PROPAGANDISTAS
CENTENARIO

José María Haro Salvador
Un hombre de nuestro tiempo
Testimonios y homenajes públicos (1965-2015)

Edición y notas de Juan C. Valderrama Abenza



CEU | *Ediciones*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

José María Haro Salvador. Un hombre de nuestro tiempo

© 2018, de la edición, Juan C. Valderrama Abenza

© 2018, de la edición, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU *Ediciones*

Julián Romea 18, 28003 Madrid

Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30

Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es

www.ceuediciones.es

Maquetación: Luzmar Estrada Seidel (CEU *Ediciones*)

ISBN: 978-84-16477-73-9

Depósito legal: M-20851-2018

Imprime: Gráficas Vergara, S. A.

Impreso en España Printed in Spain

Índice

Presentación	11
PARTE PRIMERA	
ACTOS DE HOMENAJE (1965-2015)	19
I. Homenaje en el Teatro Principal (30 de enero de 1966)	21
Y sería bueno.....	29
<i>Manuel Cortés Roig</i>	
Palabras iniciales	33
<i>José Cortés Grau</i>	
Haro, paladín del magisterio	39
<i>Alfonso Iniesta Corredor</i>	
Haro, padre de familia.....	51
<i>José María Hueso Ballester</i>	
Haro, magistrado	57
<i>Baltasar Rull Villar</i>	
Hombre de Acción Católica.....	65
<i>Alfredo López Martínez</i>	
Mirando siempre la gloria de Dios.....	75
<i>Monseñor Marcelino Olaechea y Loizaga</i>	
II. En el Colegio Mayor San Juan de Ribera	79
Crónica de los actos	83
Justo es honrar al hombre bueno.....	87
<i>José Vicente Martínez Costa</i>	

III. Homenaje en Cheste	93
Solemne acto en memoria de don José María Haro Salvador	95
Un chestano ejemplar.....	97
<i>Ricardo Marín Ibáñez</i>	
IV. Homenajes escolares	105
Un don para su pueblo	109
<i>Vicente López Rosat</i>	
En lo alto de la cruz de cada día	111
<i>José Luis Villar Palasí</i>	
Su estímulo permanente	113
<i>Juan de Ribera Haro Sabater</i>	
Os entregamos un tesoro	117
<i>Vicente López Rosat</i>	
Un ejemplo a seguir	119
<i>Concepción Hervás</i>	
Clausura del curso escolar (1966-1967)	123
<i>Ramón Llin</i>	
V. Apertura de la fase diocesana del proceso de canonización	127
Arranca en Valencia el proceso de canonización de José María Haro	131
Discurso de Apertura	135
<i>Carlos Romero Caramelo</i>	
Discurso de Apertura	137
<i>María Luisa Haro Sabater</i>	
Una experiencia inolvidable.....	141
<i>Rosalía Haro Sabater, Sch. P.</i>	
El primer magistrado valenciano camino de los altares	145
<i>Ramón Fita Revert</i>	

Estaba atento a las necesidades de todos*	149
<i>María Martínez López</i>	
Una intrahistoria providencial	153
<i>Pablo Sánchez Garrido</i>	
Disponibilidad sin límites	155
<i>Juan C. Valderrama Abenza</i>	

PARTE SEGUNDA

PUBLICACIONES EN PRENSA	159
Un hombre de Dios	161
<i>Ismael Peidró Pastor</i>	
¡Ruega por nosotros!.....	165
<i>José Corts Grau</i>	
Haro, apóstol.....	167
<i>Roberto Moróder</i>	
Presencia y estímulo de una vida ejemplar	169
<i>Cándido Salazar Salvador</i>	
Todo un hombre	173
<i>Ricardo Marín Ibáñez</i>	
Su lección permanente	177
<i>José María Montolío Montesinos</i>	
Porque el Señor le llamó, se fue de nosotros.....	179
<i>Jerónimo Gómez Soto</i>	
José María Haro y el magisterio.....	181
<i>Serafín Manzano Rubio</i>	
Rectificación de un olvido lamentable	187
<i>José Salazar Salvador</i>	
A José María Haro Salvador	189
<i>Prudenci Alcón i Mateu</i>	

Presentación

La vida de ningún hombre la mide enteramente el juicio que recibe de los otros; lo esencial, quiérase o no, siempre se nos escapa. En su relación con nosotros, los demás apenas si nos abren unas pocas rendijas a las que poder asomarnos y en las que poder distinguir, como en su fondo, alguno de los rasgos de su personalidad. Ni aun siendo muchos todos esos rasgos pueden proporcionarnos una imagen suya suficientemente perfilada, sino muy incompleta, incapaces nosotros de tenerlos presentes todos en un solo golpe de vista, sin dejar ninguno. Solo de un modo podemos salvarnos de tanta fragmentación, y es que medie el amor. Entonces sí; entonces somos verdaderamente lo que ven en nosotros y uno queda expuesto, irremediamente expuesto, a la mirada del otro.

Claro que nunca la transparencia llega a ser total entre nosotros. Solo Dios nos tiene a la vista en lo que verdaderamente somos. Para Él no existen, como sí en nosotros, puntos ciegos. Por eso a su mirada hay que acudir para que se nos haga justicia. Y no otra cosa demanda el corazón humano: que se le haga justicia, pero no con la medida que suele ser la nuestra, sino con esa otra –la Suya– desbordante. Es decir, que se nos mire como nos mira Él, con la misma ternura, sin dejarse nada.

Eso que Él tiene de forma tan transparente ante sus ojos es lo que cada uno de nosotros verdaderamente somos. Ahí, en esa misma visión, se encuentra lo que en las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento constantemente se apunta como nuestro nombre más verdadero y esencial, ése con el que Dios mismo nos llama, pero que aquí abajo, a nosotros, nos es desconocido. Es un nombre –se nos dice– que «está escrito en los Cielos» (Lc 10, 20), «un nombre que no

se borrarán jamás» (Is 56, 5; cfr. Ap 3, 5), sino que se mantiene ahí, perennemente, en el presente de Dios, «porque así como permanecerán ante mí el cielo nuevo y la tierra nueva que yo haré, así permanecerán vuestro linaje y vuestros nombres» (Is 66, 22). Vivir en su memoria, que no aparte Él su mirada de nosotros... ¿no es ésta acaso la súplica más profunda que puede brotar del corazón del hombre cuando éste, echando cuentas sobre su propia vida, toma conciencia de cuánto distan en él lo infinito de su propio deseo y esta pequeña y fragilísima vasija que es él mismo en la que lo conserva?

Tal vez, en efecto, nadie recuerde nuestros nombres cuando nos hayamos ido. Así nos iremos muchos, sombras entre sombras, como si nunca hubiéramos sido... Pero Él sí, Él sigue recordándonos, nos guarda en su memoria, diciéndonos, nombrándonos por toda la eternidad. Todos somos de algún modo esos por los que abogó el poeta –«los muertos que nacen», escribió– para que al nombrarlos Él no acabasen devorados por el olvido del mundo. «Tú sí los llamarás», decía cargado de esperanza Luis Rosales a Dios...

Tú sí los llamarás; son los que esperan,
los semovientes náufragos que saben
que el roce irá gastando día tras día
su materia carnal [...] ¡Vuelve a nombrarles!
¡Nadie sabe su nombre entre nosotros! (*Rimas*, 1951)

La aspiración a la santidad quizá no sea en el fondo sino el deseo más profundo de que coincidan en nosotros, inexorablemente abocados al desgaste del tiempo y a la incertidumbre de nuestra propia libertad, ese nombre que Dios nos da y el que le habremos de devolver nosotros. Un deseo radical de justicia que hace de nuestra fidelidad a Dios la afirmación más perfecta de la propia vida, respuesta amorosa a un amor que en todo caso se nos dio primero (cfr. 1 Jn 4, 19): «Si estoy contigo –escribió el salmista– no deseo nada en la tierra. Aunque mi corazón y mi carne se consuman, Dios es mi herencia para siempre [...]. Mi dicha es estar cerca de Dios» (Sal 73, 23-28).

Cuando mueren, algunos de entre nosotros dejan vivo su recuerdo a nuestro alrededor y trazan con sus nombres la topografía en que se van moviendo luego nuestros pies, como un mapa que nos permite orientarnos sobre unas cuantas certezas básicas de las que ellos, rotulando nuestras calles, edificios, plazas..., siguen con el pasar de los años dando callado testimonio. Para la vida de un pueblo nada hay más vital que el cuidado de esa topografía que encarna la memoria a este lado nuestro de la eternidad de quienes, porque nos han precedido, han hecho ya del que es también nuestro destino *historia*: una realidad densa, cumplida ya, coagulada en tantas y tantas obras, instituciones, escritos, palabras, gestas... a la vista de las cuales –y solo a la vista de las cuales– podemos entender nosotros nuestra realidad más presente, solidarios en el origen con ellos, pero también en el fin. Da igual cuánto tiempo sea el que separe sus pasos de los nuestros: esto hace de cada uno de ellos un hombre, una mujer, de nuestro tiempo.

Con este reconocimiento –*Un hombre de nuestro tiempo*– se quiso hace medio siglo poner a la vista de todos y para memoria futura las palabras completas, intervenciones sentidas, pronunciadas en honor de José María Haro en el Teatro Principal de Valencia muy poco después de su fallecimiento. De aquel acto seguirían hablando entre sí algunos de sus protagonistas durante largo tiempo, hasta la paulatina desaparición de todos ellos. Ese mismo año, el siguiente, el siguiente y aún en los tres posteriores, unos y otros evocaban en su contacto epistolar aquella tarde magnífica, recordaban sus palabras, agradecían los gestos, se sorprendían juntos por tanto como había salido en sus poco más de sesenta años de vida de aquel cuerpo alto como una palma, desgarbado, enfermizo, enjuto, de hechuras quijotescas como era el de José María Haro; de su voz apenas perceptible y escasísima, medida hasta el extremo, incapaz de no dar a sus órdenes otro brío que el de una dulce insinuación; de aquellas horas del día siempre insuficientes que en sus manos parecían multiplicarse como en el milagro de los panes y los peces, en una actividad frenética, casi imposible, que llevaba a la extenuación a quien –¡ingenuo!– pretendía seguirle...

Ese año, la entidad organizadora de aquel acto, la todavía viva Asociación Católica de Maestros de Valencia, lanzó una edición de aquellas intervenciones de cinco mil ejemplares, que rápidamente se fueron distribuyendo entre propios y extraños, dentro y fuera de Valencia¹.

Tantos años después, con su causa de canonización ya iniciada, y desaparecidos todos los que directamente tuvieron algo que ver con aquella celebración, queremos ofrecer de nuevo el recuerdo de aquel momento, dando a la luz otra vez los testimonios de todos los que intervinieron en él.

Toda la primera parte de este volumen corresponde a aquel acto tal y como nos ha llegado a través de ese folleto. Le siguen luego los textos que se han podido conservar, en algunos casos también publicados, procedentes de otros tantos homenajes celebrados por esos mismos años, desde el momento de su muerte en 1965, hasta pasada ya la década siguiente, entre 1971 y 1980. Todo lo cual lo corona el entrañable acto que tuvimos la dicha de celebrar de forma tan significativa al cumplirse los cincuenta años de su fallecimiento, con la apertura en Valencia de la fase diocesana de su causa de canonización, el día 16 de junio de 2015.

En una segunda parte –*Publicaciones en prensa*–, se seleccionan algunas de las semblanzas, necrológicas y artículos en su memoria publicados en distintos medios de información en los años más próximos a su fallecimiento, salvo los que aparecieron con ocasión de la apertura de la Causa, que se incorporan junto a los discursos en el apartado correspondiente.

Hoy quizá no sean muchos los que fuera de su patria chica sepan algo de este chestano de pura cepa, de familia modestísima, cuyo talento y capacidad de trabajo le hizo destacar muy joven y que llegó a

¹ José María Haro Salvador. *Un hombre de nuestro tiempo (velada en homenaje. Valencia, 30 enero 1966)*, Asoc. Cat. Maestros de Valencia, Valencia 1966, p. 65.

ser una de las figuras más sobresalientes de la Valencia de entre los años 40 y 60 del siglo XX. Para pocos entonces podía serles desconocido el nombre de José María Haro. Sobre todo si se formaba parte del entorno de Acción Católica, de cuya rama masculina en Valencia fue presidente durante doce años realmente decisivos (1942-1954), o de la Asociación Católica de Propagandistas, a la que se incorporó en la segunda hornada de socios valencianos en 1928; del Instituto Nacional de Previsión, al que estuvo muy vinculado, que antecedió en materia de política social a los organismos públicos actuales de previsión y seguridad social en España; o de la rama social y laboral de la magistratura, de la que fue primer miembro en Valencia y juez decano.

Muchos se habían formado en su compañía en las aulas de la Escuela de Magisterio y de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia, o como residentes del Colegio Mayor del entonces beato Juan de Ribera, en Burjasot, que tan gloriosas páginas ha ayudado a escribir para la historia de la ciencia, la cultura y la política españolas del siglo XX, y en el que residió de forma absolutamente excepcional –no me consta que alguna otra vez repetida– por un tiempo de diez años. Otros, no pocos, actuaron bajo sus órdenes en la judicatura, como juez de primera instancia o magistrado del trabajo; en la corta pero muy fructífera vida de la Delegación provincial de Primera Enseñanza o en los organismos diocesanos de apostolado laical y de asistencia social, muchos de los cuales aún existen y que tuvieron en él a uno de sus miembros más activos, cuando no incluso a su propio fundador, si no siempre oficialmente sí *de facto*, como inspirador o ejecutor principal del querer de otros.

Si se trata de buscar los orígenes de la Acción Católica y de la ACdP en Valencia, ahí está –junto a otros– José María Haro. Si es de las formas de participación activa de la juventud católica en el entorno universitario y civil de antes de nuestra guerra, lo encontraremos también, líder entusiasta. Suya fue la primera escuela de periodismo de la Iglesia, que promovió junto a Luis Lucia, a imagen –aunque a menor escala– de la que entretanto cuajaba en Madrid alrededor de Ángel Herrera Oria. Muy suya también la Asociación Católica de Maestros en la que, bajo el genio organizativo del arzobispo Olaechea, se

fundieron los esfuerzos de otras instituciones previas en las que el liderazgo natural de Haro Salvador había impuesto ya también su sello. Casi al mismo tiempo, en 1947, daba cuerpo jurídico, ponía en marcha como director y asentaba el espíritu de uno de los frutos más granados de cuantos brotaron del corazón salesiano de aquel santo arzobispo en los años de su pontificado levantino: el Banco de Nuestra Señora de los Desamparados. ¡Con qué entusiasmo acogió de manos de su obispo esta enorme responsabilidad! ¡Con qué espíritu, sabiendo que era a los hijos predilectos de la Virgen –a los desamparados– a quienes en realidad servía! «El Banco huele a entierro...», le escribieron un día. «Llegaremos –respondió Haro–: es obra de Dios, vencerá el Señor... pero nos hemos de mover...».

Ahí había que buscar muy especialmente a José María Haro, en la dimensión social de la obra civilizatoria de la Iglesia, primero bajo el largo gobierno de Prudencio Melo y luego, en los veinte años de su entrega a Valencia, de Marcelino Olaechea: el Banco de Nuestra Señora y la Tómbola de San Marcelino, la creación de barriadas enteras de «casas baratas», erección para ellas de escuelas, constitución de nuevos templos... Fue hijo fiel, obediente y leal de la Iglesia, a la que quiso servir como se le enseñó a servirla: tal y como ella deseara ser servida. Y como tal murió, desgastado al extremo, aunque todavía joven, dejando tras de sí la estela de una actividad arrolladora cuyas obras, pocas veces espectaculares, no nublaron nunca lo esencial: hacer de Cristo –comenzando por él mismo– todas las cosas.

Unas últimas palabras. Ojalá sea útil, pero éste no quiere ser un libro académico, ni tampoco histórico. Ninguno de los textos que lo componen se pensaron en su día para atraer la inteligencia de historiadores, filósofos, sociólogos o pedagogos, sino el corazón de un público en la mayor parte de los casos realmente presente ante los oradores, en un auténtico diálogo que todavía hoy podemos prolongar de distinta forma, ciertamente, pero sin perder apenas la viva

palpitación de aquellas intervenciones cuando lo único que a nosotros nos queda, irremediabilmente privados del timbre y el acento, son estos restos suyos que recogen los textos.

No es a especialistas, pues, a quienes tampoco nosotros queremos dirigir estas páginas, sino a cualquiera que habiendo conocido –quién sabe si fortuitamente– al hombre del que tratan, quisiera conocerlo un poco más, verle como también le vieron, o a quien sin todavía haberle conocido pudiera hacerle un bien acercarse a su reflejo. Que no se enciende una lámpara para ponerla en oculto, sino sobre el candelero, de modo que todos puedan ver al entrar su resplandor (cfr. Lc 11,33; 8, 16-17; Mc 4, 21-22). Eso había que hacer precisamente ahora: poner bien alto –cuanto pudiéramos– esta lámpara que estaba encendida ya, pero muy escondida.

Esto no obstante, me ha parecido conveniente incluir de vez en cuando algunos pocos datos, referencias, notas, breves apuntes biográficos, que permitan contextualizar ciertas ideas, nombres propios, alusiones veladas o citas indirectas. Prurito académico, seguro... Pero el tiempo en que se leen estas páginas no es el de cuando se escribieron, ni tampoco el contexto, por lo que no está de más ayudar a la comprensión de cada relato remitiendo a información complementaria, que es la que he querido proporcionar tanto a modo de introducción en cada apartado de la primera sección (en texto siempre en cursiva para diferenciarlo del resto), como en notas a pie de página. Todas estas notas, sin excepción, como las líneas que introducen cada apartado, son mías, por lo que puede prescindirse completamente de ellas sin alterar en nada la lectura de lo que en verdad interesa, que son los textos. Ojalá los errores que contengan, de los que soy el único responsable, no sean demasiados y puedan cumplir esa modestísima misión. También el libro.

Juan C. Valderrama Abenza
Valencia, 8 de diciembre de 2016
Festividad de la Inmaculada Concepción

Parte Primera

Actos de homenaje

(1965-2015)

I

Homenaje en el Teatro Principal

(30 de enero de 1966)

La crónica que sigue, firmada por «un directivo» de la Asociación Católica de Maestros de Valencia, organizadora del evento, fue publicada en su revista Valencia Escolar (año XIX, nº 157, febrero 1966, pp. 1-4), con el título «Grandioso Acto necrológico en el Teatro Principal, como homenaje póstumo a Don José María Haro Salvador. –Nuestra Asociación escribe una brillante página en la Historia de Valencia». Se trata de la más completa de las aparecidas en aquellas fechas sobre aquel importante acto en los distintos medios de información valencianos, civiles y eclesiásticos, lo que hace innecesaria cualquier otra introducción por nuestra parte. Basten, si acaso, las notas que se incorporan al hilo de cada discurso, sobre todo con apuntes de tipo biográfico, para una mejor contextualización –como se anunciaba en la Presentación– de ideas, hechos y personajes.

El día 30 de enero de 1966, como estaba previsto, se celebró en Valencia la solemne velada proyectada en memoria de quien fue destacado Consejero de nuestra Asociación, nuestro llorado amigo José María Haro Salvador.

Las raíces del memorable acto celebrado en el Teatro Principal hay que buscarlas en el corazón espléndido y generoso de nuestro Presidente.

Cuando fuimos a ver a don José María Haro, pocos días antes de su muerte, salimos de la visita profundamente emocionados al comprobar lo poco que pesaba en aquel hombre el soporte físico, al que pronto abandonaría para entregar su espíritu al Creador con ilusión de cristiano ejemplarísimo.

Y fue al terminar, llenos de la tensión emocional de la entrevista, cuando don Vicente¹, cogiéndonos del brazo, dijo: «Don José María se muere y hemos de hacer algo por él; hemos de pagarle lo mucho que ha hecho por el Magisterio». El acento que puso don Vicente en sus palabras era desbordante, contagioso y nos ganó enseguida. Pensé que tenía razón y acudió a mi mente el triste cuadro de los diez leprosos curados por Jesús, la fama de olvidadiza con los hombres destacados que tiene Valencia y pensé también –¿por qué no decirlo?– en el lamentable olvido, con evidente injusticia, en el que cayeron otras figuras muy dignas de que el Magisterio tuviera con ellas un recuerdo piadoso.

No hace falta ahondar más, para que acuda a la memoria del Magisterio Valenciano la figura ejemplarísima de un gran luchador, arquetipo de Maestros cristianos, desaparecido hace unos años. La familia de Haro y sus numerosos amigos no debían pasar por la amargura de un olvido de este tipo.

Así lo entendieron todos los directivos quienes desde los primeros momentos se pusieron al servicio de la familia de nuestro bienhechor.

¹ Se refiere a Vicente Hervás Vallés (1890-1971), que fue primer Presidente de la Asociación Católica de Maestros de Valencia y de quien fue estrecho colaborador José María Haro en los problemas relacionados con la enseñanza primaria y la formación de los maestros desde las instituciones que a tal fin se fueron constituyendo orgánicamente en la Iglesia diocesana, en los años, sobre todo, del arzobispo Olaechea.

Luego llegó la organización de la memorable velada. Eran muchas las actividades de Haro que merecían destacarse y había que reducirlas. Por fin quedaron cuatro fundamentales que debían glosar las personas más idóneas elegidas a escala nacional. Todas aceptaron complacidas. Luego hubo que elegir el marco del acto. Merecía que fuera el mejor, el Teatro Principal, cuyo coste estaba fuera de los alcances económicos de las entidades organizadoras. Pero era el corazón el que mandaba –no se hubiera celebrado el acto de haber participado nuestra mente–, nos lanzamos a tumba abierta y contratamos el teatro. Providencialmente visitamos al diputado provincial don Manuel Garrido Alfonso, quien con un cariño extraordinario hacia los maestros que nunca agradeceremos bastante, consiguió del Presidente don Bernardo Lassala, que fueran allanadas las dificultades de tipo económico².

Pero al fin todo se solucionó y llegaron las compensaciones. Al iniciarse la velada el Teatro Principal ofrecía un aspecto imponente. En la Presidencia, las primeras autoridades valencianas y los rectores de las entidades más importantes de nuestra ciudad. En las localidades se veían destacadas figuras de la intelectualidad valenciana. Aquí no hubo deserciones como en el citado milagro de los leprosos.

En medio de un silencio impresionante, nuestro reverendísimo señor Arzobispo inició la velada elevando sus preces en memoria de Haro Salvador, oraciones que fueron contestadas por todo el auditorio.

El Vicepresidente del Consejo Diocesano de Hombres de Acción Católica, don Manuel Cortés Roig, pronunció unas palabras con voz emocionada acerca de la significación del acto que iba a celebrarse

² Manuel Garrido formaba parte de la Diputación de Valencia, a la que correspondían los derechos de administración del Teatro Principal, donde se celebró el homenaje, por representación orgánica como miembro de la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación. Fue importante su colaboración para la cesión gratuita del local a los organizadores, a petición del presidente de la Asociación Católica de Maestros, Vicente Hervás (Oficio nº 217, Dip. Prov. de Valencia, 29 de enero de 1965). Presidía entonces la Diputación Bernardo Lassala González (1911-1987), antiguo propietario arrocero y militar del ejército del Aire, de largo mandato al frente de la institución, entre los años 1958 y 1970. Cfr. MIR MONTALI, V. R. (1995) «Elecciones, partidos y políticos en la Valencia del siglo XX», en CHUST, M. (dir.) (1995) *Historia de la Diputación de Valencia*, Dip. Val., Valencia, pp. 547-592.

y seguidamente el excelentísimo señor don José Corts Grau³, rector magnífico de la universidad, inicia su oración, cordial, profunda, llena de hondo sentido, ejemplar trascendente, vibrante en los conceptos y ajustada en la frase. Vocablos como estos: esperanza, eternidad, eucaristía y evangelio, constituyen la norma, las columnas que hacen firme una vida; cómo hallarse curado de ambiciones es vivir en la tierra con resplandor de cielo, como un anticipar la eternidad. Todo ello adscrito a Haro era un dulce temblor y un aleteo de angélicas virtudes, que hacían recordar en qué alto grado las poseyó en su vida, y cómo en holocausto hacia lo alto y ansias de santidad y de esperanza, quitó del corazón lo que estorbaba, y en amplio desvivirse por los otros, supo ofrendar su vida. Desdeñó lo superfluo, fue obediente, varón justo y humilde, supo siempre cumplir con su deber en donde estuvo, ¡y estuvo en tantas partes...! que apenas reservaba para sus atenciones personales la más exigua cantidad de tiempo. Este darse a los hombres, incansable, por el amor de Dios y de las almas constituye el mayor timbre de gloria que pudo alcanzar Haro, niño grande, embebido en la gracia divina.

El Ilmo. Sr. don Alfonso Iniesta Corredor⁴, Inspector de Educación Primaria de Madrid y Consejero de Educación Nacional al recordar

³ Hijo de maestro, J. Corts Grau nació en Fortaleny (Valencia) en el año 1905. Entre 1924 y 1929 estudió Derecho en la Universidad de Valencia, con ampliación de estudios en Friburgo. Doctor en 1932 con una tesis dedicada al *Ideario político de Balmes*, fue catedrático de Filosofía del Derecho y Derecho Natural en las Universidades de Granada (1935) y Valencia (1941), donde ejerció diversas responsabilidades de gobierno, hasta su designación como Rector en 1951, cargo que prolongaría hasta 1967. Falleció en Valencia el 4 de enero de 1995. Fue compañero de José María Haro largos años tanto en A.C. –la Guerra Civil le sorprendió en Granada como secretario de la Junta Diocesana de esta organización– como en la A.C.N. de P. Ambos recibieron juntos la insignia de socios el 5 de noviembre de 1928, en la que sería la segunda promoción de propagandistas del Centro valenciano.

⁴ Alfonso Iniesta, nacido en Pozocañada (Albacete) en 1901, ejerció como maestro en Bañeres y Madrid antes de su paso por la Inspección de enseñanza, a la que llegó desde la Junta Técnica Nacional de Maestros. Fue autor de un buen número de títulos de contenido pedagógico –*Garra marxista en la infancia* (1939), *Orientaciones sobre la disciplina escolar* (1940), *El orden nuevo en la educación de juventudes* (1941), *La infancia de hoy, juventud de mañana* (1951), *Rasgos para una educación misional* (1954), *Educadores. Perfil moral del docente* (1959), *Didáctica, metodología y organización escolar para oposiciones* (1961), *Los gitanos: problemas socioeducativos* (1981)...–; de historia de la educación –*Educación Española* (1941), *La tradición educativa española y Don Andrés Manjón* (1941), *La Pedagogía de San José de Calasanz* o *La educación de Felipe II* (1960)–, y religiosos, como *Dicen las florecillas. Estampas franciscanas* (1959), galardonado con el Premio Lazarillo de 1958, *El concilio ecuménico Vaticano II* (1962), o las biografías *Los santos ríen y lloran* (1960), *Juan XXIII, el Papa bueno y amable* (1961), e *Hijo de obrero, arzobispo de Valencia* (1992), dedicada a don Marcelino Olaechea. Propagandista del centro de Madrid, murió en la ciudad de Alicante en 1994.

a Haro como un paladín del Magisterio, expone a grandes rasgos la labor incansable que en toda circunstancia llevó a efecto en defensa del maestro; cómo en todo momento y ya desde su infancia, sentía por nosotros, por el suyo de las primeras letras, una veneración extraordinaria y cómo enamorado de la función docente, se hizo también maestro y lo fue en grado sumo en tantos estamentos con su misión rectora.

Los padres de Familia y en la destacada personalidad del Ilmo. Sr. don José María Hueso Ballester, Secretario de la Confederación Nacional que pronunció el discurso sobre «Haro como padre de familia», tuvieron en el acto la oración entrañable de un compañero afín en sus campañas, el cual nos daba a conocer de forma exacta y detallada la gran labor, la inmensa entrega que a estas grandes empresas de índole nacional por la Familia, aportó siempre Haro.

El Excmo. Sr. don Baltasar Rull Villar⁵ glosó el tema de «Haro, Magistrado», y su voz entrañable, ajustada y vibrante puso de manifiesto cómo las vocaciones que informaron la vida de Haro Salvador fueron siempre éstas: Justicia y Enseñanza; las dos bases más firmes sobre las que habrá de cimentarse en todo tiempo el mejor porvenir de nuestra Patria.

El subsecretario del Ministerio de Justicia, Excmo. Sr. don Alfredo López Martínez⁶, habló de Haro como «Hombre de Acción Católica»,

⁵ Natural de Onda (Castellón), donde había nacido en 1901, Rull ocupó la alcaldía de Valencia apenas cuatro años, entre 1951 y 1955. Formado en Derecho en Valencia y Madrid, se incorporó a la Judicatura, prestando servicio en los partidos de Chelva, Segorbe, Alzira y Castellón. Magistrado de la Audiencia provincial de Valencia, en 1960 fue designado presidente de la Sala de lo civil del Tribunal Supremo (Madrid), cargo que desempeñó hasta su jubilación. Amante de su tierra y de su pasado histórico, fue, amén de juez, cronista de su localidad natal desde 1943 e *Hijo Meritísimo* de la misma. Miembro de la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación, cuenta en su haber con varios títulos de naturaleza jurídica, de memorias (*Memorias de un juez español*, 1959) y de historia local.

⁶ Sin duda uno de los grandes nombres de la historia en España de Acción Católica, Alfredo López nació en Madrid en 1905, en cuya Universidad cursó estudios de Derecho y donde ejerció como abogado (1931-1964) y Procurador en Cortes (1959-1965). Fue vocal y Secretario de la Junta Central de A.C. desde su constitución, bajo la presidencia de Ángel Herrera Oria, con quien colaboró igualmente con información especializada y crónicas judiciales para *El Debate*, hasta el año 1934. Tras la finalización de la guerra civil, fue nombrado Vocal de la Junta Nacional Técnica de A.C. y más tarde Presidente (1945-1959). Subsecretario en el Ministerio de Justicia bajo el mandato de Antonio María de Oriol y Urquijo (1965-1973), fue miembro y luego presidente de la Comisión interministerial sobre libertad religiosa –de la que emanó la Ley de libertad religiosa de 1967– y de la comisión ministerial para la revisión del Concordato con la Santa Sede vigente desde 1953.

haciendo resaltar con elocuencia bien significativa la suma de valores humanos, religiosos y morales, que en todos los ambientes y como aportación constante y oportuna, fue vertiendo, a lo largo de toda su existencia, la tarea incansable de este gran valenciano. Obediente y sumiso siempre a la Jerarquía, a ella le rindió, adicto, todo su fecundo apostolado, un ferviente homenaje, con su oración constante, su palabra y su pluma, aunque ello supusiera en muchos casos renuncias personales o inmensos sacrificios.

Al hablar de su horario recargado y exigente por tantas atenciones y deberes, pone de manifiesto cómo Haro supo ordenar su tiempo de tal forma, que no desperdiciaba ni un minuto; y en la Iglesia, en su casa, profesión y familia, en su vida social y ciudadana, tan representativa, nos dio siempre el ejemplo de lo que un militante católico como él lo era, en las filas activas del apostolado seglar, su voluntad de acción y su trabajo, lo superaban todo. Hizo un canto a su esposa ejemplar y admirable, cuya comprensión dulce, sublime, fue su apoyo más noble y eficiente.

Con la paternal bendición del Sr. Arzobispo a todos los presentes, se clausuró este acto, en cuya presidencia figuraban honoríficamente y en torno del prelado, don Marcelino Olaechea y Loizaga, el subsecretario del Ministerio de Justicia, don Alfredo López Martínez; gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, don Antonio Rueda Sánchez-Malo; gobernador militar de la plaza, general Blanco Olleta, en nombre del capitán general; coronel de Aviación, don Manuel Bernal, que ostentaba la representación del general jefe del Aire; secretario de la Comandancia de Marina, don Joaquín Vila Belda, en representación del comandante; alcalde de la ciudad, don Adolfo Rincón de Arellano⁷; presidente de la Diputación, don Bernardo de Lassala y González; presidente de la Audiencia Territorial, don Cándido Conde Pumpido; rector de la Universidad, doctor don José Corts Grau; don

⁷ Cardiólogo de profesión, formado en Valencia, Madrid y Roma, Adolfo Rincón de Arellano y García (1910-2006) presidió el consistorio valenciano entre 1958 y 1969. Procedente del movimiento monárquico regional, fue uno de los fundadores en Valencia y jefe regional de la Falange Española desde su nacimiento en el célebre discurso de José Antonio Primo de Rivera en el Teatro Comedias de 1933. De 1943 a 1949 fue presidente de la Diputación Provincial de Valencia y, en condición de tal, Procurador en Cortes.

Baltasar Rull Villar, magistrado del Tribunal Supremo y ex alcalde de Valencia; fiscal jefe de la Audiencia Territorial, don Juan Antonio Altés Salagranca; delegado de Hacienda, don Remigio Nebot Aparisi; don José María Hueso Ballester, secretario de la Confederación Nacional de Padres de Familia; don Alfonso Iniesta Corredor, inspector central de Enseñanza Primaria; delegado de Trabajo, don Victorino Anguera Sansó; presidente de la Asociación Católica de Maestros, don Vicente Hervás; presidente de la Federación de Padres de Familia, don Ángel Ortuño; don Isidro Niñerola, presidente del Consejo de los Hombres de Acción Católica; inspector jefe de Enseñanza Primaria, don José María Vela Payán, en representación de la Dirección General de Enseñanza Primaria; ilustrísimo señor deán de la Catedral de Zaragoza y prelado doméstico de Su Santidad, reverendísimo señor don Hernán Cortés Pastor; presidente de la Asociación de Antiguos Becarios del Colegio Mayor de San Juan de Ribera, de Burjasot, don Carlos Verdú; presidente del Consejo Provincial del Instituto Nacional de Previsión, don Julio de Miguel; magistrado decano de Trabajo, don Alejandro Romero; director del Instituto Nacional de Previsión, don José Monén; delegado provincial del S.E.M., don Cándido Salazar; el delegado administrativo de Educación Nacional, don Reyes Vera; don Enrique Taulat, decano del Colegio Notarial, y otras relevantes personalidades.

Se recibieron multitud de adhesiones de diferentes provincias españolas entre las que merecen destacarse las del eminentísimo cardenal don Ángel Herrera Oria⁸, y de otros muchos prelados españoles, así como también las del rector de la Universidad de Madrid, consejeros nacionales, alcaldes y altos cargos de la Iglesia, la milicia, la judicatura y la enseñanza⁹.

⁸ «Adhiérome cordialmente –decía en el telegrama dirigido a V. Hervás (Málaga, 31 de enero de 1966)– [al] homenaje [en] honor del que fue mi querido amigo José María Haro. Modelo [de] caballeros cristianos[,] padres de familia y hombres de Acción Católica, Cardenal Herrera», Archivo Diocesano de Valencia [= ADV], Sec. José María Haro Salvador, caja 1, leg. 6 (en adelante, dado que no ha concluido el proceso de inventariado y clasificación de toda la documentación disponible en archivo, se hará constar junto a los datos de descripción de los documentos que se citen, número de caja y legajo, sin otra precisión).

⁹ Entre los días 23 y 30 de enero, junto a otras muchas adhesiones y muestras de afecto, se recibieron cartas y telegramas de los obispos de Coria-Cáceres, Manuel Llopis Ivorra, Ciudad Real, Juan Hervás, y Mondoñedo, Jacinto Argaya; del Presidente de la Federación Nacional de Maestros

Y tras el acto, grandioso, entonado y austero a la vez, la palabra de nuestro Prelado, salida directamente de su desbordante corazón de Padre y Pastor, que anunciaba la apertura del proceso de beatificación de su amado hijo José María Haro Salvador.

La Asociación, en íntima colaboración con el Consejo de Hombres de Acción Católica, había creado el clima propicio para que se anunciara este hecho importante, con la solemnidad que requería, al propio tiempo que escribía una bella página en la historia valenciana. Una página que da categoría y trascendencia a los pueblos, porque exalta los valores del espíritu: los más nobles y elevados de la persona humana.

Espanoles y Consejero Nacional de Educación, Aristónico García Blanco; de Enrique Gutiérrez Ríos, Rector de la Universidad de Madrid entre 1964 y 1967; del Director Gral. de Enseñanza Primaria, Joaquín Tena Artigas y del Inspector Central de Enseñanza Primaria, Manuel García Izquierdo; del Marqués de Tremolar, Alfonso Escámez López, el Presidente de la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación, o Vicente Pons Franco, Secretario saliente del Colegio de Abogados de Valencia.

Y sería bueno...*

Manuel Cortés Roig

Vicepresidente del Consejo Diocesano de Acción Católica de Valencia

«Examinadlo todo y abrazad lo que es bueno» (1 Tes 5-21). Era la frase clave de José María Haro. Se la oíamos infinidad de veces. Venía a ser como el arranque de todas sus actuaciones.

¿La tomó de San Pablo, tal como éste dijo a los de Tesalónica, y la hizo norma de su vida? ¿O fue leyendo el *Génesis*, allá donde el Creador se recreaba en la contemplación de las obras que salían de sus manos porque veía que todo aquello era bueno?

No lo sabemos. Pero lo que sí resulta cierto es que Haro mensuraba todos los actos de su vida con la medida de la bondad.

Fue hombre de grandes concepciones, dotado de ese raro sentido, podríamos llamar de pre-percepción, como él mismo decía, que le llevaba a captar la oportunidad de cada momento para lo bueno.

Además, era eminentemente práctico, perfecto realizador de todas aquellas ideas que surgían en su mente ubérrima. Tanto, que cuidaba hasta los mínimos detalles, no importándole rebajarse incluso en la manipulación del más simple papeleo si era preciso.

Y todo esto, que se dice muy pronto, pero implica una plena dedicación unida a una gran capacidad de trabajo que elaboraba cabeza tan privilegiada como la suya, lo hacía... «porque era bueno» que se hiciera.

Porque «sería bueno», aprovechó al máximo en sus estudios desde los primeros a los superiores, hasta alcanzar una personalidad

* En la publicación de origen figura este texto a modo de introducción, seguida por la que fue la primera de las intervenciones de aquella velada del 30 de enero, a cargo del rector CORTS GRAU, J. (1966): *José María Haro Salvador. Un hombre de nuestro tiempo*, Asoc. Cat. Maestros de Valencia, Valencia, pp. 9-11.

intelectual y social suficientemente capaz de irradiar todo el bien posible con aquella ejemplaridad –testimonio se llama ahora– que fue la quintaesencia de su vida toda.

Porque «sería bueno», buscó una mujer buena y formó un hogar, concebido con amor, criado con ternura y educado con religiosidad, según frase agustiniana que tan a menudo repetía él. Y Dios se lo concedió numeroso, coronándole con el rosal de sus ocho hijos¹.

Porque «sería bueno», se dedicó al apostolado con impar entrega desde su juventud, encontrando cauce apropiado, luego, en la Acción Católica, misión eclesial del seglar abrazada por José María con tal fuerza, que llegó a conseguir casi una completa identificación de su persona con la Obra.

Porque «sería bueno», quiso y supo llevar a otras actividades sociales para las que fue requerido, aquel espíritu apostólico por la mayor gloria de Dios y servicio de la Iglesia, que ahora se ha dado en llamar compromiso temporal.

Suele decirse, y no sin razón, que lo mejor es, las más de las veces, enemigo de lo bueno. Así lo entendió Haro. De ahí que su vida transcurriera sin ostentación de relumbrantes cargos ni éxitos aparatosos a lo humano, aun cuando no faltaran solicitudes bien intencionadas, atraídas por la fuerza de su personalidad. Antes, al contrario; supo mover una mano sin que la otra se enterara, e incluso sufrir con humildad cristiana los desengaños que la humana condición suele prodigar sobre los que actúan con grandeza de alma.

Y no es que a José María se le dejaran de reconocer sus méritos y su valía. Justamente le fueron concedidas varias dignidades nacionales²

¹ A María Luisa Sabater Valero (1908-1984), esposa fidelísima que le sostendrá en todas sus futuras actividades apostólicas, la había conocido siendo colegial en Burjassot, de donde ella era natural. Fue breve y austero su noviazgo, como también su enlace, celebrado en la fiesta de S. Rafael, el 14 de octubre de 1930, en la Iglesia Camarín de la Virgen de los Desamparados sin invitaciones ni regalos. Sus hijos –seis mujeres y dos varones– comenzaron a llegar tres años después. Sus restos descansan en el cementerio provincial de Valencia junto a los de su amado esposo, cuya Causa de canonización alentó muy personalmente desde sus inicios y para la que incorporó valiosos recuerdos.

² Le fueron dadas la Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio (20.05.1944), la del Mérito Civil (12.08.1949), Sencilla de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas por su implicación en el I Congreso Nacional de la Familia Española celebrado en Madrid en 1959, y Medalla de Plata de la Previsión Escolar (1960), dignándosele con la de Oro pocos días antes de su fallecimiento. Ingresó igualmente

y hasta una pontificia³. Pero él las recibía y estimaba con aquel equilibrio de ánimo que le era tan característico. Más aún: en vez de ver en ellas un galardón del que pudiera prevalerse, las consideraba como una mayor obligación. Véase sino, con qué palabras rompió a hablar en el acto en que le fue entregada la Cruz de Alfonso el Sabio: «Ya me tenéis crucificado...», dijo. Y así era; que su vida entera no fue otra cosa que un acto de servicio verdadero, hasta el sacrificio.

Así se deslizó entre nosotros suavemente, derramando lo bueno por todo y por todos. Sin estridencias, en voz queda, como la que él tenía, tan persuasiva como silente. Y así le vino la muerte también, en momento oportuno para no hacer posible aquella manifestación tumultuaria que la ciudad suele rendir a sus figuras egregias en tales momentos, y que, sin duda alguna, le hubiera concedido a él. Hasta este extremo dio Dios a José María el mantenerse siempre en la línea de lo «bueno sin llegar nunca a la apoteosis de lo mejor».

Pero los que aquí quedamos sentíamos la necesidad de exaltar su figura, de pregonar a los cuatro vientos las virtudes de hombre cristiano cabal que poseyó y practicó en grado heroico, de ponerlo sobre el candelero de la ejemplaridad, ahora que no nos lo podía impedir.

Por eso, dos instituciones que mucho le debían porque recibieron de él lo más y lo mejor de su apostolado, el Consejo Diocesano de los Hombres de Acción Católica y la Asociación Católica de Maestros

en la Orden de Cisneros (1953), y en la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación, con discurso, todavía inédito, sobre «Relaciones y fronteras entre la Justicia y la Caridad» (1961).

³ La Santa Sede le dignó el 16 de febrero de 1951 con su ingreso a la Orden Pontificia Ecuestre de S. Gregorio Magno, como Caballero Comendador de la clase civil con Gran Placa de Plata. Igual dignidad recayó en el propagandista, ilustre médico y hoy también Siervo de Dios, Juan J. Barcia Goyanes (1901-2003), Presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica. Ambos fueron investidos por el Arzobispo de Valencia, Marcelino Olaechea en el acto de clausura de las Asambleas Generales de Acción Católica el 11 de noviembre de ese año, con imposición también de cruces *Pro Ecclesia et Pontifice* a Mercedes Castellary y Elena Arnal, expresidentas de las Uniones Diocesanas de Mujeres y Jóvenes de A.C. respectivamente. Días después escribió José María Haro a Mons. Montini, futuro Pablo VI, por entonces sustituto en la Secretaría del Estado Vaticano, manifestando su profundo agradecimiento por esta designación. «Ninguna distinción más inmerecida que ésta –le escribía–; pero es una muestra más de la benevolencia del Santo Padre y vuestra. [/] Es también una razón más para hacer presente mi gratitud y mi amor profundo, sincero, inquebrantable, a la Santa Iglesia y su Vicario en la tierra y a mi queridísimo señor Arzobispo. [/] Yo os suplico aceptéis estos sentimientos en el Señor. Y si así lo estimáis, como es mi deseo, los hagáis presentes con mi humildísima ofrenda de gratitud y devoción al Santo Padre y que me encomendéis al Señor para que nunca quebrante los deberes de un buen cristiano a que más me obliga esta nueva caricia de la Iglesia para quien constantemente le pido saber servirla y hacerlo como la Iglesia del Señor quiere», Carta a Mons. Montini, Valencia 29.XI.1951 (ADV, c. 3, leg. 5).

de Valencia, creyeron que «sería bueno» también hacer un homenaje póstumo a su memoria. Y tan bueno fue el acto celebrado el día 30 de enero en el Teatro Principal de nuestra ciudad, que traspasó el ámbito de los organismos promotores para convertirse en un homenaje de toda Valencia y aún de la nación.

El éxito de aquella velada necrológica nos ha movido a fijar en letra impresa todo cuanto allí se dijo por voces tan autorizadas como llenas de afecto para José María. Ahí están los textos exactos de sus felices intervenciones.

Los ofrecemos a la lectura y meditación de todos aquellos que guardan feliz memoria de Haro, con la seguridad de que les harán revivir los momentos entrañables que junto a él pasaron.

Y también al estudio y a la emulación de cuantos van en busca del verdadero paradigma de un hombre de nuestro tiempo, porque lo encontrarán cumplido en la figura señera de José María Haro Salvador.

Palabras iniciales

José Corts Grau

Rector de la Universidad de Valencia

1. La realidad patente de este acto nos ahorra ya muchas palabras. No es fácil congregarse, para un espectáculo tan poco divertido como éste, a cuantos aquí nos hemos congregado. No es fácil registrar una afluencia que desbordaba en mucho la capacidad de que disponíamos y que ha dejado a muchos amigos a las puertas. Por otra parte, hay homenajes que, sin mengua de su justificación y de su decorosa finalidad, admiten ciertas motivaciones subrepticias, demasiado humanas. En éste sólo hay un claro y profundo recuerdo, un gran amor.

Fieles a él hemos acudido, y yo he de limitarme a abrirles paso a quienes llevarán el peso de esta sesión. Procuraré sacrificar a aquel gran recuerdo los recuerdos y contener esta carga afectiva de tantas cosas, de tantos años, desde aquellos tiempos del Colegio. Y, aunque voces más autorizadas que la mía habrán de darlas, quisiera yo también dar las gracias inicialmente por su presencia a cuantos vienen a prestarle ámbito nacional a un acto que, de momento, parecía una pura expansión de Valencia.

2. Hubo, y sigue habiendo, gentes que, ignorando o desesperando de su inmortalidad cerca de Dios, consuélanse con la ilusión de pervivir en la memoria de los hombres. Hubo, y sigue habiendo, gentes que, desdeñando el recuerdo de los hombres, tienden a encastillarse y como a enquistarse en el seno de Dios. Pero ni el Cristo de la Cruz ni, por tanto, el cristiano, han desvirtuado tan tristemente la inmortalidad. El perdurar en la memoria de los hombres es buen indicio de que te acogió Dios en su seno. El que te sientan vivo, predilecto en el

corazón de Dios, es, ya lo vemos, el modo más seguro de pervivir en el corazón de los hombres. Por eso nadie como el santo sigue viviendo en el cielo y en la tierra. Él preferirá que nos acordemos de Dios más que de él. Pero lo cierto es que queda ahí como el mejor recordatorio, y parece que a Dios no le sabe mal ese rodeo.

No voy yo, naturalmente, a canonizar aquí a José María Haro. Pero si la santidad, más que la perfección lograda, es camino serio de perfección con miras sobrenaturales, si estriba en ir quitando del corazón lo que estorba y depurando lo que queda para dejarle a Dios un hueco cada día más hondo, todos sabemos que él fue dejándose muy profundo. Tal era el secreto de su personalidad y de su actividad, digámoslo claro, de su ejemplaridad allí donde estuvo, y estuvo en muchas partes. Por ejemplar tenía autoridad sobre nosotros. Era difícil, daba vergüenza excusarse ante él alegando falta de tiempo, ocupaciones o preocupaciones, deberes profesionales o familiares.

3. Hay quien ostenta los cargos, y hay quien carga con su peso, a veces incluso con el peso de la ostentación. Suele gustarnos más presidir que dirigir de verdad. Hay quien halla en la vida frecuentes ocasiones de lucimiento, y hay quien paga muy cara cualquier preeminencia. Siendo yo aún estudiante le oí decir a nuestro Cardenal Herrera –era él entonces director de *El Debate*, y quizá alguno de los presentes lo recuerde también– algo que he ido confirmando: que entre nosotros es más fácil trabajar como diez que hacer trabajar a diez... Pues bien, José María Haro optó por lo fácil, por trabajar como diez y sonreír beatíficamente a quienes, en vez de echarle una mano, le aconsejábamos y hasta le conminábamos para que descansara.

Alguna vez le llegó el momento de gloria en su más riguroso sentido. Una de mis grandes alegrías la sentí cuando, en la Canonización de San Juan de Ribera¹, le vi avanzar en el cortejo hacia el Solio Pontificio

¹ La Canonización –muy esperada en Valencia– se produjo en Roma el 12 de junio de 1960. Haro había tenido un gran protagonismo en la preparación de aquel acto, que por otra parte había deseado enormemente, como todos cuantos llenaron de vida los pasillos del Colegio Mayor San Juan de Ribera de Burjassot desde su fundación. Secretario de la Junta Nacional Ejecutiva de la Canonización, no fueron pocas las dificultades a las que hubo de enfrentarse para la coordinación de los trabajos de todas las corporaciones implicadas, tanto de Valencia y otras provincias y municipios de la Región, como Sevilla –ciudad natal del Patriarca–, Salamanca, Badajoz, etc.

en el momento de la ofrenda. Iba radiante y feliz. Pero radiante y feliz le había visto también mucho antes acá, días y días, organizando los mil trabajos que la Canonización implicaba, y hasta haciendo paquetes y pegando sobres en jornadas agotadoras y oscuras².

Naturalmente, se murió. Había dado, para morir, con el más puro aprendizaje: desvivirse. Cabe, sin duda, entregarse a los demás de suerte que, cuando llegue el trance de entregarnos definitivamente a Dios, diríase que le entregamos los restos desarbolados de unos sueños y afectos demasiado humanos. Pero cuando la entrega a los hombres se hizo por amor de Dios en aquel corazón óbrase como un milagro de Eucaristía, va renovándose conforme se va dando, y al expirar puede el hombre ofrecérselo al Señor como si acabara de estrenarlo, como el de un niño.

Soy de esa fauna floja a quienes contrista imaginar la soledad y corrupción del cuerpo. Procuero sacudir el sentimiento con razones, pero a veces no me valen. Pues bien, en pocas ocasiones sentí tan limpiamente como al dejar solo a nuestro buen amigo, la insensatez de esas pesadas bromas de la imaginación. Le veía a él, sencillamente como asomado desde allá arriba con alguna curiosidad conmovido de agradecimiento, y contento de que supiéramos que aquello ya no tenía demasiada importancia. Lo importante eran las oraciones, las palabras entrañables de nuestro obispo durante la Misa³, el amor

² Contaba al respecto Serafín Manzano Rubio (1905-1991), maestro amigo y colaborador de Haro Salvador en numerosas empresas apostólicas, que «él fue el alma –sin exagerar– de la complejísima preparación en España de la Canonización de nuestro Santo Patriarca. [...] Sobre él recayó el mayor esfuerzo, la máxima responsabilidad; multiplicándose en los miles detalles que requería su actuación. Pero siempre con naturalidad, con sencillez, con entrega elegante, sin ostentación; sin dar la más mínima importancia a su rendimiento en esta santa obra. Siempre el primero en el trabajo y el último en dejarlo», Testimonio escrito, s.f. (ADV, c. 2, leg. 3). Lo mismo observó el sacerdote Juan Blanquer Copoví, con quien compartió dormitorio en Roma durante todo el periodo de preparación de la celebración: «Su actuación fue de verdadero ejecutivo de trabajo, y no de honor o dirección exclusiva. Desde que llegamos a Roma, hasta que pasó el día de la Canonización, no se permitió ninguna expansión sino que dedicó todo el tiempo a las diferentes gestiones y, como digo, a realizar por sí mismo trabajos de oficial y atención al público», Declaración escrita, Valencia 19 de enero de 1969 (ADV, c. 2, leg. 4).

³ La misa *corpore insepulto* tuvo lugar en la iglesia de Santo Tomás Apóstol. A la celebración, presidida por el Obispo auxiliar de Valencia, Rafael González Moralejo (1918-2004), asistieron las más altas autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la ciudad, junto a un gran número de sacerdotes, colaboradores y subalternos en las distintas parcelas de su dedicación civil y profesional; miembros de Acción Católica, de la ACdP y de las otras muchas organizaciones apostólicas, benéficas y sociales de las que formaba activamente parte; amigos, conocidos, favorecidos suyos durante muchos años... A tal número llegaron los asistentes que tuvieron que distribuirse en el entorno de

que quedaba; lo importante era la misma pena en cuanto que para un cristiano significa un ir soltando lastre, un hacer más fácil la propia muerte.

4. La mayoría comprendemos tarde y vivimos a remolque. En eso que llamamos esperanza adviértese frecuentemente un triste perfume de ilusiones marchitas. Él vivía en esperanza... Quizá cuando nos planteamos la cuestión de si vivimos en un mundo cristiano, si somos cristianos cada cual, la piedra de toque más clara sea ésta: la de si vivimos en esperanza. La fe y la caridad soportan entre nosotros tremendas mixtificaciones; la esperanza es más difícil de simular y, como ha dicho Bernanos, sólo puede madurar en el pobre de espíritu. Nuestras resignaciones lamentosas, nuestras resentidas conformidades, descubren muy presto su turbio envés. Para una auténtica esperanza hay que andar curado de ambiciones y sentirse criatura de Dios. Entonces aparece, no esa conformidad a la que nos acogemos cuando ya no hay opción, sino un vivir en apertura, en anticipación de eternidad, porque el alma, digámoslo con San Juan de la Cruz, vive más donde ama que donde anima:

la plaza contigua de San Vicente Ferrer, ya que no cabían en el interior del templo, lo que es de destacar teniendo en cuenta que agosto es pleno mes de vacaciones en Valencia, y que no es hasta mucho más adelante cuando empieza a darse tregua la canícula. Su hija, Rosalía Haro, se encargó de reproducir cuidadosamente al finalizar todo aquello sus recuerdos de aquel siete de agosto y de las sentidas palabras del Obispo durante su homilía: «La iglesia estaba completamente llena... la gente rebosaba hasta la plaza. La Misa fue rezada... y por cierto dialogada por todos con un fervor impresionante. Después del evangelio el Sr. Obispo pronunció una oración fúnebre hermosísima. [...] He aquí las principales ideas de esta homilía:

“Es justo que sea yo quien en ausencia del Sr. Arzobispo y en nombre de la iglesia valentina, rinda testimonio de gratitud al Señor y de admiración. De gratitud al Señor, por los talentos que dio al buen cristiano que hoy muere. De admiración porque supo aprovecharlos. Amó la justicia y la defendió en todos los cargos que desempeñó. Se entregó al servicio de los demás. Ayudó a los más necesitados, a los pobres y a los niños. Nadie se acercó a él sin recibir ayuda, consuelo o consejo. Ayudó a los niños. Ahí quedan en nuestra diócesis –especialmente, aunque también en toda España– numerosas instituciones que surgieron a su impulso. Ayudó a los pobres. En su cargo de Magistrado del Trabajo procuró, sin faltar a la justicia, ayudar al más necesitado. Y en cuanto a la entrega a la Iglesia, que es lo que a mí me corresponde decir, fue generosa, sin límites, sin regateos, privándose muchas veces de la expansión necesaria e incluso de la familia. Se entregó con gran espíritu de fe y con una obediencia ciega a la Jerarquía, a la que obedeció muchas veces sin comprender sus mandatos, y otras muchas a pesar de la incomprensión y falta de gratitud de los de abajo. Por eso sus familiares más han de estar gozosos que tristes. Él fue el administrador fiel que supo hacer fructificar sus talentos”, Cuaderno testimonial de doña Rosalía Haro Sabater, Sch. P., s.f., (ADV, c. 2, leg. 1). Información sobre el sepelio y registro completo de autoridades en *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, p. 4; *Las Provincias* (8 de agosto de 1965).

Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives?⁴

La esperanza cristiana. En el pequeño repertorio de temas donde uno va recogiendo sus lecturas y meditaciones, tengo juntas, por orden alfabético, sin que hasta ahora se haya entrometido ninguna otra, estas cuatro palabras: *esperanza, eternidad, eucaristía, evangelio*. La esperanza alienta bajo el signo de la inmortalidad en un clima de oración. Por eso, cuando llega la hora de morir, la esperanza fragua en su sosegada plenitud y la muerte es decisiva oración, la oblación suprema.

Bien entendido que esta plenitud puede ser oscura a los ojos míopes del mundo, y que esta paz puede latir transida de muy profundas penas. El varón justo que ha superado mil tentaciones y se ha despegado de muchas naderías, sabe que el mundo en que su vida transcurre y que de alguna manera está dependiendo de él, no es en modo alguno desdeñable; siente entrañablemente los vínculos que le atan a él, y le duele abandonarlo. La esperanza es todo lo contrario de la insensibilidad, como el martirio es todo lo contrario del suicidio.

5. Él había atado bien los cabos en vida para que nada ni nadie le malograrán su muerte. No se la malograrán: ni los suyos, ni los amigos. Y puesto a atar bien los cabos, amarró uno muy importante: *la pobreza*. La pobreza en su más genuino y generoso alcance: eliminación sencilla de lo superfluo, no digamos ya del lujo, y alegría por cuanto la Providencia le deparaba. Magnanimidad para los demás y restricción para sí mismo. Desde esa decorosa pobreza es desde donde tiene gracia la caridad. En ella se forjó una humildad que gozaba en aupar a los amigos, en ir registrando y publicando los pequeños éxitos, los pasos de cada cual. Él nos aupaba, y con su altura alguna vez llegó a hacernos creer que también nosotros éramos altos.

Pero, como advertí al principio, no voy a perderme en los recuerdos; ni siquiera en los rasgos dominantes de su personalidad, que voces más autorizadas que la mía han de glosar ahora. Volvamos a su

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, 8, 36-37.

lección suprema. Si en el momento de la muerte, ha escrito Merton, ésta viene a nosotros como un extraño indeseable, será porque Cristo fue también para nosotros durante la vida un extraño. José María Haro, sin megalomanías, se había preparado para el gran encuentro. Sin megalomanías lo evocamos nosotros. Puede un monje, tras años y años de expectación en el silencio, llegarse a Dios medroso, y puede un bala perdida, en un relámpago de lucidez sobrenatural, encontrarse con la mirada de Cristo y decir «¡Señor!» como si comenzara entonces a vivir... Porque lo fundamental es el encuentro de la gracia divina con el desvalimiento humano, con la conciencia fiel de ese desvalimiento.

Podemos imaginar a José María Haro justamente exaltado allá y acá como paladín del magisterio, como heroico padre de familia, como magistrado de una auténtica justicia cristiana, como apóstol de la Acción Católica con mayúscula y con minúsculas, y con muchos títulos más. Pero todos sentimos que quien se acercaba hace unos meses feliz y radiante al Trono del Señor, que aquél a quien el Señor sonreía complacido y sigue sonriendo, era y es un hombre que, fiel al mandato evangélico, se había mantenido niño para entrar en el Reino de los Cielos.

Haro, paladín del magisterio

Alfonso Iniesta Corredor

Inspector de Educación Primaria de Madrid.

Consejero de Educación Nacional

Después del impresionante pórtico que acaban de abrir el acto, de una parte, las palabras del señor Arzobispo solicitando una oración por el eterno descanso del alma de nuestro amigo José María Haro, y por otra, la configuración de su figura, tan feliz y hondamente realizada por el Rector Magnífico de la Universidad, quisiera recoger –como principio de mi breve intervención– la inmediata sugerencia, ya habitual, que nos brinda el prodigioso desarrollo de la técnica. El Ministerio de Educación Nacional, se denominará en lo sucesivo, de Educación y Ciencia¹. Buena prueba de la importancia que adquiere en nuestro tiempo y de cuánto preocupa a los gobernantes fomentarla. Ciñéndose, rigurosamente, al punto que se me ha encomendado desarrollar, ante el fervoroso contingente de amigos, que quieren rendir su conmovedor homenaje hallándose presentes en este acto.

Parece indudable, que en las horas marcadas por la actualidad científica, recaen sobre nosotros, los educadores, más intensas e ineludibles obligaciones de carácter técnico. El incesante y veloz progreso de esta era –espacial, atómica– que en todas las actividades de la vida humana –hasta en los más humildes actos– deposita su huella profunda y transformadora, alcanza también a los distintos niveles educativos. Es inevitable. A la par, confortador y acuciante.

Pienso que en ocasiones aparece empalidecida y aun con atenuados colores, la límpida figura del educador, egregia en todas sus

¹ Ley 35/1966 de 31 de mayo, *B.O.E.*, nº 131 (2 de junio de 1966), p. 6897.

manifestaciones, cuando de sus puros y mejores valores humanos se trata. Queda oculta o entre términos, o expresiones, medios e innovaciones de indudable valoración moderna. Otros momentos, la hipertrofia de la actividad, no siempre creadora, borra su influencia benéfica. Y nunca se podrán sustituir el rango inaprensible del valor personal surgido de una sonrisa afectuosa, de un gesto lleno de cariño, de un alentador optimismo que sepa despertar simpatías, alumbrar esperanzas promoviendo la franca apertura de corazones a su influjo. Sobre todo, en épocas propicias para dejar paso libre a la encantadora influencia de un corazón que ritma al compás del nuestro.

Muchas veces, por eso, se hace necesario remontar el curso de las aguas en mansa corriente, hasta hallar la prístina pureza del manantial lejano que las alimenta imprimiendo su huella para el futuro. Así, en la vida de nuestro amigo, cuyo recuerdo emocionado aquí nos congrega hoy.

Los primeros chispazos luminosos que alumbraron su incipiente espiritualidad, dejando en ella señal imperceptible, ¿de dónde surgieron?, ¿bajo qué límpidos cielos tejió sus iniciales preocupaciones, alentó sus sueños, o entrecruzó la forja de propósitos y decisiones?

Creo que debemos buscar su generación en la línea sencilla ambiental de su escuela. Robustecida por la extraordinaria influencia que sobre él supo ejercer su primer Maestro². En los días cálidos y tranquilos de su Cheste natal. Al abrigo de modesta familia labradora ejemplario de virtudes que Spengler señalaba para las viejas estirpes campesinas, desde 1909. Recuerdo, con toda lucidez, los detalles esenciales de un acto que celebramos en el local de las Avemarianas de Benimámet el año 1944. El Ministerio le concedió la Encomienda de Alfonso X el Sabio por su brillantísima gestión como Presidente

² Siempre guardó José María Haro un afecto entrañable hacia su primer Maestro, do Amadeo Reynés, con quien continuó en trato hasta su fallecimiento y a quien ciertamente veneraba. Natural de Nules, este maestro, que no seguía el curso oficial de adquisición de plaza, recayó en Cheste en 1910, al quedar vacante la escuela que hasta entonces regentaba J. Roig, ahora con plaza propia en Albacete. También don Amadeo quiso entrañablemente a su pupilo desde su llegada a Cheste. Estimuló con todos los medios que tuvo a su alcance sus dotes intelectuales, que deseó potenciar insistiendo ante sus padres en la conveniencia de derivarle a un entorno académicamente más prometedor en la capital. Haro siempre le guardó por ello un enorme reconocimiento, que seguía haciendo valer cada vez que tenía ocasión en algún acto público dedicado al magisterio o en alguno de sus homenajes.

del Consejo provincial de Educación valenciano³. Con abundantes e indisimulables lágrimas, estremecidas por la emoción sus palabras, quiso evocar la imagen venerada del primer Maestro, vertiendo sobre él, el caudal abundante de su ternura. Que significaba gratitud perdurable de un corazón hacia el que había sabido trazar sobre su frente el vuelo que busca confines de honradez, propósitos de progreso, afán de espirituales perfecciones.

La vocación cristaliza a partir de 1918, fecha crucial de su vida: ingresa en el Colegio del entonces Beato Juan de Ribera, de Burjasot⁴. El Dr. Corts Grau, con la sutileza llena de exquisita galanura de su prosa, nos ha descrito, conmovido, sus contactos iniciales en el ambiente colegial. Caracterizaba, dice, su alta figura, aquella sonrisa de bondad que perduraría en todos los avatares de su fecunda existencia, una «tremenda ingenuidad», y «su paciencia... que iba a necesitar de por vida». Dejó en todos ellos el vigoroso recuerdo que han reverdecido «los antiguos» el 30 de octubre del pasado año, nombrándole presidente de honor a título póstumo⁵.

De aquella promoción salieron colegiales que figuran hoy en las avanzadas de la vida intelectual española: Pedro Laín Entralgo⁶, el Dr.

³ O. M. de 20 de mayo de 1944 del Ministerio de Educación Nacional, *B.O.E.*, nº 148, p. 4147. La condecoración se le impuso en el Paraninfo de la Universidad de Valencia, con nutrida presencia de público y autoridades.

⁴ Nació este Colegio de la voluntad de doña Carolina Álvarez Ruíz, propietaria de su histórico edificio, de destinar sus bienes –viuda sin descendencia como era– a la promoción de estudios superiores para jóvenes sin recursos bien dotados intelectualmente, con objeto de facilitar su contribución futura a la sociedad de acuerdo con los principios de la fe cristiana. Los primeros colegiales se incorporaron en 1916. Haro ganó su beca por oposición dos años después. Un apunte sobre la génesis de esta obra, en VICO MONTEOLIVA, M. (1983) «La obra benéfico-pedagógica de Doña Carolina Álvarez: El Colegio Mayor «San Juan de Ribera» de Burjasot», *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, Vol. 2, pp. 229-236. También, monográficamente, *El Nucli Antic* (Burjassot), nº 12, mayo 2008. Gran valor histórico conserva la memoria presentada por el sacerdote Vicente Garrido, que por entonces dirigía aquella institución, en el *I Congreso Nacional de Educación Católica*, celebrado en Valencia entre los días 21 y 26 de abril de 1924, con el título «El Castillo-Colegio Mayor del beato Juan de Ribera», Tipogr. Moderna de M. Gimeno, Valencia 1924, p. 5.

⁵ El nombramiento se produjo en el marco del acto en su homenaje en la propia sede del Colegio, a instancias de la Asociación de Antiguos Colegiales que el propio José María Haro había presidido durante varios años. Vid., aquí mismo, memoria e intervenciones: «En el Colegio Mayor San Juan de Ribera (30 de octubre de 1965)».

⁶ Afamado médico humanista de Urrea de Gaén (Teruel), donde nació en 1908, Laín Entralgo residió en el Colegio de Burjassot entre 1924 y 1930, mientras estudiaba Medicina en Valencia, por lo que pasó cerca de cuatro años con José María Haro, hasta el traslado de éste a Madrid en 1928. Su estancia en aquel Colegio él mismo la consideró decisiva en su regreso a la fe, tras una crisis de juventud. De 1951 a 1956 fue Rector de la Universidad de Madrid, actual Complutense. Tuvo una

López Ibor⁷, el Dr. Corts Grau, el Dr. Benlloch⁸, Miguel Bordonau⁹... Ante su prestigio como estudiantes sobresalientes, me inclinaba ya con gesto reverencial, que ahora se trueca en gozo, cuando sobre ellos recaen merecidos honores y distinciones, que suenan en mi corazón, con los mejores tañidos de una alegre campana, portadores de ecos lejanos de juventud y vibrante lozanía en ámbitos valencianos.

Entre este plantel excepcional de bien dotados estudiantes que dirigieron don Hernán Cortés y don Antonio Rodilla¹⁰, Haro terminó

fecunda obra científica y ensayística sobre multitud de problemas de carácter médico, psiquiátrico, histórico, filosófico, antropológico y social. También, durante varios años, de claro compromiso político. A su paso por el Colegio reservó unas páginas memorables de su *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barral, Barcelona 1976, pp. 42 y ss. También su conferencia en la Universidad de Valencia con ocasión del 75º aniversario del Colegio (16.12.1992): «Ayer y mañana», *El Nucli Antic* (Burjassot), nº 12, mayo 2008, pp. 27-30.

⁷ Considerado padre de la psiquiatría española, Juan José López Ibor había nacido en Sollana (Valencia) en 1906, hijo de un maestro de escuela. Obtuvo su licenciatura en Medicina en la Universidad de Valencia, mientras era colegial en Burjasot. Luego, en Madrid, el doctorado. Fue, junto al propio Laín y Antonio Vallejo-Nágera, uno de los grandes promotores de la institucionalización académica de la Psiquiatría en las Facultades de Medicina, de las que hasta entonces se hallaba prácticamente ausente. Catedrático de Psiquiatría en las Universidades de Santiago, Madrid y Valencia, presidió igualmente la Sociedad Española y la Mundial de Psiquiatría. Hombre de vastísima cultura y profundo temple humanista, murió en Madrid en 1991, dejando tras de sí una importante obra clínica y científica y una larga saga de médicos y psiquiatras.

⁸ Se refiere, si no me equivoco, a Vicente Benlloch Montesinos, catedrático de Farmacología y Terapéutica desde 1934 en la Facultad de Medicina de Valencia.

⁹ Miguel Bordonau Mas nació en Valencia en 1901. Residente en el Colegio de Burjasot desde 1916, cursó con brillantez Filosofía y Letras, sección de Historia, al finalizar la cual se incorporó mediante oposiciones al cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos del Estado. Pasó por Murcia, el Archivo de Simancas y la Biblioteca Nacional en Madrid. Entre 1947 y 1951 ejerció como Director General de Archivos y Bibliotecas, cargo que volvería a asumir en 1962. Fue igualmente Inspector Central de Archivos, Director del Archivo del Consejo de Estado, Inspector Central de Archivos y Consejero Nacional de Educación, así como Director de la Biblioteca Nacional desde 1967 a 1974, entre otras funciones. De su amistad con José María Haro nos ha quedado una nutrida relación epistolar.

¹⁰ Antonio Rodilla Zanón, nació en Sieteaguas (Valencia), en 1897. Ordenado en 1921, fue coadjutor de Castalla, vicedirector y luego director del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, cargo que ejerció entre 1923 y 1939. Fue vicario general de la Diócesis de 1938 a 1944, lo que durante la guerra civil, en ausencia del arzobispo, le llevó a ejercer un papel extraordinariamente importante de coordinación de la Iglesia en tierras tan especialmente heridas por el odio a la fe como fueron, en efecto, las valencianas. Promotor a instancias del arzobispo Prudencio Melo –más tarde Marcelino Olaechea– de la construcción del Seminario metropolitano de Valencia en el municipio cercano de Moncada, fue su Rector durante treinta años, entre 1939 y 1969. Fue el primer sacerdote secular venido a las filas de la A.C.N. de P, en aquella segunda generación de propagandistas de la que formaba parte también José María Haro, a quien le uniría una profunda amistad y de quien además sería largo tiempo director espiritual. Con él coincidió también como consiliario diocesano de la Juventud de A.C. y de la Federación Regional de Estudiantes Católicos (F.R.E.C.). Murió en Valencia a una avanzada edad, en 1988. De él escribía Laín Entralgo en sus memorias que era el «arquetipo del sacerdote espiritual e intelectualmente serio, en el más noble sentido de este adjetivo. Vocado a una intensa y exigente vida interior, sabía conversar de manera llana y afable con todos y cada uno de nosotros para comentar la vida en torno o para, llegado el caso, bromear con jovialidad,

sus estudios del magisterio. Después, dadas sus dotes intelectuales excepcionales, el patronato, a propuesta de la dirección del Colegio, realizó los correspondientes a derecho. Con extraordinaria brillantez ambos. El año 1929 ingresa en la Judicatura. Ha de ser, desde 1940, cuando, incorporado a la Magistratura del Trabajo, manifieste sus excepcionales condiciones personales: como hombre de ideales, y como realizador de ellos. De forma entusiasta, tenaz, sistemática y siempre eficaz y generoso en la donación de sus condiciones personales.

Hombre de ideales

De lejos arrancaba la actuación en la vida pública de Haro. Fue dentro del marco de los denominados generalmente Estudiantes Católicos, en cuyo crisol se fundieron vocaciones y robustecieron conductas aptas para la acción apostólica.

Presidente de la Asociación de Estudiantes Católicos del Magisterio en 1918; primer secretario de la Federación regional de la misma entidad y vocal de la Confederación en 1926; secretario del Consejo Superior de los Jóvenes de Acción Católica en 1928, tiene trazados en el surco de la vida sus claras posiciones de católico militante.

Como hombre que siente palpitar su corazón movido por el calor de altos ideales, José María ha de buscar en la escuela y en la nobilísima figura del Maestro de primera enseñanza, principales puntos de apoyo para la obra urgente que a partir de este año era necesario realizar en el plano nacional. Ahora como en ninguna otra coyuntura de la vida española.

Desde Pío XI especialmente –siguiendo la tradición de la Iglesia– la figura excelsa del Maestro aparece señalada a los católicos en toda su trascendencia: «Las buenas escuelas son fruto, no tanto de las buenas

sin la menor concesión a la que un pamplonés ingenioso años más tarde había de llamar «picardía católica», y en definitiva para promover con delicadeza en quien le trataba el deseo de mejorar su calidad ética e intelectual. Muy bien formada su inteligencia, a la manera escolástica de los seminarios de la época, poseía un excelente gusto literario [...] y una mente abierta con paulina generosidad [...]. [E]l trato diario con la persona de Antonio Rodilla fue eficazísimo *praeambulum fidei* en mi paulatina y nada espectacular conversión al modo cristiano de entender la vida», LAÍN ENTRALGO, P., *Descargo de conciencia* (1930-1960), *op. cit.*, pp. 52-54.

ordenaciones cuanto principalmente de los buenos maestros»¹¹, nos dijo en la *Divini illius Magistri. Froebel* había escrito que un maestro es «el que se halla en estado de revelar a sus alumnos la unidad del mundo»¹². Más modesta ambición consistía en llevar a los niños valencianos el sentido de la unidad de la tierra en que habían nacido, y las relaciones de solidaridad hacia sus connacionales.

Pensemos en la tremenda desorganización de los centros educativos después del Movimiento, en las necesidades espirituales de toda clase, en la total falta de medios económicos y materiales indispensables, y hallaremos una situación capaz de desalentar el ánimo más esforzado¹³.

Nuestro amigo sentía el amplio índice de necesidades infantiles como si en ellas estuviera implicado el porvenir de sus propios hijos. Deseaba para el niño la mejor guirnalda de exquisiteces que fuera posible brindarle en aquellas difíciles circunstancias; el amor de los hombres cuajado de ilusiones frente a un futuro mejor. Creía que para conseguirlo todo en plenitud, vivificado por el mejor de los alientos, era preciso lograr, necesariamente, la presencia amorosa del maestro. Del buen Maestro, no siempre estimado en el esfuerzo de sus ilusiones, ni en la grandeza enaltecedora de su obrar diario. Falto, además,

¹¹ PÍO XI (1930) «*Salutaris autem scholarum efficientia non tam rectis legibus quam magistris rectis tribuenda est*», *Divini illius Magistri*, AAS 22, 80.

¹² Cfr. FRÖBEL, F. (1888) *La educación del hombre*, Appleton & Cía., N.Y., p. 83.

¹³ Suficientemente elocuentes al respecto, para el caso valenciano, fueron los análisis del propio José María Haro sobre la situación de la enseñanza primaria en la Valencia de la inmediata posguerra. A comienzos de los 40, de los 86.921 niños de 3 a 14 años contabilizados en el censo escolar de la Junta Municipal de Educación (ejecutado por iniciativa suya, bajo la dirección de J. J. Barcia Goyanes y V. García Llácer), solo unos 40.000 –menos de la mitad– acudía con regularidad a la escuela. ¿Las causas? En parte la escasa dotación de infraestructuras, aun en progresivo aumento (sobre todo en zonas suburbanas), tanto públicas como de iniciativa eclesial; la desidia de no pocos padres, que minimizaban el valor de la educación como factor de movilidad y ascenso social; el insuficiente número y dotación de ayudas al estudio (aun dependientes del Instituto Nacional de Previsión), para matrícula, material escolar, alojamiento, etc. Entre sus escritos de aquellos años, se encontrarán no pocas pinceladas sobre el problema en «El estado de nuestra primera enseñanza», *Almanaque Las Provincias*, Valencia 1944, pp. 509-515 o en la entrevista «Consideraciones en torno al gran problema de Valencia, y un diálogo sin desperdicio con el Presidente de la Junta Provincial de Primera Enseñanza», *Las Provincias* (3 enero 1943), p. 9. De años más tarde, también en prensa: «La escuela, problema trascendental», *Levante* (27 enero 1959), p. 3; «Cuidemos la regularidad en la asistencia a la escuela», *Levante* (29 agosto 1959), p. 3; «Valencia tendrá pronto construidas sus Escuelas de Magisterio», *Levante* (14 septiembre 1960); «Colaboración necesaria entre padres y educadores», *Levante* (21 septiembre 1960), pp. 1, 3; «Colaboración social y Asociaciones de Padres», *Levante* (23 septiembre 1960).

de imprescindibles colaboraciones. De manera muy especial, por parte de aquellos que más lo necesitaban: los padres de quienes a diario recibían el contacto espiritual de sus enseñanzas y ejemplo.

Triste realidad que me exime de puntualizar detalles negativos tradicionales, ni los numerosos autores que los señalaron con punzante tristeza.

Por eso, su concepción de la escuela, descansa en sólidos fundamentos sociales. Sin la más leve desviación doctrinal que haga recordar torcidos senderos para una mente ortodoxa, que pudiera recordar educadores como Natorp, Gurlitt, Wynecken o Dewey, aun reconociendo sus muchos valores. Asentado en la firme roca de su fe inmovible, siempre figuró en las avanzadas de los hijos fieles a la Iglesia y celosos servidores de su patria.

Su escuela ideal se sostenía en y por la sociedad, recogiendo de la familia el impulso necesario de los padres, y éstos, a la par, las necesarias interacciones. Se avanzaba en el progreso de las estructuras socio-económicas. Mas, pocas veces en la práctica percibía satisfecha esta colaboración, que el buen político ansía ver en ascendente superación. «Descansamos en el educador –dice–, acaso excesivas veces, y le negamos nuestra colaboración; le entregamos nuestros hijos y apenas le miramos...»¹⁴.

Haro quiso romper esta vieja actitud inerte de la sociedad española, objeto de amargas críticas en todo tiempo. Buscó al maestro, comprendía sus necesidades, amaba su persona y exaltaba su obra. Sin adulaciones ni halagos, ensalzó sincero y sobrio, pero convencido siempre, las excelencias de su labor. Creía en él y esperaba grandes transformaciones sociales por su actuación redentora, «factor fundamental en la forja del porvenir de la Familia, de la Patria, de la Iglesia»¹⁵, como afirmaba con justeza. Y el Maestro, tan falto de voces amigas, de apoyos comprensivos, correspondió a su amor. Que nada enlaza mejor los perfiles humanos, que la suave, pero firme

¹⁴ *Colaboración de Familia y Maestro en el pensamiento de S.S. Pío XII*, Asociación Católica de Maestros, Valencia, 1960, p. 13.

¹⁵ *Ibid.*, p. 5.

cadena del entendimiento, aderezado con el mutuo cariño sincero y desinteresado.

Hombre de realizaciones

A partir de 1940, desde la Presidencia del Consejo provincial acentúa su dinamicidad incansable Haro, dicta normas, marca orientaciones prácticas, pronuncia conferencias, promueve reuniones para estimular en el ámbito social la preocupación de que el Maestro no puede ni debe desenvolver sus anhelos profesionales, como un ser aislado y solitario, envuelto en el círculo asfixiante del olvido ciudadano¹⁶.

¡Ah, la soledad, cuántos males acarrea! Puede sepultar los mejores propósitos entre la turbia nadería del quehacer vulgarizado, al faltar contactos que estimulen el ideal hermano.

Toda soledad prolongada e impuesta, acarrea efectos negativos y amarga el deslizar cotidiano del tiempo. Mayores, cuando el Maestro, ha de verterse en otros que hacen de su imagen y actitudes, paradigma de actividades personales.

La Presidencia simultánea de la Rama de los Hombres de Acción Católica exige a José María Haro un mayor esfuerzo. ¡No importa! Porque le brinda posibilidades que recoge siempre, para enlazar propósitos y fines. Señala a todos la figura del Maestro aureolada por

¹⁶ Se trata, éste, de un capítulo extraordinariamente fecundo en la biografía de José María Haro Salvador, pese al breve periodo en que ocupó la Presidencia de la Junta provincial de Primera Enseñanza: casi desde su creación en 1940 hasta su cese, por integración de este organismo entre las funciones de los Gobiernos Civiles a fines de 1943. Sin apenas recursos, ni materiales ni humanos, y sin ni siquiera contar con retribución salarial por el ejercicio del cargo, tenían estas Juntas la misión nada menos que de organizar de acuerdo con los principios del nuevo Régimen, toda la enseñanza primaria en la recién estrenada postguerra. Muy recordadas fueron sus circulares dirigidas a los maestros, de contenido marcadamente religioso, patriótico y honda preocupación social. Con el mismo espíritu organizó la Peregrinación a Zaragoza de maestros y niños con motivo del XIX Centenario de la Aparición del Pilar (1940); la celebración escolar de los 50 años de la *Rerum Novarum* (1941); el homenaje de los escolares valencianos a Pío XII en el XXV aniversario de su consagración episcopal (1942), con envío a Roma de un hermoso álbum recopilatorio de las noticias de los actos y de los trabajos realizados por los niños (vid. al respecto, *infra*, MANZANO, S., «José María Haro y el magisterio»); la vinculación del magisterio y la escuela la Consagración de la Diócesis al Corazón de María (1943); Vía-Crucis infantiles del Viernes Santo en la actual Plaza del Ayuntamiento (entonces del Caudillo), a la que luego se sumarian los adultos; la promoción de celebraciones eucarísticas específicamente dirigidas a los niños en todas las parroquias de la provincia (cosa entonces novedosa)... Reconocimiento oficial a toda su labor fue la concesión de la Encomienda de Alfonso X el Sabio, impuesta en el Paraninfo de la Universidad, con asistencia de las máximas autoridades provinciales, y altas representaciones del Ministerio de Trabajo. También el homenaje de la Federación Católica Nacional de Maestros.

claros valores espirituales, por su vocación abnegada, por su entrega plena de generosidades. Lanza nueva consigna: «Formemos maestros. ¡Es un deber social!». Añade...: «Formar un Maestro es como formar una madre espiritualmente»¹⁷, con palabras de Pío XII.

El blanco estaba bien señalado. ¿Recordaba sus años estudiantiles en la acogedora estancia del Colegio de Burjasot? Será bien cierto que aquella armonía depositada en su corazón durante los años juveniles, la deseaba trasladar a los que percibieran la llamada interna para formar generaciones infantiles sin agobios ni cansancio.

En la planificación del «Día del Maestro», feliz iniciativa, acertada empresa del ilustre prelado que rige la sede arzobispal valentina, Haro fue colaborador de la primera hora que le imprimió impulso y extensión, ayudado por celosos colaboradores¹⁸.

Sencillo y cordial, Haro sabe convivir con el Maestro. Halla tiempo entre constantes preocupaciones profesionales y apostólicas. Y le busca tanto en la ciudad, como en el vivir tranquilo de pueblos y aldeas. Se convierte, por doctrina, actividad y entrega espiritual, en otro Maestro. Porque la vocación primera, no quedó dispersa entre disposiciones jurídicas y sentía su palpitación ante el desfile de los grandes problemas educativos nacionales.

¿Pide algo más a la sociedad? Se pregunta: «¿Qué hacer? Pues eso, ¡hacer! Con los maestros y por los maestros. Hacer»¹⁹. Es lo que exige su visión realista, su emprendedora actividad, su afán de realidades fecundas e inmediatas.

¹⁷ *Ibid.*, p. 21; cfr. PÍO XII (1955) «Discurso a la *Associazione Educatrice Italiana*» (24 octubre 1955), AAS 47, 782.

¹⁸ Creada por el arzobispo Olaechea en la Pastoral del 16 de abril de 1949 (*B.O.A.V.*, nº 2489 [1949], pp. 153-155), su impulso y realización recayó desde el primer momento sobre la Acción Católica, antes de que extendida la iniciativa por toda España, el propio Ministerio de Educación Nacional lo instituyera como festividad oficial de homenaje al santo patrono del magisterio, San José de Calasanz (1557-1648). Por eso recordaba Haro la necesidad de distinguir, ya que una es, en efecto, la celebración del patrono, pero muy otra la del Maestro, donde «no se trata de los actos de homenaje y culto del Magisterio a su Santo Patrono, sino de los actos de homenaje, de afecto, de puesta en el plano social que le corresponde, al Magisterio primario por parte de todos los demás elementos sociales», «Otra vez Parroquia, Familia y Escuela», *Possumus*, nº 143, oct. 1963, p. 14. Vid. «Carta abierta sobre el Día del Maestro», *Escuela Española* (Madrid), año XVIII, nº 942 (27 noviembre 1958), p. 1.

¹⁹ «El maestro rural», *pro manuscripto*, s.f. (ADV, c. 5), p. 12.

Recuerda el consejo paulino y su tesón denodado reitera ideas antes dedicadas, como él mismo asegura, «casi cada día, ante educadores, ante padres, ante organizaciones apostólicas, ante educadores; cuando hubo ocasión, en Asambleas y Congresos»²⁰, escribe.

Esta actitud de Haro Salvador, desplegando a los vientos la bandera de una actuación social, la subrayé «con profunda gratitud», en el prólogo de una maravillosa conferencia, henchida de doctrina, *Colaboración entre la familia y el Maestro*, que me pidió con su humilde modestia acostumbrada.

Alma del Patronato de Educación del Arzobispado²¹ –norma y guía para otros muchos posteriores–, colaborador asiduo del arzobispo en sus empresas educativas, inspirador del Patronato de la Diputación valenciana, conferenciante asiduo para la formación de Maestros recién ingresados, Jefe de Asociaciones del Movimiento²², presidente y fomentador de asociaciones de padres y de antiguos alumnos, vicepresidente de la Junta rectora de la queridísima asociación que ha organizado este acto, logró dejar en todas ellas la impronta de su tenacidad, de su voluntad creadora y de su inteligente esfuerzo, organizador y sistemático.

Supo irradiar su «eficiencia arrolladora», como de él ha dicho don Ricardo Marín en su fervorosa semblanza de nuestro amigo²³, para

²⁰ *Colaboración de Familia y Maestro en el pensamiento de S.S. Pío XII, op. cit.*, p. 5.

²¹ Desde su erección en diciembre de 1949, el Patronato de Educación e Instrucción del Arzobispado de Valencia promovió la construcción de un buen número de escuelas de educación primaria que, en 1954, alcanzaban la más que considerable suma de 375 en toda la diócesis. De él derivaron comedores y roperos escolares para niños necesitados, talleres de formación profesional básica, mutuas de seguros, etc. Sus fines eran, pues, al mismo tiempo benéfico-sociales, formativos y espirituales, lo que se articulaba en las sucesivas Jornadas de formación del magisterio –al mismo tiempo pedagógicas y espirituales– nacidas precisamente del celo de Haro Salvador. Sus estatutos, en B.O.A.V., nº 2506 (1950), pp. 2-5. Vid. MARTÍNEZ RODA, F. (1998) *Valencia y las Valencias: su historia contemporánea (1800-1975)*, CEU San Pablo, Valencia, p. 474; PALACIO, I.; RUIZ RODRIGO, C., (1993) *Infancia, pobreza y educación en el primer franquismo*, Universitat de València.

²² Fue este un medio eficazísimo para el desarrollo de algunos de los planes de reforma social que preocupaban a Haro entre los años 1959 y 1963, periodo en que asumió este encargo, especialmente la promoción del asociacionismo familiar: asociaciones de familia, de padres de familia y de familias numerosas.

²³ Vid. «Todo un hombre», *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros de Valencia*, nº 152-153, sept.-oct. 1965 (reproducido más adelante en este mismo volumen). El autor, Ricardo Marín Ibáñez, fue un conocido filósofo de la educación y pedagogo, Catedrático en Valencia y previamente Profesor en la Universidad Complutense y en la Escuela Normal de Valencia, en la que inició su carrera académica. Como José María Haro, a quien le unía además de su común pertenencia a la ACdP y Acción Católica, una estrechísima amistad, procedía de Cheste, donde

transmitir a los demás, la sobria parquedad de su palabra, con –lo que es mejor– la invariable eficacia de sus actos diarios, entretreídos en la fina urdimbre de su inmutable sinceridad personal, de sus creencias e ideales.

En recuerdo de Haro, paladín del Magisterio

He aquí un breve esbozo de la gran y provechosa labor que José María Haro fue realizando en el transcurso de sus mejores años, hasta que el Señor quiso llevarle a su seno. Todo, dibujando el marco de una escuela asistida por colaboraciones sociales más amplias y de un Magisterio prestigiado por la trayectoria vocacional y la firmeza de su proposición material, libre de preocupaciones ante el futuro.

He sabido que la ciudad, siempre generosa, halló en la persona de su alcalde, Sr. Rincón de Arellano, el gesto nobilísimo de aceptar la propuesta que se le hizo de colocar en el frontispicio de un colegio nacional futuro, el nombre de José María Haro Salvador²⁴. Ha cumplido con su tradicional hidalguía.

Por mi parte, con emoción y orgullo puedo comunicar un galardón más: la Junta Nacional de Mutualidades y Cotos acordó hace tres días solamente, por aclamación, solicitar del Ministro de Educación y Ciencia, a través del Director general de Enseñanza primaria, la concesión, a título póstumo, de la medalla de oro²⁵. Honor excepcional que me permito subrayar ante todos.

Ahora quedamos nosotros, amigos. ¿Qué haremos para honrar la memoria de quien tanto nos quiso, y supo, además recoger durante

había nacido en 1922. Allí también fallecerá en el umbral del siguiente siglo, en 1999, después de haber colaborado muy activamente con Manuel Cortés en la fase inicial de la Causa de canonización de su amigo, y habiendo dejado tras de sí una importante obra científica.

²⁴ Se inauguró oficialmente el 6 de noviembre de 1971, por el Ministro del ramo J. L. Villar Palasí, cuya intervención también se recoge aquí. Por aquel entonces su promotor ya no era alcalde, sino Vicente López Rosat, cuyo discurso también puede leerse más adelante, con el título –impuesto por nosotros– «Un don para su pueblo».

²⁵ Se hizo pública la concesión durante la celebración en Valencia del LVIII Aniversario de la fundación del Instituto Nacional de Previsión (I.N.P.), por parte del Gobernador Civil, «que hizo un tributo de admiración del fallecido don José María Haro Salvador y dijo que la imposición de la Medalla de Oro de la Previsión, que le fue concedida a título póstumo, le sería entregada a su viuda en un acto íntimo», *Actos conmemorativos del LVIII Aniversario de la ley fundacional*, Ministerio de Trabajo-I.N.P., Madrid, 1966, p. 70. Medalla de Plata algo antes, en 1960.

la madurez de su vida el valor del claro hontanar que fueron sus años primeros de infancia? ¿Cómo unirnos a su perenne recuerdo, cristalización en actos de aquellos primeros chispazos surgidos al calor paterno de la familia y de su primer maestro, impulsados en un colegio, honra de Valencia, orgullo de España?

Hombre bueno, fiel a la amistad, padre de familia amoroso, cumplidor de sus obligaciones profesionales, incansable apóstol de la Iglesia, esforzado colaborador del maestro, su paladín siempre, amplio cultivador, en fin, de los tres círculos que pedía Pío XII al cristiano deseoso de perfecciones, ¿qué me atrevería a solicitar de las entidades valencianas del magisterio? Algo muy sencillo: que a la cabeza de la lista de sus asociados, como testimonio de gratitud y ejemplo para actuaciones generosas, coloquen el nombre esclarecido de José María Haro Salvador, que tanto pugnó por enaltecer los ideales que constituyeron su razón de existencia.

Él evitaría, si se hallara presente, con su sincero gesto de modestia, esta petición. La justicia pide, sin embargo, que se cumpla, si mi propuesta merece vuestro beneplácito.

Haro, padre de familia

José María Hueso Ballester

Secretario de la Confederación Nacional de Padres de Familia

1. La bondad del Rector Magnífico de vuestra Universidad, que nos ha deleitado con su aticismo, expresando la figura de José María Haro, me ha de permitir que yo acuda a un recuerdo que todos los que pasamos por las aulas universitarias tenemos. Recuerdo que tal vez no sea respetuoso en la solemnidad de este acto, pero es anécdota que puede tener, salvando las distancias, cierta analogía al mismo...

Recordaréis que al principio del curso académico, todos y cada uno de los catedráticos ponderaban su asignatura como la preferente y la mejor... Hoy nos encontramos, paradoja de la vida, en unas circunstancias en que todos los que por deferencia de los organizadores vinimos aquí a glosar la figura de José María Haro, hemos de producirnos como esos catedráticos al manifestar que su faceta es la principal de las características de José María Haro. Y esto viene como demostración de que la Providencia de Dios le dio dotes y dones tan extraordinarios, que fueron de tal naturaleza y de tal amplitud, que así como en el arco iris refulgen diversos colores y todos responden a la luz diáfana, así también en la vida de Haro hayan sido diversas las actividades y facetas pero todas respondiendo a aquella alma cristiana que Dios puso en él y que fue manifestándose como Magistrado, como maestro y como padre de familia.

Perdonarán, sin embargo, que en esta pugna de elogios que brotan al contemplar la figura de Haro, quiera para mí la primacía en esta faceta. Porque Haro magistrado, Haro maestro, Haro hombre de A.C., no eran sino el plasmar Haro sus actividades en una parcela, en una manifestación de la sociedad. Pero José María sabía que esa

sociedad no sería nada si su célula vital que es la familia no estuviera bien formada, no estuviera bien acrisolada. Él tenía el convencimiento y quién sabe si también cierto orgullo cristiano, de que nosotros los padres somos los más egoístas porque somos los más listos. Me decía: «Cuando el hombre tiene un dolor que le atosiga, cuando quiere solicitar algo, o cuando quiere dirigirse a Dios lo hace con lo más excelso, Padre nuestro... Ya ves, qué orgullosos debemos estar con la paternidad».

Paternidad que Haro supo llevar a todos sus extremos, porque entendía que la familia, por ser base de la sociedad, había de estar bien constituida. Y así él la tuvo, y se cumplió en la suya aquel párrafo de los Salmos: «Tenía a la mujer como fructífera parra en su casa y crecían los hijos como renuevos de olivo alrededor de su mesa»¹... Pero es porque tuvo siempre dentro de él el espíritu cristiano para llevarlo a la familia y luego expandirlo por toda la sociedad.

Cristiano el espíritu de la familia. Parece que él se adelantó a la que había de ser doctrina del Concilio Vaticano II que dice: «Eduquen a la familia en la doctrina cristiana y en las virtudes evangélicas a la prole que Dios les haya dado»².

Y lo hizo él así, porque en una conferencia que pronunció comentando el pensamiento de Pío XII en orden a la colaboración de la familia y el maestro, decía: «Somos los padres, fuente y origen de su vida, mente y guía a la vez de nuestros hijos, corazón, en especial el de la madre, que forja el suyo, ordenándoles al bien y a la gloria, a la Patria y al Cielo»³.

Y lo hacía de esta suerte porque tenía el convencimiento de que formar a los hijos es lo más difícil que hay. Es fácil concebirlos, si Dios nos toma como instrumentos de su Providencia para ello, pero es difícil educarlos, formarlos. Como decía Alfonso X: «*Facer que los*

¹ Cfr. *Sal* 128, 3.

² «*Coniuges autem parentesque christiani oportet ut propriam viam sequentes, amore fidei, totius vitae decursu se invicem in gratia sustineant, et prolem amanter a Deo acceptam christianis doctrinis et evangelicis virtutibus imbuant*», CONC. VAT. II, Const. Dogm. *Lumen Gentium*, 41 (AAS [1965], 47).

³ HARO SALVADOR, J. M., *Colaboración de Familia y Maestro en el pensamiento de S.S. Pío XII*, op. cit., p. 10.

*hijos lleguen a acabamiento de ser hombres»*⁴... Como nos dice Santo Tomás: «Es obligación que tenemos, ya que les dimos la vida, de darles educación»⁵.

Y para todo, él tuvo la suerte de encontrar una compañera de su vida que formó el hogar, porque es la mujer y es el marido, es el padre y es la madre, los que conjuntamente atienden a la educación del hijo. La madre moldeando el corazón, el padre iluminando la inteligencia, los dos haciendo el carácter que haga hombres para el mañana y Cristianos para Dios.

Tuvo la suerte José María de poder dejar a sus hijos su recuerdo, trasladándoles sus virtudes.

2. Pero Haro, que quería que esta célula vital de la sociedad fuese verdaderamente la base de ella, la expandía con amor a todos los demás. Así fueron las manifestaciones que tuvo siempre en orden a que la familia no se cerrara en sí misma por egoísmo, sino que saliese a la sociedad. Y de ahí la compenetración, la dedicación (una más de las que tuvo en su vida), con las Asociaciones Católicas de Padres de Familia. En 1940 acude a la primera Asamblea de Padres de Familia celebrada en Madrid después del Movimiento y desarrolla en ella una ponencia, que versa sobre la colaboración íntima que padres y maestros habían de tener.

Y no sólo en el plano nacional. Todos sabéis el gran cariño que tuvo por su primer Colegio de los Maristas, cuyo reglamento de la Asociación redactó él de su puño y letra. Y sabéis cómo continuó viviendo con esa Asociación, mientras el Señor le tuvo entre nosotros⁶.

No sólo eso, sino que, en momentos difíciles, cuando la prudencia aconsejó o no se entendía conveniente que la Asociación de Padres de Familia surgiese con la potencia que anteriormente tenía, o porque

⁴ Cfr. *Partidas*, Ley 3, Tít. 20, p. 2.

⁵ Cfr. *Sum. Theol.*, II-II, q. 101, a. 2 ad 2; q. 154, a. 2.

⁶ Fue a instancias del H. Javier Rafael (*in saec.* Ignacio Garmendia Querejeta [1900-1992]), director del Colegio del Sagrado Corazón en Valencia, que en 1957 José María Haro abandonó la dirección de la Asociación de Antiguos Alumnos de aquel centro –que él mismo había iniciado en los 40 con la ayuda del director de entonces, el H. Juan García Velasco– para poner en marcha la de Padres de Alumnos, tarea que acogió con auténtico entusiasmo.

las circunstancias no aconsejaban esta colaboración, él no fue como el ave fénix que se guardaba debajo de las cenizas. Él fue algo más excelso; fue la semilla que está depositada subtelúricamente, para que en el momento que la discreción de su arzobispo, a quien todos tanto queremos y de quien él era dócil servidor, estimó conveniente, hizo que floreciese. De ella fue Haro el basamento, la piedra que queda enterrada, que no se ve, con esa humildad suya, pero que permite que las otras piedras puedan aflorar y estar en la superficie y sostengan y encaucen todas las Asociaciones de Padres de Familia. Así tenemos hoy, gracias a aquel esfuerzo de Haro, la Federación valenciana de Padres de Familia. Y fue aquí, en este mismo lugar, cuando se celebró en Valencia hace años la Asamblea Nacional de Padres de Familia⁷, donde entregó a su presidente don Ángel Ortuño, la bandera de la Asociación que él había guardado en su casa para dejarla como herencia, como legado magnífico a los padres de familia. Un legado que no era solamente una enseña, porque Haro nos dejó una doctrina, una conciencia y una actuación.

Haro no hizo sino seguir en la Obra de la Asociación de Padres de Familia la trayectoria de valencianía que tiene esta Confederación. Me place que se me haya otorgado a mí este puesto, para poder resaltar públicamente todo cuanto la Confederación debe a Valencia.

No todos los aquí presentes, pero algunos sí, saben que el primer Vicepresidente Nacional fue el marqués de la Bastida, padre del actual prelado de Santander⁸. Fue durante varios años presidente, el conde de Trigona, de gran arraigo en esta tierra⁹. Y el último Presidente fue el marqués de Vivel¹⁰, lo cual quiere decir que tenemos un gran

⁷ XVIII Asamblea Nacional de Padres de Familia, Valencia 19-23 de abril de 1961.

⁸ Se refiere a Vicente Puchol Montis, nacido en Valencia en 1915 y muerto trágicamente en un accidente de circulación en la carretera de La Coruña, próximo a Madrid, en 1967. Regentó la sede episcopal de Santander desde 1965, año de su consagración de manos del nuncio en España, el cardenal Antonio Riberi. Era su padre José Puchol i Miquel, Marqués de La Bastida por su matrimonio con María de la Concepción Montis y Moragues, depositaria de los derechos nobiliarios

⁹ En este caso, José María Mayáns y de Sequera, conde de Calderón y de Trigona, nacido en 1887 y fallecido en Madrid el 23 de febrero de 1965. Miembro de la ACdP, fue elegido Presidente de la Confederación Nacional de Padres de Familia en el momento de su constitución en 1931, con el también propagandista José María Torre de Rodas como Secretario General.

¹⁰ José Martínez-Agulló, marqués de Vivel, fue abogado del Estado, académico de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación (en la que ejerció de Secretario), consejero honorario de Educación

entronque con esta valencianía, que Haro supo mantener pareciendo que actuara como el embajador y el enlace de todos ellos.

Pero al fin y al cabo, esa valencianía no es solamente el sol diáfano y la claridad del ambiente de nuestras fiestas. Es algo más profundo, algo más íntimo, es algo que llevamos dentro de nosotros mismos, porque si dicen que es «*pensat i fet*» es porque dentro de su subconsciente lo lleva todo preparado, lo lleva creado, y cuando surge algo que parece espontáneo, es la manifestación de esas virtudes raciales que llevamos dentro, que no sabemos alardear de ellas pero que salen a la superficie en su momento oportuno. Haro las aportó siempre a los padres de familia, con un tacto del cual nosotros hemos aprendido extraordinariamente.

Tengo que terminar, con el convencimiento de que José María Haro eligió para sí la mejor parte. Supo elegir lo mejor, porque cristianamente hablando me atrevo a pensar, que en él se cumplió aquella parábola de los talentos¹¹. Recordáis que el amo al marchar dejó a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno solo. Hay una frase en la parábola que me emociona y me conforma extraordinariamente. Me conforta pensando que algún día tendré que dar cuenta a Dios de estos talentos que me dejó para administrar; dice, que se exigirá a cada uno según lo que se le haya dado. Dios no nos exigirá sino la administración de lo recibido.

Yo estoy plenamente convencido de que José María Haro habrá merecido aquellas palabras: «Ven, siervo bueno y fiel, puesto que te di lo poco y lo has acrecentado, ven a formar parte de la dicha de tu Señor»¹²...

Nacional, Vicepresidente de la Diputación provincial de Madrid, teniente-alcalde del Ayuntamiento de la capital, y presidente de la Confederación Católica Nacional de Padres de Familia desde el 30 de junio de 1944. Al cierre de la XVII Asamblea Nacional de la Confederación, en diciembre de 1958, bajo su presidencia, y con el propio José María Hueso en la Secretaría General, Haro se incorporó al Consejo Nacional de la Confederación como vocal por Valencia.

¹¹ Cfr. *Mt* 25,14-30; *Lc* 19, 11-27.

¹² *Mt* 25, 23.

Haro, magistrado

Baltasar Rull Villar

Ex-Alcalde de Valencia. Magistrado del Tribunal Supremo

1. Si yo hubiera tenido que poner un epitafio sobre la tumba donde los restos mortales³ de José María Haro Salvador esperan la resurrección de la carne, hubiera elegido aquellas palabras de Cristo en el Sermón de la Montaña: «Bienaventurados los que tienen hambre de justicia»¹. Porque José María Haro tuvo, en su peregrinación por este mundo miserable, un hambre atroz, insaciable, ese hambre que quema las entrañas, de una justicia auténtica, de la que hasta ahora, después de su muerte, no ha podido compensarse porque, por desgracia, la injusticia continúa imperando sobre la tierra. Quizá por eso sintió su vocación judicial, ese llamamiento interior que a cada uno le conduce a su destino por caminos diferentes. Él buscó el suyo convirtiéndose en instrumento de la justicia concebida según su ideal de la misma.

2. Hay muchas maneras de entender la justicia. Los romanos la condensaban en tres principios: *Honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*². A pesar de que estos tres principios parecen tener un valor universal y absoluto, no lo tienen. El *honeste vivere* y el *alterum non laedere* se identifican con la conducta moral. Y la moral, etimológicamente derivada de *mos, moris*, costumbre, es variable y fluctúa según las circunstancias del tiempo y del espacio. La moral del hombre de las cavernas, movido por instintos primarios, no es la misma que la del hombre civilizado del siglo XX. La moral del Imperio

¹ Mt 5, 6.

² ULPIANO, *Regulorum I, Dig.*, 1.1.10, 1.

romano, sensual, materialista y grosera, la moral que admitía la esclavitud como perfectamente lógica y jurídicamente protegida, que era tan cruel con los enemigos que hubo en España procónsules y generales que contaban en su acervo tantas poblaciones destruidas como días de estancia en nuestro territorio, que se complacía viendo desgarradas las entrañas de los gladiadores o de los mártires, es una moral de la que nos separa una distancia abismática.

Lo mismo que en el tiempo ocurre con el espacio. Hoy mismo, es indudable que no es la misma la moral del europeo que la del africano. Todavía subsisten tribus en algunas regiones de la tierra que viven en la era del paleolítico.

El tercer principio, el de dar a cada uno lo suyo requiere la fijación previa de un criterio determinante de esa propiedad, de lo tuyo y de lo mío. Ardua cuestión en la que, a veces, lo que se trata de hacer prevalecer es el egoísmo.

No basta, pues, en la moral como en la justicia, una formulación abstracta de principios. Es menester tener una norma objetiva, externa y superior, con la cual poder contrastar nuestros sentimientos y nuestra conducta para saber si acertamos o no.

Para nosotros, esa seguridad no nos la puede facilitar más que la teología cristiana. Sólo así cobra sentido la justicia como una virtud cardinal. Sólo así pueden los juristas cristianos tener una brújula que les guíe en su camino hacia una meta perfectamente conocida y apasionadamente deseada.

Esa justicia es la que sintió José María Haro y la que llevaba en el alma cuando en las oposiciones de 1929 ingresó en la Judicatura española³. Y por eso era en él inseparable su formación de católico militante de primera línea con la calidad de juez ejemplar.

³ Tras la finalización de sus estudios universitarios en 1928, y después de unos meses en Madrid como Secretario Técnico del Consejo Central de la J.C.E. por invitación de Ángel Herrera, José María Haro se presentó a las primeras oposiciones a la Judicatura que le fue posible, obteniendo el número 14 de aquella promoción. El reglamento exigía un periodo de prácticas no remuneradas antes de la asignación de destino, que realizó en Valencia junto al juez Juan Espinosa Gozalbo, del distrito del Mercado. La adjudicación del destino se produjo el 26 de marzo, con su nombramiento para el Juzgado de primera instancia del partido de Orcera, en el corazón de la Sierra de Segura, en la provincia de Jaén, por traslado de su anterior titular, Juan Victoriano Barquero y Barquero (1904-1985), al de Logrosán, en Cáceres. Cfr. *Gaceta de Madrid*, núm. 86 (27 marzo 1930), p. 1931, nº 229-230.

Sus primeros tiempos de juez rural, en tierras andaluzas atormentadas por la miseria y la injusticia, le comprometieron más todavía en su apostolado porque le descubrieron todo lo que en España quedaba por hacer⁴.

3. Nuestra afinidad en todos los órdenes, despertó una amistad entrañable que culminó en el primer quinquenio de los años 30 cuando la Providencia nos situó en juzgados colindantes. Tanto Viver, que él desempeñaba⁵, como Segorbe, eran juzgados de poco trabajo. Cabía imaginar a los jóvenes jueces titulares de dichos partidos, poco menos que vegetando. Pues bien; yo recuerdo la primera visita que le hice a Viver, devolución de otra que él me había hecho a Segorbe. Apenas abrí la puerta, me lo encontré en la actitud menos solemne y protocolaria que puede imaginarse: estaba a gatas en el suelo, sobre un ejemplar del diario *El Debate*, tijera en mano, recortando y encarpetando noticias y comentarios.

Era aquella una época agitada y prerrevolucionaria. Estaba gestándose una tragedia; la más grande quizá de nuestra historia. *El Debate*, dirigido entonces por el actual obispo de Málaga, cardenal Herrera, estaba tratando desesperadamente de prevenir la catástrofe, dando consejos de prudencia a todas las clases sociales para que procediesen con justicia⁶. José María Haro participaba intensamente de esta

⁴ Lo apuntaba él mismo en sus alegaciones ante la Comisión Judicial designada por el gobierno de la República para la depuración de los funcionarios del Estado, fechadas en julio de 1937: «el 26 de marzo de 1930, [...] fui destinado a mi primer juzgado: *Orcera*. En él hube de hacer mis primeras armas con los *Señores* del campo andaluz, cuyas pretensiones aumentaban en aquel Partido[,] casi siempre vacante o servido por funcionarios en corrección disciplinaria. Aunque no tuve ni el consuelo de tener en el partido otros funcionarios de profesión jurídica (cuya compañía, siempre útil, lo es más a un aspirante), en los nueve meses que lo serví con el cariño e interés de un novicio, conseguí[,] según supe luego, que al dejar el juzgado (cuya Junta de Carcelario hizo presupuesto especial y me *puso casa* –aunque modesta– al casarme, y no con mujer del partido) se me llamase “el juez de los buenos recuerdos”» (ADV, c. 1, leg. 1).

⁵ Entre febrero de 1931 y diciembre de 1935 desempeñó sus servicios en el juzgado de primera instancia e instrucción de Viver, provincia de Castellón, recién reestablecido tras su supresión en 1926. Allí permaneció hasta su designación como presidente de la 2ª Agrupación de Jurados Mixtos de Valencia el 1 de enero de 1936, cargo que él mismo había solicitado por su contenido social, antes de la creación de una rama social específica en la magistratura en 1939. En junio de aquel mismo año, poco antes de producirse el Alzamiento Nacional, se suprimieron los juzgados mixtos, lo que le llevó desde el 29 de ese mes nuevamente a la primera instancia en Villar del Arzobispo (Valencia), donde le sorprendió la guerra.

⁶ Un estudio sistemático de este capítulo de la historia política española, en VARA, J. (2004), *Un episodio en la historia de España. La lealtad de los católicos al poder*, Edicep, Valencia.

inquietud y día a día vivía con angustia los momentos críticos que se avecinaban. Eran frecuentes nuestros cambios de impresiones y coincidíamos en lamentar la ceguera de los responsables de que el choque de ideologías se precipitase, por la resistencia de unos y otros a sustituir la violencia por la justicia.

Yo quiero olvidarme de aquellos años trágicos en los que José María Haro estuvo en trance de ser un mártir de su amor a la justicia. Sólo un milagro explica su supervivencia⁷.

El Movimiento Nacional triunfó bajo el triple lema de la patria, el pan y la justicia. Esta última obligaba a atender lo que de justo había en las reivindicaciones de los vencidos porque no se veía en ellos más que a españoles, aunque equivocados en sus métodos, a los que había que redimir del hambre y la injusticia⁸.

Franco y su Gobierno comprendieron cuánta verdad había en aquellas palabras de Giorgio del Vecchio, cuando decía que «aún en las aguas más fétidas de una charca, puede verse reflejada la luz de la luna con toda su claridad y belleza». Y para institucionalizar jurídicamente la lucha contra esa injusticia, se creó una magistratura laboral

⁷ Después de tener que atender algunos hechos delictivos en Liria en ausencia de su juez titular y en su partido, se le hizo inmediatamente objeto de persecución, tildado de afecto a los insurgentes a causa de su evidente perfil religioso, que no disimuló en ningún momento. El día 10 de agosto fue detenido junto a otros funcionarios de Villar por milicianos procedentes, en algunos casos, incluso de Cheste, su villa natal, y Chiva. Tras unas horas, un grupo de ellos simuló en cada uno de los detenidos su ejecución, en una suerte de broma macabra de la que, sin embargo, no se libró uno de los apresados, caído por el fuego de las balas. Gracias a la mediación de algunos dirigentes del Frente Popular del propio Villar, los demás –y entre ellos, José María Haro– fueron liberados. El resto del tiempo de guerra lo pasó recluido en la casa de algunos conocidos y, al fin, la suya propia, donde su presencia pasó casi completamente oculta hasta la toma de la ciudad, el 29 de marzo de 1939 por las tropas del General Aranda. Un recorrido completo y muy documentado sobre el desarrollo de la guerra en aquella localidad, en SALVO, C. (2011) *Crónica de la Guerra Civil en El Villar*, Ayto. Villar del Arzobispo.

⁸ De ello daba testimonio también en sus alegaciones en el procedimiento de depuración republicana: «En todos mis puestos –decía– procuré en mis actos y con hechos, cuando la ley con sus ataduras lo permitió, acreditar mi cariño al pueblo, al humilde, de quien traigo origen y afecto y cuya situación ya conocida por ello, de mí, había visto en sus extremos más graves e irritantes en el campo andaluz. Interpretar humanamente las leyes viejas, procurando hacerlo con espíritu nuevo; aplicarlas racionalmente; dando lugar a la equidad siempre que con ello no se menoscababa la justicia, como aconsejaba don Quijote a Sancho hiciere en su Ínsula, especialmente en beneficio de los más débiles; oyendo a todos y procurando facilitar la administración de esa justicia y acercarla a los justiciables, el deber, la vocación y el afecto me impelían a hacerlo con más interés y con más cariño cuando más aguda se revelaban las injusticias y desigualdades sociales, que la ley muchas veces consagraba, poniendo en duro trance la conciencia del juzgador» (ADV, c. 1, leg. 1).

que ya había anunciado, en plena guerra, el Fuero del Trabajo⁹, para hacer posible que en el orden económico social se impusiera el respeto a la dignidad humana de los trabajadores, el equilibrio entre las fuerzas que colaboran a la producción, y se evitara la regresión a la selva cada vez que hubiera necesidad de restablecer dicho equilibrio.

4. La nueva Magistratura tuvo sobre José María Haro un poder de sugestión irresistible. Se incorporó a ella con plenitud de sentidos y potencias, abnegadamente, con pasión. Fue desde entonces, como Magistrado Decano del Trabajo de Valencia, el símbolo de lo que se vino llamando la justicia social, que administró paternalmente, dándole impulso y agilidad, siendo para sus compañeros y colaboradores maestro y ejemplo, hasta adquirir un prestigio nacional y el respeto de patronos y obreros. Dentro de los límites que le imponía la legislación, se esforzaba Haro por llevar a la práctica las directrices de la doctrina social de la Iglesia y del nuevo Estado¹⁰. Fueron años felices en que logró que el trabajo profesional se convirtiera para él en el mayor placer de su espíritu.

José María Haro tenía, sin embargo, la convicción de que ninguna institución pública puede arraigar y dar frutos permanentes sin la previa formación de una conciencia colectiva que le sirva de sustentáculo. En definitiva, sin una educación social y cívica, con conciencia de responsabilidad que sea capaz de hacer que se penetren

⁹ La creación de esta magistratura, desvinculada administrativamente de la organización judicial ordinaria, estaba prevista en el art. VII.1 del Fuero del Trabajo, fechado en Burgos el 9 de marzo de 1938. Su nombramiento para Valencia se produjo en régimen de interinidad por Orden del 29 de abril de 1939 (*B.O.E.*, núm. 126 [6 mayo 1939], p. 2473).

¹⁰ Prueba de ello fueron algunos de sus artículos y sus abundantes conferencias de contenido social, solo algunas de las cuales –muy pocas– quiso conservar en texto impreso. Como botón de muestra, sobre todo, su discurso de ingreso en la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación, sobre «Relaciones y fronteras entre la Justicia y la Caridad» (1961), todavía inédito; la conferencia en la XIX Semana Social de España, *La caridad en el mundo del trabajo y en las profesiones liberales*, Junta Nacional de las Semanas Sociales, Madrid 1959; «La huella social de Pío XII», *Jornada*, 10.10.1958, pp. 6-7; o sus ponencias en el marco de sus responsabilidades ejecutivas en la delegación provincial del I.N.P. entre 1950 y 1965, como «La Seguridad Social y la Escuela», *Congreso Iberoamericano de Seguridad Social*, Cultura Hispánica, Madrid, 1951, vol. 3, pp. 61-70; o «Aumento del subsidio de Escolaridad», en *I Asamblea General del Instituto Nacional de Previsión (Sección VII). Ponencias de Consejos Provinciales*, Ministerio de Trabajo – I.N.P., Madrid 1953, pp. 67-91.

del sentido social las distintas categorías de la comunidad nacional, como recordó Paulo VI a la XXII Semana Social de nuestra patria¹¹.

Por eso José María Haro hizo inseparables en su personalidad el doble carácter de magistrado y de maestro. *Magistratus* y *magister* tienen la misma raíz, *magis*, como indicando que la educación y la justicia son los máximos pilares de la felicidad de los pueblos. Cuando Jesucristo elige a sus apóstoles, sintetiza su misión en estas palabras: «id y enseñad a las gentes»¹². Cuando Juan XXIII quiere actualizar la misión de la Iglesia, la define también así: madre y maestra¹³.

La cuestión de las cuestiones llamaba nuestro gran tribuno Vázquez de Mella a la enseñanza, porque en ella está el germen de la sociedad futura. Ahí radica el verdadero plan de desarrollo: la formación de los cerebros, la revalorización completa de nuestros hombres. Decidme qué concepto tiene del Magisterio un país, decidme cómo lo considera y lo trata, y podremos enseguida marcar su nivel de desarrollo.

José María Haro estaba tan convencido de que incluso para una acertada justicia es presupuesto previo la enseñanza, que menos de dos años antes de su muerte, en la revista *Valencia Escolar*, de la Asociación Católica de Maestros, de octubre de 1963, escribió un artículo sobre la educación social, en el que se lamentaba de las graves repercusiones que la falta de educación tenía en la propia administración de justicia, según había conocido por experiencia personal.

En dicho artículo exhortaba a la sociedad a que facilitase medios a los maestros y a todos a que se diesen cuenta de la gran trascendencia del problema. Formar el espíritu de los ciudadanos en la sinceridad y veracidad, en la colaboración al bien común y en el sentido de la equidad, es imprescindible para la pacífica convivencia y la recta comprensión de la justicia.

¹¹ En carta del 25 de julio de 1963 del antiguo nuncio en España, cardenal Amleto G. Cicognani, en nombre de Pablo VI, a Rafael González Moralejo, presidente de la Junta Nacional de las Semanas Sociales. Se celebró en Oviedo del 24 al 30 de junio, bajo el lema «La educación social y cívica en una sociedad de masas».

¹² Cfr. *Mt* 28, 19; *Mc* 16, 15.

¹³ Vid. JUAN XXIII (1961) litt. enc. *Mater et Magistra*, AAS 53, 401-464.

Por eso Haro convirtió en inseparables las dos facetas de su vida, la del juez con la del maestro.

El juez, que definido según *Las Partidas* es «el hombre bueno que está puesto en la sociedad para mandar y hacer derecho»¹⁴. Fijaos bien en esta definición. Alfonso el Sabio, creador del idioma, que procura no usar una palabra ociosa ni expresar un concepto impropio, exige como fundamental en los jueces, el ser hombres y el ser buenos. Es decir, es la hombría en su plenitud. Es el conjunto de todos los valores humanos. El hombre de recta moral, de recta conciencia y recto criterio, es tanto como la ley natural humanizada y viviente. Pero este hombre, a la vez, quiere que esta proyección sobre los hechos básicos, le dé al magisterio una importancia primordial como instrumento de la formación humana de las sociedades.

5. Estos dos principios son los que caracterizaron a José María Haro hasta su último momento. Ya en su lecho de muerte y todavía queriendo mantenerse en el ejercicio activo de la administración de justicia. Yo tuve ocasión de comprobar en la última visita que le hice, que estaba pendiente de los problemas que quedaban planteados actuando en su mente como un eslabón de continuidad, pensando que si no tenían solución posible en este mundo la tendrían en el otro. No me extrañó. Yo recuerdo a este propósito una anécdota que leí en uno de los biógrafos de San Luis Gonzaga. Decía que hallándose un día a la hora del recreo con todos sus compañeros, el Maestro de Novicios entresacó a un grupo y acercándose a ellos les hizo esta pregunta: «Si tuvierais la seguridad de que ibais a morir en este momento, ¿qué haríais, qué actitud adoptaríais?».

Cada uno reaccionó a su manera. San Luis se limitó a decir: «Yo continuaría jugando, porque en este momento es mi deber».

Esta fue la última lección de José María Haro que jamás olvidaré. Lección ejemplar e inolvidable, válida para todos los jueces y maestros españoles.

¹⁴ ALFONSO X, *Partidas*, Part. III, tít. 4, ley 1: «Los jugadores que hacen sus oficios como deben han nombre con derecho jueces, que quiere decir como homes bonos que son puestos para mandar et facer derecho». Cfr. Part. III, tít. 4, ley 3ª.

En su figura ascética, remontándose física y moralmente sobre todos nosotros, me parecía ver, y ahora recordar, una flecha dirigida al cielo para enseñarnos el rumbo a seguir. A mí todavía me parece que nos está diciendo: Buscad el reino de Dios y su justicia. Lo demás, la paz, el bienestar, la dignidad, la libertad y el progreso se os dará por añadidura¹⁵.

¹⁵ Cfr. *Mt* 6, 33; *Lc* 12, 31.

Hombre de Acción Católica

Alfredo López Martínez

Subsecretario del Ministerio de Justicia

Allá por el mes de noviembre de 1926, se celebraba en Granada una Asamblea Nacional de Estudiantes Católicos. José María Haro era uno de los ponentes. El acto se celebraba en el paraninfo de la universidad granadina. Y hubo un estudiante que, cuando José María Haro estaba hablando, le interrumpió para decir: «más alto». José María –que era un hombre serio, al que afortunadamente no le faltaba algo que no debe faltar a ningún hombre serio, que es el humor– recorrió con su mirada aquella alta estatura que el ilustre Magistrado del Tribunal Supremo nos acaba de recordar, se volvió al interruptor, y dijo: ¿Más alto? ¡Imposible!»¹.

Quién me iba a decir en aquellos lejanos tiempos que, al cabo de los años, iba yo a intervenir en un acto en el que se trata de poner de manifiesto la alta estatura moral de nuestro querido, de nuestro inolvidable, de nuestro ejemplar José María Haro.

¹ Esta divertida anécdota se produjo en el marco de la V Asamblea Nacional de la Confederación de Estudiantes Católicos, siendo Haro presidente de la Federación Regional valenciana. Él mismo dio cuenta del curso de aquella Asamblea en dos de sus frecuentes colaboraciones en *Las Provincias*: «Desde Granada. La V Asamblea Nacional de Estudiantes Católicos» (4 noviembre 1926), p. 7, y «La V Asamblea Nacional de Estudiantes Católicos. A su terminación» (10 noviembre 1926), p. 3. Años después la recordaba ante sus convencinos de Cheste Ricardo Marín, en el homenaje que le dispensó su pueblo póstumamente, y que se incluye en este volumen.

Tareas del hombre de Acción Católica

José María Haro fue hombre de Acción Católica², y yo, pensando en lo que hoy debía decir, creí que lo mejor era perfilar la figura de un hombre de Acción Católica.

El hombre de Acción Católica es un seglar que, a sus tareas de padre de familia y a su deber profesional, suma otra más, no menos bella y trascendente: la de trabajar al servicio de la jerarquía, de su obispo y de su párroco; un sumando de importancia que se añade a otros dos, también importantes.

La suma de estas tres tareas podría denominarse inmenso sacrificio porque, como tantas veces tengo dicho, ser hombre de A.C., no es, no puede ser, no ha sido nunca –y para honra de José María, en él no lo fue– un salvoconducto para discurrir negligentemente por el campo de los deberes de la familia y de la profesión.

El horario de un hombre de A.C. es un horario sobrecargado, exigente. No se puede perder un minuto y esto es muy costoso. A veces, heroico.

Atención a la familia

Si, como decía con gracejo y hondura, un prelado ya fallecido, cuando muera un obispo Dios le llame a juicio, el Señor le examinará

² Haro presidió la antigua rama de hombres de Acción Católica durante doce años cruciales en el desarrollo de esta obra de apostolado orgánico de la Iglesia tras la guerra civil, desde 1942, por designación del arzobispo Prudencio Melo, a 1954, en que solicitó el relevo. En esta etapa fueron 160 los centros que ayudó muy personalmente a constituir, con unos 4500 hombres a su cargo. En la práctica esto significaba, como recordaba Manuel Cortés a Alfredo López proporcionándole algunos datos para la preparación de su intervención de aquella tarde, que «[l]a mayor parte de cargos públicos locales en los pueblos de la diócesis, como muchos en la capital, tanto en el orden político, como en el administrativo, como en el social, están en manos de hombres que recibieron la impronta de Haro», Carta a Alfredo López, Valencia 22 de enero de 1966 (ADV, c. 1, leg. 6). Ciertamente –continuaba Cortés– «José María Haro no llegó a ser Presidente de la Junta Diocesana y, por lo tanto, no puede decirse que las realizaciones de la Acción Católica valencia[na] en su conjunto, fueran debidas a él; pero su fuerte personalidad, su fervor apostólico, su grandísima capacidad de trabajo y el disponer de una rama de hombres pujante como la tenía, dio ocasión a que muchos actos colectivos y de tronco, como Campañas, peregrinaciones, actos piadosos colectivos, etc., y sobre todo, el Congreso Diocesano de la A.C. [1952] en cuyo acto apoteósico de la Plaza de Toros intervino el entonces Presidente de la Junta Técnica Naci[on]al don Alfredo López, llevaran su trabajo, su dedicación y su sello». Su participación en este Congreso tuvo un importante valor histórico: «XXV años de Acción Católica», en *Bodas de Plata de la Acción Católica Valenciana (Congreso Metropolitano)*, Eds. de la Junta Nacional de A.C., Valencia 1952, pp. 49-55.

de Diócesis, un hombre de A.C. sabe que cuando le llegue ese decisivo momento, el Señor le examinará de familia.

El ser hombre de A.C. no puede suponer que la familia no esté bien atendida; antes al contrario, supone que la esposa, los hijos, los criados también –en aquellos casos, cada vez más raros, en que existan– precisan de su ejemplo, de su palabra, de su presencia, de su amor. De su amor; permitidme que lo repita y que lo subraye: *de su amor*.

Y el amor necesita obras, y necesita presencia, y necesita tiempo. ¡Tiempo! Yo recuerdo que hablando con Haro le contaba –y él me parece recordar también que asentía– que yo había momentos en que decía al Señor una jaculatoria, que quizás peca de exceso de confianza, aunque creo que con Él no cabe tal exceso: «Señor, no te entiendo; habla claro, porque no te entiendo... Hay que atender a la familia, a la profesión a las tareas de la Acción Católica y a otras muchas... ¿Cómo es posible?».

Esto se logra a fuerza de buena voluntad, y de esa labor, que es penosa y heroica, de no desperdiciar ni un minuto, de ordenar bien el tiempo.

La familia no puede padecer, no puede perder, porque el hombre sea un hombre de Acción Católica. Yo no sé si por algún palco habrá alguien que pueda ser testigo más elocuente de cuánta verdad es lo que estoy diciendo, y de cómo se puede ser hombre de A.C. ejemplar, sin que la esposa, ni los hijos experimenten ninguna mengua de la dedicación del esposo y padre.

Entrega a los deberes profesionales

Y hay que cumplir igualmente –por eso se es hombre de A.C.– hay que cumplir muy bien, con mucho detalle, con mucha ejemplaridad, con mucha entrega, los deberes profesionales.

Toda nuestra religión es amor. La religión cristiana es algo tan grande que ni la mente ni el corazón podrán llegar a medir en su total longitud. Pero ese algo tan grande y tan hermoso, y que excede sobremanera a nuestra capacidad de comprensión, se resume en una sola palabra: amor. Si hay fe que traslada las montañas, y entrega de

bienes hasta dar todos los que se tienen a los pobres, y una penitencia que consiste en arrojar el cuerpo a las llamas..., si no hay amor, no hay nada. Toda la Ley y todos los profetas se resumen en esa palabra: amor. El Mandamiento nuevo –un alma egregia decía hace poco que este mandamiento, de tan poco como se usa, parece que sigue siendo nuevo– el que nos distingue a todos los cristianos, es el amor. Y por lo tanto un hombre de A.C., que ha sido puesto sobre el candelero, que todo el mundo sabe que ha hecho profesión y compromiso, de predicar la doctrina con la palabra –y no sólo con la palabra, porque sólo así sería farsa, sino con las obras– tiene que hacer de su labor profesional una obra de amor. Porque eso es el oficio o la profesión que nosotros ejercemos: una obra de amor que rendimos a nuestros semejantes. Y así el hombre de A.C. la cumple con esa firmeza, con esa delicadeza, con ese detalle y con esa entrega que da el amor, sin preocuparse con las ganancias, porque sabe que alguien busca primero el Reino de Dios y su Justicia se le da todo por añadidura, ni de los honores, porque quien se contenta con ellos ya está bien pagado. Lo que quiere es recibir de manos de Dios, allá en el cielo, su paga de amor. Rehúye el camino fácil de buscar el menor esfuerzo o la chapuza, porque quien cumple la tarea profesional con amor, se entrega y no regatea.

El hombre de A.C. es la familia y en el ejercicio de la profesión tiene que ser eso. Y si no, más vale que no diga que es de A. C. porque la desacredita.

Amor al Papa, al obispo y al párroco

El hombre de A.C. como José María Haro lo fue, ama mucho, entrañablemente, con una hondura de corazón que sólo Dios puede medir –sobre todo en casos como el de Haro–, al Papa, al obispo, a su párroco, con un amor cuyas raíces no se detienen sólo en una primera capa, que puede ser movediza, de sentimientos, de simpatías o de admiración por las cualidades personales que concurran en el Papa, en el obispo o en el párroco. Sino que ese amor tiene raíces más hondas; llega hasta apoyarse en unos cimientos más sólidos que son los de

la inteligencia. Y ama a la institución, y ama la función, y ama, no al Papa, Pío o Paulo, sino al que es. Me decía hace poco un prelado que hay una manera vergonzante de decir que no se está con el Papa, y es cuando se pondera lo unido que se estaba con otro Papa que ya fue.

Hay que estar con el Papa, hay que estar con el obispo y con el párroco. Sea quien sea, porque ellos son los elegidos de Dios, y ellos tienen la unción y ellos tienen la función.

Necesidad y condiciones de la obediencia

Otra de las características más señaladas de un hombre de A.C. es que ama con obras y, por lo tanto, obedece. Así amó José María Haro. Y obedeció.

Yo no sé por qué me parece que son estos unos tiempos en que conviene poner de relieve toda la importancia, toda la belleza y toda la fecundidad de la obediencia. La cual no quiere decir que el hombre de A.C. no debe realizar las tareas del apostolado aplicando todos los talentos que el Señor le dio, y pensando en los problemas apostólicos, como si no tuviera obispo o no tuviera párroco.

Pero a la hora de ejecutar, mandan el obispo y el párroco³. Y acaso, nunca es más grande, ni más noble, ni más fecunda la acción del hombre de A.C. que, cuando, teniendo él personalidad y talento, y habiendo pensado las cosas, y creyendo que éstas deben ir en una dirección, sigue con entusiasmo en la contraria, seguro de que va por donde Dios quiere, porque así lo ha dispuesto el obispo, o la autoridad a cuyo servicio está.

Ama al párroco, ama al obispo, ama al Papa. Y ese amor, no es como una caricatura de amor. A veces, creemos que cuando la enseñanza evangélica nos dice que amemos incluso a nuestros enemigos, quiere decir que nos pongamos una venda en los ojos –que a veces resultaría

³ Esto, como es claro, en el orden de la intervención de los laicos con relación a las necesidades de sus diócesis, parroquias y órganos eclesiales de misión específica, como es el caso de la propia A.C. Los dos grandes documentos que trazarán las directrices fundamentales del apostolado de los fieles laicos en el marco de las exposiciones doctrinales del Concilio Vaticano II –el decreto conciliar *Apostolicam actuositatem* y la exhortación apostólica *Christifidelis laici* de Juan Pablo II– son de fecha posterior a la preparación de estas palabras, si no en un sentido cronológico estricto, sí en la práctica, ya que el primero de esos documentos, la *Apostolicam actuositatem*, se fecha en noviembre de 1965.

muy cómoda— para no ver los defectos de los hombres a quienes tenemos que amar. ¡Estaría bueno que no obedeciésemos ni amásemos, sino a los que no tienen defectos! Podríamos borrar entonces del diccionario la obediencia y el amor, porque, ¿quién no los tiene? Lo que pasa es que, reconociendo que las personas tienen defectos y a pesar de ellos, las tenemos que amar: ¿Acaso Dios no nos ama a nosotros, con nuestros defectos? Precisamente yo creo que una de las miradas más amorosas, más paternas y benignas que Dios posa en los hombres, es cuando nos ve cargados con nuestros defectos, ofreciéndole la humillación de padecerlos y la lucha y el trabajo de tener que ocultarlos y vencerlos.

¿Pueden tener defectos el obispo, el párroco, y el Papa, incluso? Claro que sí, porque son hombres. Y no es que tengamos que desconocerlos por nuestro amor. Si los tienen y los vemos, ¿vamos a cerrar los ojos? Pero hay un mandamiento, el octavo de la Ley de Dios, que yo recuerdo mucho, sobre todo en aquella clara, sencilla, pero profunda sabiduría del catecismo de la Doctrina Cristiana que yo estudié.

Exigencia del octavo mandamiento

¿Quién cumple con el octavo mandamiento? El que no juzga males ajenos ligeramente, ni los dice, ni los oye, sin fines buenos. Primero, no juzgar ligeramente; a nadie, pero menos a quienes ejercen autoridad. Después, supuesto que el juicio sea fundado, el mal ajeno ni se dice, ni se oye, si no hay un fin bueno que lo justifique.

El hombre de A.C. que es *hombre*, puede y tiene la obligación de hablar en la intimidad de su despacho a su propio Prelado con toda claridad. Creo que ésta es una de las obligaciones de la lealtad de los hombres de A.C.: hablar cara a cara. Si yo, en algún momento, creo que alguien que tiene autoridad sobre mí está equivocado, tengo la obligación de decírselo, a él, y nada más que a él. Y fuera de eso yo no consentiría a nadie aunque fuese mi propio padre que hablase mal de alguien que tuviese autoridad sobre mí, y más si es una autoridad de esta categoría.

Eso es ser hombre de A.C. Así era José María Haro.

La Acción Católica no vive ninguna política

Ser hombre de A.C. es no poner la organización al servicio de ninguna política: ni gubernamental, ni de la oposición; esta es tan evidente que no habría que repetirlo. No quiere ello decir que los católicos no debemos intervenir en política puesto que los seculares – recientemente lo ha dicho el Concilio Vaticano II– por vocación específica, tenemos la obligación de ordenar, según Dios, las cosas temporales; pero eso, con libertad y bajo nuestra personal responsabilidad sin implicar para nada a la Iglesia Jerárquica porque ella no tiene la misión de hacer política, ni la ha hecho nunca, ni la hará; y de ella depende la organización de A.C. Nosotros debemos hacerla, mas bajo nuestra personal y única responsabilidad, nunca parapetados tras las Organizaciones de A.C.

Vida interior

Todo esto es fácil decirlo. Vivirlo, como lo vivió José María Haro, ya es otra cosa. Esto no se consigue más que con el fundamento de una vida interior solidísima.

El hombre de A.C. es humilde; se da cuenta de que no puede nada. El hombre de A.C. es magnánimo; se da cuenta de que lo puede todo.

Y esa conjunción de su pequeñez y de su grandeza, de su nada y de su inmenso poderío la aprende, la vive y la hace sustancia de su propio ser, a través de una vida interior, de una vida de oración, de un tratar con Dios en la oración y en la Eucaristía.

Así era José María Haro; de un mucho rezar.

Hay que rezar, señores. Porque una acción que no se base en un mucho orar y en un mucho sacrificarse, será una acción totalmente inútil.

Dos cosas que le agradarán mucho a José María

Yo no soy capaz de decir más. Pero sí quiero hacer dos cosas aún: un acto de justicia y un ofrecimiento, que creo le agradarán mucho a José María Haro.

Yo he tratado en estos días de levantar el corazón a Dios y de hablar con José María para preguntarle: «¿Qué quieres que diga?; porque a ti no te importa nada que hablemos de ti, no ya ahora que estás en los cielos, sino en vida». Estamos seguros todos de que a él no le interesaba que hablásemos de él. Lo que hubiera contestado, sin duda, a los amigos que le hubiésemos preguntado es: «hablad de algo que sirva para las almas, algo que haga el bien, algo que redunde en la gloria de Dios...». Por eso, más que de él, he querido hablar de lo que era un hombre de A.C. Claro que para sacar la inmediata conclusión de que él lo era.

Gratitud a la esposa de Haro

Vamos, pues, con el acto de justicia. ¿Recuerdan Vds. unos versitos, creo que del siglo XVI, que dicen así?:

Cuentan de un corregidor,
nada bobo,
que siempre que al buen señor,
denunciaban muerte o robo,
interrumpía al escribano,
que leía la querella,
diciéndole: Al grano, al grano,
¿quién es ella?...⁴

Aquí hay un enfiar responsabilidades a la mujer en un sentido podríamos decir, picaresco. Pero, no es verdad, que ante la vida de todo hombre, es justo que nos preguntemos ¿quién es ella?

«El marido de la mujer fuerte –dice la Sagrada Escritura– hará un papel brillante sentado entre los Senadores de la ciudad...»⁵.

Yo creo que estará aquí la mujer de José María. ¡Cómo recordará lo que fue su vida...! Yo me he recreado un poco, con un recreo, mitad nostálgico, mitad doloroso, pensando lo que ha tenido que ser la

⁴ En realidad, estos versos no son de nuestro Siglo de Oro, sino mucho más recientes, de la comedia de M. BRETÓN DE LOS HERREROS (1796-1873), *Quién es ella*, estrenada de forma anónima en 1849.

⁵ Cfr. *Prov* 31, 23.

unión de estos dos seres, desde aquellos tiempos de sus relaciones. Unas relaciones que yo imagino serían un modelo de delicadeza y entrega, de ternura y de santa preparación para el matrimonio. Y de todos los derroches de amor que ha tenido que haber entre estas dos almas...

Cuántas veces el hombre, cuando llega al hogar vencido, es una mujer quien lo mantiene fuerte. Y cuántas veces llega uno con una tentación, que pudiéramos llamar de escapismo, de abandono, porque ya no se puede más con ciertas tareas de apostolado, y es la mujer la que dice: «no, que esa es tu vocación».

Cuántas cosas habrá habido en la vida de José María Haro que sólo su mujer sabe, que nosotros no sabemos, pero que con finura de corazón vislumbramos que se las debemos a ella... Señores, estamos aquí para recordar y enaltecer la figura de José María; pero seríamos tremendamente injustos si no rindiéramos un testimonio de inmensa, de profunda gratitud, a la mujer de José María.

Por una Diócesis santa

Y para terminar, otra cosa, que yo creo que también le tiene que agradar mucho a José María. Para ello, con vuestro permiso, debo atribuirme vuestra representación. Es una representación muy honrosa, que yo no merezco.

Los valencianos son gentes de pecho caliente. Como calientes tienen que ser las entrañas de esta tierra tan fecunda. Hombres de mirar alto, de mucha proyección, de mucha ambición. Acaso porque estáis acostumbrados a recrear vuestra vista en los horizontes del mar Mediterráneo que besa vuestras tierras.

Vosotros, hombres de pecho caliente, de muchas ambiciones, tenéis que tener una como la tenía José María y como él quiere que la tengamos todos. La ambición de que en Valencia, ni un palmo de terreno, ni un alma deje de ser pura, deje de ser honesta, limpia, honrada, apostólica, cristiana y –¿por qué no decirlo?– santa. ¡Una Valencia santa!

Dejadme que en este instante os represente aquí a todos, porque no podéis todos subir al estrado, y que diga en vuestro nombre: señor arzobispo, aquí está toda esta gente de vuestra diócesis, dispuesta a no regatear ni un esfuerzo, ni un sacrificio, ni un trabajo, para entregarse, a vuestras órdenes y a vuestro servicio, a esa tarea que acabamos de decir: que ni un palmo de terreno, ni un alma de Valencia, no sea limpia, no sea pura, no sea honrada, no sea cristiana y no sea santa.

Y yo creo que José María se queda con esto muy contento que, en definitiva, era lo que nosotros queríamos principalmente en el acto de hoy.

Mirando siempre la gloria de Dios...

Monseñor Marcelino Olaechea y Loizaga

Arzobispo de Valencia

Después de las palabras tan justas y tan encendidas de esta gran velada necrológica, las mías han de ser pocas. Las quiero enlazar particularmente con las del Rector Magnífico de nuestra Universidad, referentes a la trascendencia que él ha cantado de José María Haro Salvador, y las pronunciadas como broche de oro, más que de oro de diamantes, por este querido amigo tan benemérito de la A.C. cuyo Presidente Nacional ha sido por tantos y tan difíciles años... me han conmovido.

Yo recuerdo, no sé si recuerdo bien, unos versos de quien los cincelaba con todo esmero pero tuvo la desgracia de nacer en tiempos en que la duda era una moda; decían así:

¡Triste destino de la gloria humana,
tan costosa, tan mísera, tan vana!
¡Ayer grandeza y entusiasmo y ruido;
hoy, tributo de lágrimas; mañana
hondo silencio, y soledad, y olvido¹.

Como si esa losa pudiera caer sobre el recuerdo entrañable que tenemos de José María Haro Salvador, un ejemplar sacerdote de nuestra ciudad me ha escrito esta carta, cuyas palabras hago mías:

[...] Perdóneme el atrevimiento de escribirle esta carta. La razón que la motiva apremia y me ha parecido justo elevar a V. E. Reverendísima

¹ NÚÑEZ DE ARCE, G., (1891) «A la muerte de Don Antonio Ríos Rosas» (1873), en *Gritos del combate. Poesías*, Est. Tip. Ricardo Fé, Madrid.

una sugerencia nacida al calor del próximo homenaje póstumo al llorado don José María Haro.

Por las personalidades que van a tomar parte en este excepcional acontecimiento, se adivinan los muchos y muy sinceros elogios a él tributados, en virtud de la ejemplaridad de su vida, a la luz de las virtudes de que dio muestra a lo largo de toda su existencia, tanto en el orden privado como público, en el familiar y profesional.

Quienes le conocimos y tratamos desde su juventud hasta su muerte, entre ellos un sinnúmero de sacerdotes, y fuimos testigos de su generosidad y consagración a Dios en sus deberes de estado y en su actuación en el apostolado seglar, anticipándose en el tiempo a las directrices del Concilio, tememos, y nos dolería, que se presentase su gigantesca figura solamente a la luz de sus virtudes humanas y que a pesar de ser un hombre de cuerpo entero y un santo digno de ser imitado, el tiempo se encargara de difuminar su silueta y borrar su memoria, para acabar como acaba toda gloria humana...

¿Sería mucho pedir, cabría esperar, que V. E. acariciara la idea o apuntara la sugerencia de que se recogieran en una biografía las muchas ejemplaridades de que ha dado testimonio a otros apóstoles seglares? ¿Que incluso se incoara proceso de virtudes que un día pudiese cristalizar en beatificación o elevación a la gloria de los altares?

Con la esperanza de que sabrá V. E. Reverendísima, interpretar los sentimientos y deseos que animan este escrito, y con el ruego de conservar en el anónimo al firmante de esta carta...².

Yo he pensado siempre, y pienso, después de la muerte de José María Haro Salvador, lo que piensa este querido sacerdote.

Fue ejemplar. Sirvió a la Iglesia como ella quería ser servida. Con buen talento, y un dinamismo verdaderamente sorprendente...; pero, además, con aquel amor y aquella insinuación y aquella prudencia, del verdadero apóstol.

² Pasados tantos años, y desaparecido aquel buen sacerdote, como también don Marcelino, puede romperse el anonimato que pidió para sí el autor de esta carta a su arzobispo. Se trata de José Plá Ferrís, cura párroco por aquel entonces de la iglesia de San Martín y San Antonio Abad, magnífica representación del gótico y barrocos valencianos, muy próxima a la sede catedralicia. Nacido en Algemesí (Valencia), el 4 de julio de 1895, fue ordenado sacerdote en 1922. Doctor en teología y derecho canónico, ejerció su ministerio pastoral en las poblaciones valencianas de Bocairent, Alborià, Xeraco, Alaquàs, Carcaixent y Albaida. Su último destino fue aquella misma parroquia de San Martín, en la que sirvió hasta su muerte, el 5 de febrero de 1975. La carta original data del 29 de enero de 1966. La carta íntegra en ADV, c. 1, leg. 6.

Nunca comprometió a la jerarquía de la Iglesia, nunca. Trabajó mirando siempre la gloria de Dios. Sufrió por la gloria de Dios en vida y en muerte. Tengo para mí que practicó las virtudes con verdadera heroicidad...: Las teologales que pechó el que fue un gran hijo de la Iglesia y un gran poeta de Italia.

Quella fede che passa ogni velo.

Quella speme che more nel cielo.

Quell'amor che s'eterna con Te³.

Y como pienso yo que se eterniza el amor de José María Haro a Dios en qué grado y muy alto de gloria; como pienso que fue un santo en el alto sentido de la palabra, y que así lo entendemos nosotros, decido que se escriba su biografía y hacemos cierto de que tendremos entre los apóstoles seculares hagiógrafo digno de esta excelsa figura.

¿Causa de beatificación? Pues sí, la Iglesia dirá con infalibilidad lo que nosotros creemos con persuasión: que era un santo.

Entre tanto vamos a levantar de nuevo el pensamiento a Dios. No podemos cantar un Gloria porque la Iglesia no ha hablado. Vamos a saludar de nuevo a José María Haro diciendo: *Réquiem...*

³ MANZONI, A. (1976) «Strofe per una prima comunione. All'Offertorio», en *Inni e odi* (G. BEZZOLA, ed.), Einaudi, Torino («Esa fe que traspasa todo velo. / Esa esperanza que termina en el cielo. / Ese amor que se hace eterno contigo»).

II

En el Colegio Mayor San Juan de Ribera

(30 de octubre de 1965)

En la tarde del 30 de octubre de 1965, la Asociación de Antiguos Alumnos del C. M. San Juan de Ribera (Burjassot, Valencia), celebró un emotivo acto en memoria de José María Haro. La iniciativa la anunciaba en carta personal a la viuda el Presidente de la Asociación, José Vicente Martínez Costa (1925-2013), el mismo día de su muerte, el 6 de agosto, adelantándole además que «es firmísimo propósito mío aprovechar la primera Junta General para nombrarle Presidente de Honor de los Antiguos, y estoy seguro [de] que mi propuesta será aprobada por total y absoluta unanimidad. Asimismo organizaremos si Dios quiere unos solemnes funerales en el Colegio por el eterno descanso de su alma».

Su larga y estrecha vinculación al Colegio, del que fue colegial decano y quien más años residió en él como estudiante (1918-1928), hizo que asistieran al homenaje junto a un muy nutrido número de personalidades eclesiásticas y civiles, muchos antiguos compañeros suyos, que así quisieron honrar su memoria en compañía de su esposa, María Luisa Sabater, y de sus hijos.

El acto comenzó con una ceremonia religiosa, presidida por el antiguo director del Colegio y entonces Rector del Seminario Metropolitano de Valencia, don Antonio Rodilla Zanón, primer sacerdote además de la Asociación Católica de Propagandistas y estrechísimo amigo del Siervo de Dios. Lamentablemente, algunas dificultades técnicas impidieron conservar íntegramente las palabras de su homilía, que de todos modos se incluyen a continuación según se publicaron en la crónica del acto.

Terminada la Misa, los asistentes se dirigieron al noble Salón de Actos, donde tuvo lugar la primera reunión trimestral de aquel curso de la Asociación de Antiguos Alumnos, en cuyo orden del día figuraba como asunto único a tratar el nombramiento de José María Haro como Presidente de Honor y Perpetuo. En el estrado tomaron asiento, junto al Director del Colegio, don Rafael Sanús (1931-2010), el Presidente, Vicepresidente –Manuel Martínez Pereiro¹–, y el Secretario de la Asociación, Vicente Andrés Mengual, así como el primer hijo varón del homenajeado, llamado como él, José María. Arropaban a la familia otras muchas personalidades de la vida valenciana del momento: don Ignacio Valls Pallarés, antiguo director², Serafín Manzano Rubio, Vicente Simón Gómez, el maestro Prudencio Alcón³, autor de unas cuartetos escritas en valenciano popular; que reproducimos al final de este libro con su traducción al castellano; su viejo camarada en el movimiento estudiantil católico, José María Espinosa; Juan José Doñate,

¹ Coruñés de origen, de la villa de Noia, en la que había nacido en 1906, Martínez Pereiro fue Inspector General de Trabajo y Magistrado del Tribunal de Defensa de la Competencia. Miembro de la ACDP y de A.C., fue administrador del Consejo Superior de la Juventud de Acción Católica (J.A.C.) y, en cuanto tal, estrecho colaborador de otro insigne propagandista y líder de la J.A.C., Manuel Aparici (1902-1964), cuya causa de canonización promovió muy directamente. También, desde el primer momento, la del propio José María Haro, con quien colaboró muy activamente desde sus tiempos de colegial en Burjassot en el desarrollo de la Juventud Católica en la universidad valenciana. Murió en Madrid en 1996.

² Lo fue en la década de los cuarenta, antes de su designación como Rector del Real Colegio-Seminario del Corpus Christi de Valencia, del que sería nombrado en 1963 Colegial Perpetuo. Descendiente de una familia de Onteniente, nació en Godella en 1916. Sacerdote desde 1941 completó estudios en la Universidad Gregoriana, donde obtuvo el doctorado. Profesor en el Seminario Metropolitano de Valencia y en la Escuela de Periodismo, canónigo de la Iglesia Catedral Metropolitana, director del Convictorio Sacerdotal, y consiliario del Consejo diocesano de Mujeres de Acción Católica, entre otras muchas funciones pastorales, murió en Valencia el 21 de septiembre de 1987.

³ Prudenci[o] Alcón i Mateu (1904-1976), maestro de profesión, fue también poeta en lengua valenciana, aunque de producción dispersa y no muy extensa. Logró varios premios literarios populares. Destacan en su obra sus *Miracles vincentins* (*Milagros Vincentinos* o *de San Vicente Ferrer*), tradicional forma de composición teatral en verso dada a los niños para su representación en las calles de Valencia en ricos escenarios artesanales –*altars de Sant Vicent*– con ocasión de la festividad del santo, siempre se el segundo lunes posterior a la Pascua. Suyos son en este género *El capell de Sant Vicent* (1959) y *La porta de l'Àngel* (1957). De su estancia como maestro en Santa Agnès de Corona (Baleares), entre 1928 y 1939, data su «Himne a Eivissa per Escolars», recientemente recuperada.

Reyes Vera, Ismael Peidró⁴, Francisco Salvador Aznar, R. Marín Ibáñez⁵, el pintor José María López Yturralde, y muchos otros. Entre las adhesiones recibidas, se leyeron las de los antiguos colegiales Francisco Ayala Hurtado, médico en Alguazas (Murcia); Miguel Bordonau Mas⁶; el primer Director, don Hernán Cortés Pastor; J. J. López Ibor⁷; Miguel Llopis Sempere; Rafael Pardo Ballester; el Fiscal de la Audiencia Provincial de Huelva, Luciano Pérez de Acevedo y Ortega; el músico de cuna barcelonesa, Jesús Ribera Faig, fundador en Valencia del Orfeón Universitario, los Pequeños Cantores y el Orfeón Navarro Reverter; Fernando María Rodríguez de la Encina y Garrigues de la Garriga, futuro Barón de Santa Bárbara; Braulio Sastre del Blanco; Salvador Senent Pérez, Catedrático de Química; quien lo fuera también de Derecho Público en Valencia, Diego Sevilla Andrés; el historiador valenciano y sacerdote de la Prelatura del Opus Dei Federico Suárez Verdeguer, decano de Letras en la naciente Universidad de Navarra; Gonzalo Vallejo Martínez-Raga, que era registrador de la propiedad, y José María Mur Ballabriga, notario en Burgos. También desde Roma llegó carta de adhesión de Juan Hervás, obispo prior de las Órdenes Militares, y entrañable amigo de José María Haro por largos años.

Terminada la lectura de estas adhesiones tomó la palabra el Presidente de la Asociación –«Justo es honrar al hombre bueno», lo titulamos nosotros–, a cuyo término hizo público el nombramiento de Haro como Presidente de Honor a título póstumo de la Asociación de Antiguos Colegiales, nombramiento que en hermosa placa de plata recibió su viuda, María Luisa Sabater, con el rostro visiblemente conmovido, de manos de su hijo.

⁴ Alcoyano de cuna, y muy arraigado además en ella, Ismael Peidró Pastor fue Catedrático de filosofía del Derecho en la Universidad de Valencia, donde cursó sus estudios y obtuvo el doctorado. Ahí pasó prácticamente su vida entera, ejerciendo como profesor y, temporalmente, funcionario de Obras Públicas. Murió en Valencia en 2003, dejando tras de sí obras especialmente importantes en su momento, como *Teoría del deber jurídico y del derecho subjetivo* (1948), *Concepción comunitaria del Derecho y del Estado* (1951), o *En torno al problema del concepto y naturaleza de las personas jurídicas* (1952). Fue Presidente del Colegio profesional de Graduados Sociales y Colegiado de Honor, con varias distinciones provinciales y nacionales.

⁵ Vid. *supra*, INIESTA, A., «Haro, paladín del magisterio», n. 23.

⁶ Vid. *Ibid.*, n. 9.

⁷ Vid. *Ibid.*, n. 7.

La crónica completa del acto, con las palabras que pudieron conservarse de la homilía de don Antonio Rodilla y las de Martínez Costa, fue publicada casi inmediatamente por la propia Asociación en un sobrio folleto de 22 páginas, con el solo nombre del homenajeado por título: José María Haro (Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio Mayor de San Juan de Ribera, Burjasot-Valencia 1965). En él se añadieron unas notas biográficas del Siervo de Dios y el artículo publicado en Las Provincias de J. Corts Grau, amigo y compañero, incluido también en este volumen: «Ruega por nosotros». Lo que sigue ahora es el contenido de aquella crónica.

Crónica de los actos

El pasado día 30 de octubre de 1965 tuvieron lugar en el colegio de Burjasot los actos previstos por la Asociación de Antiguos Alumnos para honrar la memoria de su ex presidente, el Excmo. Sr. D. José María Haro Salvador, recientemente fallecido. Hasta el último momento se tuvo la impresión que no sería posible llevarlos a cabo en la fecha señalada, dado el imponente temporal de lluvias que descargó esos días sobre toda la región valenciana. No obstante, en el momento oportuno fueron llegando al colegio los numerosos compañeros deseosos de expresar, con su asistencia, su dolor por la muerte del amigo insustituible que fue Pepe Haro.

Queremos, ante todo, destacar la presencia y colaboración de los Rvdos. e Ilmos. Sres. don Antonio Rodilla y don Ignacio Valls, antiguos directores del colegio, así como la del Rvdo. Sr. don Rafael Sanús, su actual director. A todos ellos desde aquí expresamos el cordial y respetuoso agradecimiento de la Asociación.

Como se recordará, la Directiva de la Asociación, en circular de octubre de 1965, había cursado la oportuna invitación a todos los colegiales, antiguos y actuales. Estos, como es tradicional, se encargaron de hacer los honores de la casa a los compañeros antiguos.

Entre los numerosos asistentes vimos al vicepresidente de la Asociación, representante de los colegiales residentes en Madrid, Manolo Martínez Pereiro, venido ex profeso desde aquella ciudad; Vicente Andrés Mengual, secretario de la Asociación; Serafín Manzano Rubio, tan vinculado con Haro en amistad y tareas apostólicas comunes en el ámbito del Magisterio; Vicente Simón Gómez, ex presidente de la Asociación y compañero de promoción de Haro; Prudencio Alcón, autor, por cierto, de una inspiradísima poesía

en lengua valenciana titulada «A Josep María Haro Salvador»; Juan José Doñate, Reyes Vera, José María Espinosa, Ismael Peidró Pastor, Francisco Salvador Aznar, Ricardo Marín Ibáñez, autor asimismo del artículo «Todo un hombre», aparecido en la prensa valenciana para honrar la memoria del compañero fallecido; José María López Iturralde y muchos más, en su mayoría con sus gentiles esposas, las cuales acompañaron a la señora viuda y a las hijas de José María Haro en momentos tan emotivos para ellas.

Pese a las inclemencias del tiempo, que hicieron difícil y penoso el corto trayecto desde Burjasot a Valencia, el amplio vestíbulo del Colegio presentaba el animado aspecto de las grandes solemnidades.

La Asociación había montado esta vez un servicio de magnetofón para recoger íntegra la homilía de don Antonio Rodilla. Desgraciadamente una avería en el suministro de energía eléctrica impidió que se grabase la totalidad y sólo nos es posible reproducir una mínima parte de la misma. En cambio, el servicio del reportero gráfico funcionó perfectamente y gracias a ello podemos ofrecer las imágenes de algunos de los momentos más sobresalientes de la jornada.

La ceremonia religiosa

Comenzó ésta con un solemnísimo funeral, oficiado por Antonio Rodilla y sus seminaristas. La *Schola Cantorum* del Seminario de Moncada contribuyó poderosamente a realzar las bellezas de la liturgia.

Los familiares –esposa e hijos– de José María Haro ocuparon en la capilla la única presidencia que se constituyó. Don Antonio Rodilla pronunció unas palabras durante la misa, densas, emotivas, de valor excepcional. El acto religioso terminó con un solemne responso.

El ambiente del colegio, la serena belleza litúrgica, el número y calidad de los asistentes, la majestad del oficio de difuntos cantado con toda justeza por los seminaristas y hasta la ausencia de la luz eléctrica produjeron honda huella en los presentes.

Homilía

Comenzó indicando que si bien canónicamente no le estaba permitido el elogio directo de un fiel no beatificado, durante la santa misa sí que podía hacer alusión a nuestra certeza sobre la recompensa que Dios concede a los justos. Subrayó que en la vida y obras del varón justo por quien hoy elevamos nuestros sufragios había profundidades de amor a Cristo que algún día, con el tiempo quizá, puedan tener fecunda y solemne proclamación. Quiso acertadamente despojar la sagrada palabra de todo carácter fúnebre para destacar mejor su sencillo fin homilético, prosiguiendo textualmente así:

Que ni la rebeldía, ni el escepticismo, ni el instinto sean obstáculos para que este sufragio por nuestro hermano sea pleno. Que no solamente sea llevarle a Dios, al Padre, a su Hijo aquí sacramentado. Que no sea sólo orar por el difunto; que sea también santificarnos.

¡Cómo llenará de orgullo, de santo orgullo, a los que están en el cielo el ver que por ocasión de su muerte, que por ocasión del amor que se les tenía, que por su recuerdo, nosotros nos hacemos mejores, nosotros amamos más a Dios, que abrazamos más a Jesucristo! ¡Éste es, sin duda, nuestro mejor sufragio!

Procuremos que estas verdades penetren en nosotros. Cogedlas con cariño, con amor, y como os han leído en la liturgia de la Misa, que no nos entristezca ni el pensamiento de la muerte de nuestros amigos ni el pensamiento de la muerte nuestra, que quizá esté muy próxima. No somos paganos, sabemos lo que nos espera después en el Cielo: ¡qué gloria si morimos santamente!

Primera reunión trimestral de la Asociación

Terminado el funeral nos trasladamos al salón de actos para celebrar la primera reunión trimestral del presente curso, según estaba anunciado. En el estrado tomaron asiento, junto al presidente, el Sr. Director del colegio, el vicepresidente, el hijo primogénito del homenajeado y el secretario.

Este procedió a la lectura de las adhesiones recibidas, que fueron las siguientes: don Francisco Ayala Hurtado, don Miguel Bordonau

Mas, don Hernán Cortés Pastor, don Juan José López Ibor, don Miguel Llopis Sempere, don José María Mur Ballabriga, don Rafael Pardo Ballester, don Luciano Pérez de Acevedo y Ortega, don Jesús Ribera Faig, don Fernando Rodríguez de la Encina, don Braulio Sastre del Blanco, don Salvador Senent Pérez, don Diego Sevilla Andrés, don Federico Suárez Verdeguer y don Gonzalo Vallejo Martínez-Raga. Desde Roma se recibe asimismo adhesión del excelentísimo y Rvdmo. Sr. don Juan Hervás, obispo prior de las órdenes militares.

Como muestra del elevado tono de las mismas, Vicente Andrés leyó la última adhesión recibida, un telegrama firmado por José María Mur, desde Burgos, que dice así: «Al presidente Asociación Antiguos Alumnos Colegio San Juan de Ribera. Emotivamente adherido entrañable homenaje y nombramiento presidente honor a nuestro amado y llorado José María Haro Salvador, con respetuosos saludos para sus familiares, lamentando imposible asistencia. Gran dolor fraterno, abrazos».

Justo es honrar al hombre bueno

José Vicente Martínez Costa

Médico pediatra. Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales
(C. M. San Juan de Ribera)

Las circunstancias meteorológicas han querido sumarse a la severidad y grandeza de esta noche. Parece como si en este viejo castillo, a la luz de las velas, fuese el ambiente aún más propicio para evocar al amigo que recientemente nos dejó.

«Justo es honrar al hombre bueno que fue José María Haro Salvador». Con estas palabras un dignísimo superior de esta Casa en los tiempos de Haro comienza la carta que dirige a la Asociación adhiriéndose al acto que estamos celebrando. En esta afirmación del Rvdmo. Sr. D. Hernán Cortés creo están condensados muchos de los motivos que aquí nos congregan. Porque, amigos míos, si repasamos la lista de nuestros colegiales, los que nos dejaron y los que todavía continuáis la lucha terrena, veremos diversos modos de servir los fines fundacionales de esta Institución. Unos, los más, han cumplido o cumplen su misión con la probidad de su ejercicio profesional. Otros destacaron en épocas aún recientes por su heroísmo personal en defensa de los ideales de esta casa. Una minoría selectísima hizo de su vida una total entrega sacerdotal. Destacados compañeros nuestros, atentos a su vocación docente, son hoy figuras de gran relieve en la universidad española. Otros colegiales llevan al complejo mundo de la política el estilo rectilíneo que pretendemos nos caracterice. Todos, como veis, cada cual en la esfera de sus dotes y en el puesto en que el Señor les situó, tratando de cumplir cada día mejor los propósitos que aquí forjaron en sus años mozos.

Respetamos y admiramos tan meritorias actitudes; pero ello no es obstáculo para afirmar esta noche que «el estilo de Haro» está sólidamente anclado en el mismo núcleo del ideal de esta casa y que se encuentra entre la más genuina interpretación de lo que queremos ser, en la meta de nuestras aspiraciones.

La evocación de la figura de José María Haro sirve de acicate de perfección para sus compañeros de colegio y para quienes, como yo, le tratamos solamente en la vida postcolegial, principalmente en el seno de nuestra Asociación. Servirá, queremos que sirva, como ejemplo de las generaciones que vendrán a este castillo de San Juan de Ribera después de nosotros.

¿Quién fue Haro para nosotros? Permitidme por unos momentos que haga abstracción de algunas facetas de su vida pública para centrarme en el perfil de José María precisamente aquí, entre estas paredes, tan ligadas a nuestra juventud y a la suya.

Fue él un colegial de origen humilde, nacido en Cheste, de familia campesina, en brega constante con una tierra valenciana, sí, pero con durezas de secano, desprovista entonces de las facilidades de la huerta. Providencialmente fue puesto en contacto con la Institución, y firma en su primera adolescencia las oposiciones de ingreso al Colegio. Don Hernán Cortés nos recuerda estos días que, al ser tan joven, su examen tuvo que reducirse a las materias de primera enseñanza. «La clave de su éxito fue el ejercicio escrito. El tema era una palabra: Asia. Quedamos asombrados de la memoria y preparación de Haro por su completo trabajo». En estos tiempos, ya tan lejanos de aquellos de su ingreso como colegial, conviene que en la humildad de la verdad dejemos constancia de esta pobreza en los orígenes de nuestro compañero y veamos en ella la raíz de una austeridad que conservó toda su vida.

El patronato, oyendo el juicio del tribunal examinador, deposita en este adolescente su confianza plena y éste corresponde con la fidelidad de toda su vida. Llegado muy joven al colegio, su permanencia en la casa será dilatada¹. De este modo convive con varias promociones

¹ Llegaron los primeros colegiales en 1916, tras su fundación. Él pertenecía a la tercera promoción, ya que ingresó en las oposiciones a las tres plazas convocadas para el curso 1918-1919. Careciendo

de colegiales, conoce de cerca toda una época y con el pasar de los años se convierte en el archivo viviente de la Asociación. Cuando había que recordar unas efemérides, concretar una fecha, evocar determinada situación personal, allí estaba Haro con su palabra justa, con su memoria apasionada, para darnos el dato final y definitivo.

Aquí llevó a cabo sus estudios de magisterio. El patronato, asesorado por los superiores y viendo la valía del colegial, le concedió que pasase a cursar la carrera de derecho². Su título de maestro de primera enseñanza va a señalar otro de los grandes objetivos de su vida: su cariño y su preocupación constantes por la educación del pueblo. Somos testigos de excepción de cómo defendía en toda ocasión a la escuela, interpretando así una vez más aquello de: «La defensa y bienestar de los pobres y en general de las clases necesitadas», que rezamos en la oración del colegio. Ese nutrido grupo de antiguos colegiales, que son hoy honor del magisterio valenciano, tenía en él su mentor, su guía, su protector. Rafael Pardo Ballester, en emocionante carta, nos cuenta detalles realmente conmovedores de la preocupación y ayuda de Pepe Haro por los maestros del colegio. La numerosa representación del magisterio presente aquí esta noche es más elocuente que todas mis palabras.

No es mi propósito insistir en la preocupación de nuestro ex-presidente fallecido por todo lo social ni en la repercusión de su personalidad en la vida valenciana. Mucho menos puedo atreverme a glosar su conducta personal, privada y pública, acorde siempre con su fe religiosa, puesto que ahora mismo acabamos de oír en la homilía de don Antonio Rodilla alusiones a unas dotes y a la calidad de una vida, que pueden ser proféticas.

sin embargo de estudios oficiales –el curso anterior, recién llegado de Cheste, lo había pasado con los maristas en las clases de comercio–, tuvo que recibir autorización especial del director, Hernán Cortés, con el compromiso de normalizar su situación presentándose al examen oficial de ingreso en magisterio y, de obtener la beca, como en efecto obtuvo, dar inicio a sus estudios mientras preparaba el título de bachillerato superior como alumno libre.

² En 1923 obtuvo el título superior de bachiller, al tiempo que terminaba sus estudios de magisterio. Fue entonces cuando la Junta del Patronato del Colegio le permitió prolongar su residencia comenzando los estudios de derecho, que finalizaría con brillantez en 1928, con un total de 15 matrículas de honor y 4 sobresalientes. Esto haría de su paso por el San Juan de Ribera un caso excepcional por el tiempo que se le permitió gozar de aquella beca, que cubriría absolutamente todas sus necesidades materiales y escolares: nada menos que diez años.

Ahora bien, amigos todos; yo no quiero dejar de insistir hoy sobre el cariño de Pepe Haro por el colegio y por la Asociación de Antiguos Colegiales. Todos los expresidentes han tenido siempre el afán de acertar, de corresponder plenamente al voto unánime con que han sido elegidos. La Asociación concede su confianza inicial ilimitada y luego deja obrar en silencio. Las preocupaciones de nuestro cotidiano vivir hacen que el peso de la Asociación recaiga siempre en pocas personas simultáneamente y éstas tienen a veces la sensación de caminar a ciegas, buscando afanosamente la luz de lo mejor, de lo oportuno en cada caso y ante cada situación. En los últimos años siempre me maravilló en José María Haro –incluso cuando su maligna enfermedad desfiguraba ya su aspecto físico– su sobrenatural seguridad, la seguridad del viajero que conoce su punto de destino y su recompensa final. Junto a esta seguridad en las empresas colegiales admiraba yo su aparente indiferencia, su santa indiferencia ante los resultados humanos de nuestro continuo laborar.

Aunque la fama y la ejemplaridad, la repercusión de la muerte de nuestro querido compañero en la vida pública valenciana nos desbordan totalmente, nosotros queremos en este epílogo de octubre tormentoso, en nuestra casa, que fue la de su juventud, seguir evocando a aquel colegial adolescente que de la mano de don Hernán y del hermano Bruno, marista, fue «a comprarse un traje y unos zapatos por cuenta del colegio»³. Queremos evocar al joven Haro de la época de lucha y de persecución por sus ideales religiosos. Y finalmente, en otra imagen representativa de su vida, rememorar al brillante académico y magistrado, ocupado con otros preclaros varones salidos de

³ Este buen H. Bruno era el director del colegio del Sagrado Corazón de Jesús cuando en 1917, recién llegado de Cheste, se incorporó José María Haro. Aunque el tiempo pasado en aquel colegio fue muy breve –en realidad, un curso y medio–, su vinculación a la obra y espiritualidad maristas fue muy intensa y para siempre. También lo fue con algunos de sus maestros y superiores tanto de entonces como en sus años de presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos e, inmediatamente después, desde 1957, de la Asociación de Padres del Colegio. El H. Luis Gonzaga, profesor suyo aquel curso, recordaba que «en efecto, José María Haro siempre distinguió con especial afecto a los HH. Maristas. Nos constaba su amplia simpatía por nuestra congregación religiosa, y de ello nos dio mil pruebas en variadísimas circunstancias. Por su casa hemos desfilado no pocos HH. Maristas, y para todos tuvo siempre una amabilidad y trato excepcionales. Por eso, todo lo concerniente a José María lo consideramos y miramos como algo muy cerquita de nosotros», testimonio del H. Luis Gonzaga, Roma 14 de abril de 1967 (ADV, c. 2, leg. 3). En 1957 se le dignó con su afiliación como seglar al Instituto.

esta casa, en la canonización de San Juan de Ribera, nuestro patrono y señor⁴.

Tengo yo, queridos compañeros, que cumplir con el penoso deber de expresar ahora, en estos momentos, de modo oficial y solemne, a la familia Haro la sincera condolencia de la Asociación por la muerte de quien, sin duda, figura entre nuestros mejores colegiales. Asimismo debo proclamar públicamente que la Asociación concede hoy a quien tantos años fue su presidente el título de presidente de honor. Me asalta, sin embargo, un temor: las dificultades que otras directivas ulteriores pueden encontrar para conceder un segundo título de presidente de honor después de haber otorgado el primero y con carácter póstumo a un hombre de la excepcional categoría espiritual del excelentísimo Sr. D. José María Haro Salvador.

Con gran emoción y complacencia entrego a la familia Haro el correspondiente nombramiento. En metal noble y con la silueta de este castillo que él tanto amó, queda grabado el testimonio perenne de nuestra admiración y de nuestro afecto⁵.

⁴ Al respecto, vid. *supra*, CORTS GRAU, J., «Palabras iniciales», nº. 1 y 2.

⁵ Prosigue la crónica: «Terminada la intervención del presidente, la emoción culminó con la entrega al hijo primogénito del ilustre compañero fallecido del nombramiento de presidente de honor a favor de su padre. La Sra. Viuda de Haro, que dada su intensa emoción no quiso sentarse en el estrado presidencial, recibió acto seguido de manos de su hijo el título. Este consiste en una artística placa de plata, en cuyo ángulo superior izquierdo se reproduce en relieve el grabado del colegio que figura en los nombramientos de antiguo colegial, nombramientos que se editaron siendo precisamente presidente de la Asociación José María Haro. Este mismo grabado se aprovechó para ilustrar la portada del folleto editado en 1964 con la lista de colegiales. El texto es el siguiente: “La Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio Mayor de San Juan de Ribera nombra Presidente de Honor a título póstumo al Excmo. Sr. don José María Haro Salvador. –Valencia, a 30 de octubre de 1965. –El Secretario [Vicente Andrés Mengual] –V.º B.º El Presidente [J. V. Martínez Costa]”».



Homenaje en Cheste

(23 de octubre de 1966)

Pasado un año largo desde su fallecimiento, Cheste, su localidad natal, quiso sumarse al recuerdo unánime de quien tanto había supuesto en los últimos años –directa o indirectamente– para la vida de la villa y su progreso social. El acto, celebrado a instancias de la corporación municipal y consistente en la dedicación a su nombre de la que hasta entonces era Calle de Ribera¹ y algunos discursos en el salón de actos de la Caja Rural, se celebró el día 23 de octubre de 1966, en el marco de las fiestas dedicadas a su patrón, San Lucas evangelista (18 de octubre). De entre esos discursos ofrecemos aquí el pronunciado por Ricardo Marín Ibáñez (1922-1999), entonces director de la Escuela de Magisterio de Valencia y profesor en la Universidad, y que es el único de los que han llegado a nosotros, aunque solo parcialmente: de nuevo problemas técnicos impidieron que se conservaran, además de los otros discursos, sus últimas palabras. En todo caso, la hija de José María Haro Salvador, María Luisa, dedicó un tiempo precioso a la transcripción de la grabación original poco después de celebrado el acto, tal y como aquí se incluye.

¹ Acuerdo de la junta consistorial del 7 de septiembre de 1965. El Alcalde, según relata el libro de sesiones (pp. 82-83), «dio cuenta al Ayuntamiento del fallecimiento ocurrido en Valencia de nuestro entrañable camarada y amigo Ilmo. Sr. don José María Haro Salvador, el día cinco de agosto próximo pasado habiendo ordenado esta Alcaldía se le remitiera una corona de flores y habiendo asistido al Corporación en pleno al sepelio del mismo. Hizo un cálido y emocionado recuerdo a la memoria de este hijo de Cheste, caballero sin tacha, hombre bueno, que en todo momento supo enaltecer las virtudes de sus convencinos, sin olvidar sus altos deberes para con la religión, la patria y la familia. Todos los asistentes hicieron idénticos elogios a la memoria de este hombre justo y recto, modelo de caballeros y de un espíritu patrio tan alto que difícilmente puede igualarse, acordando el Ayuntamiento por aclamación y puestos en pie dar el nombre para perpetuar su memoria, a la actual calle de Rivera con el del Ilmo. Sr. don José María Haro Salvador, como justo homenaje al mismo».

El diario valenciano Las Provincias (lunes 24 de octubre 1966, p. 22) quiso hacerse eco de este homenaje del modo como sigue (el título es el original).

Solemne acto en memoria de don José María Haro Salvador

Entre los actos programados con motivo de las fiestas patronales, figuraba la dedicación de una de nuestras calles al que fue preclaro hijo de esta villa, ilustrísimo señor don José María Haro Salvador.

En la mañana del domingo último y a la hora previamente anunciada, presidido por su alcalde, don Anselmo Balaguer Llopis, se trasladó al lugar donde se halla la lápida que rotula con su nueva denominación a la antigua calle de Ribera, una de las de mayor tránsito y abolengo de nuestra localidad. El propio alcalde dio lectura al acta de la sesión municipal que tomó el acuerdo de honrar de este modo a tan esclarecido chestano, y a los acordes de la banda La Lira, que amenizó el acto, y entre los aplausos de los numerosísimos chestanos que se asociaron al homenaje, descubrió la lápida rotuladora con el nombre de don José María Haro Salvador.

Seguidamente se trasladaron los concurrentes al amplio salón de conferencias de la Caja Rural, en cuyo estrado tomaron asiento las autoridades, el hermano del homenajeado, don Enrique, reverendo señor cura, don Francisco Martínez Chulvi y los oradores que habían de intervenir en el acto.

El señor alcalde procedió a la apertura del mismo, cediendo el uso de la palabra al corresponsal de *Las Provincias* en Cheste y maestro nacional, don Leonardo Casadó Carrión, quien, haciéndose eco del deseo de los organizadores, dijo que el acto que se estaba celebrando correspondía a la sencillez, modestia y austeridad que fueron norma en la vida del ilustre desaparecido. Hizo hincapié en la rectitud que presidió en todo momento la conducta de don José María en los diversos cargos que ocupó, y el espíritu de renuncia que practicó de una

manera heroica a lo largo de su vida, puesta al servicio de la justicia y de la verdad.

Acallados los aplausos con que fue premiada la intervención del señor Casadó, el director de la Escuela del Magisterio de Valencia y profesor de la Universidad, don Ricardo Marín Ibáñez, hijo también ilustre de Cheste, pronunció una bellísima oración sobre las diversas facetas de la vida del señor Haro Salvador y lo que Cheste debe al ilustre magistrado en orden a su inmenso prestigio personal y a los progresos materiales y culturales de que goza hoy esta villa.

Se extendió en consideraciones acerca de su modestia, que le llevó a renunciar a los más altos puestos en la vida nacional; de su paso por la Magistratura del Trabajo, donde le sorprendió la muerte; de sus actividades apostólicas al frente del Consejo Diocesano de A.C.; de su celo y de sus afanes en la presidencia de la Junta Provincial de Enseñanza Primaria y, en fin, en todos aquellos cargos que ocupó y en los que puso a prueba su enorme capacidad de trabajo que rebasaba todo límite imaginado. Pero la virtud sobresaliente en Haro Salvador fue la sinceridad chestana que llevaba metida en lo más íntimo de su ser. Y su valentía para afrontar todas las situaciones, incluso la más tremenda de todas: la verdad de su muerte, que él presintió apenas iniciada su enfermedad. Se refirió el orador a las múltiples cosas que hemos de aprender en la vida, muchas de las cuales apenas si nos han de servir para algo a lo largo de los años; pero no suele enseñárenos a morir, que es un trance por el que ineludiblemente tenemos que pasar. Haro Salvador, familiarizado con la muerte, lo sabía muy bien, y por eso pudo dar a todos una magnífica lección de bien morir.

El bello discurso del profesor Marín Ibáñez fue calurosa y largamente aplaudido. Tras haber cerrado el acto con unas breves palabras el alcalde, señor Balaguer Llopis, la ilustrísima señora doña María Luisa Sabater, viuda de Haro, así como sus hijos, que se hallaron presentes en el homenaje, recibieron las mayores muestras de afecto y simpatía por parte de todos.

Contribuyeron al realce de este homenaje las entidades económicas y culturales que rigen la vida de Cheste al asociarse corporativamente a los actos reseñados.

Un chestano ejemplar

Ricardo Marín Ibáñez

Pedagogo y filósofo. Profesor de la Universidad de Valencia.

Director de la Escuela de Magisterio

Hace poco más de un año, cuando comenzaba el estío de 1965, escribía yo a un buen amigo en Santiago de Chile, una alta autoridad internacional de la Educación: don José Blat Gimeno¹, que rige actualmente los destinos de la enseñanza para todos los países de habla hispana. Le escribía contándole las novedades de Valencia; entre ellas, le hablaba de la enfermedad de José María Haro... A pesar de sus cargos y preocupaciones internacionales, a pesar de los años que no lo veía, me contestó inmediatamente. Se olvidó por completo de que le hablaba de otras cosas muy importantes, sólo recordó que estaba enfermo José María Haro. Le impresionó. Me dijo que rogaba para que el desenlace no fuera fatal. Después nos vimos de nuevo y comentamos los acontecimientos de la vida española; grandes personajes, el nuevo rumbo de la vida española y después de citarle los nuevos nombres de la actualidad, me dijo, rotundamente: «Todos ellos son nada, absolutamente nada, al lado de Haro».

¹ Oriundo de la huerta valenciana, nació en Vinalesa en 1914, donde también falleció en 2003. Fue estudiante en la Normal de Valencia entre 1929-1933. Maestro Nacional en Gerona (1934) hasta la ocupación de plaza en Valencia poco antes del estallido de la guerra (1936), finalizada la cual prosiguió su labor en el magisterio y como Director de Enseñanza de la Escuela Naval de la Malvarrosa hasta 1945. Dos años más tarde, Inspector Jefe de Educación en las Islas Baleares, pasando luego a dirigir la Inspección Central en Madrid y la Dirección General de Ordenación Educativa. Fue artífice del Programa de Educación para la Convivencia de 1976. Hombre de gran prestigio fuera también de nuestras fronteras, tuvo una larga y fecunda actividad al servicio de los programas de desarrollo pedagógico auspiciados por la UNESCO, como Director de la División para América Latina, de la de Programas y del Gabinete de la Dirección General sucesivamente. El documento en ADV, c. 1, leg. 5.

He aquí, pues, una pequeña introducción del impacto extraordinario que este chestano ejemplar produjo en el mundo. La más alta autoridad de la enseñanza en los pueblos de habla hispana, opinaba que nadie, nadie tenía su talla ejemplar.

Cuando el día de la Transfiguración, fecha sintomática, se transfiguró él y pasó a la otra vida, se durmió entre los hombres y pasó a despertar entre los ángeles. Cuando ese día todos los medios de información se enteraron de que falleció Haro le dedicaron tal espacio que no hay precedentes en la vida pública valenciana. Una página *Las Provincias, Levante o Jornada...* Radio Nacional, Radio Popular, Radio Valencia, todos a coro dedicaron un espacio insospechado, para quien no era una primera autoridad provincial y había ido dejando el lastre de los cargos, poco a poco, lentamente, como quien se prepara a bien morir. Y tan es así que había comentarios sorprendentes en la prensa. Para resumir todos ellos Radio Nacional de España decía así: «España, especialmente Valencia, ha sufrido una pérdida irreparable».

Naturalmente en una personalidad de tantas dimensiones, humana como todas, con sus limitaciones, porque el Señor da a cada cual un cupo de bienes limitados, cortos, humanos, finitos... El problema está en cómo se emplean. No se trata de hacerles perder su perfil...

Yo estoy seguro que en estos momentos la primera significación del acto presente, si él estuviera, sería la más enérgica repulsa. Porque diría que a él no le interesaba para nada que hablásemos de él, que a él no le interesaba para nada que le recordásemos, que a él no le interesaba para nada que le hiciésemos un homenaje... Procuraré por tanto estar de acuerdo con el homenajeado, porque mal está querer homenajear con algo que no querría el homenajeado. Procuraré hacer algo de lo que hubiese sido este acto de haberlo tolerado.

Y creo que una de las raíces de su personalidad es su profunda chestanía, su profunda fidelidad a lo que es el pueblo de Cheste.

El pueblo de Cheste es –no es ningún secreto–, aunque ya va dejando de serlo, un pueblo secano. Y él, así, con la familiaridad que debe darnos quien sabemos viviente y escuchando, no el que sabemos distante, podríamos decir que era así, seco también. ¡Cuántos le habéis recordado!: «Es una gran persona, pero qué seco...»! Y lo era,

pero lo era por fidelidad a su chestanía. Lo era como nuestros hombres de bien y de pro. Gentes de mucha acción y de pocas palabras. Los que hemos estado en contacto directo con él sabemos cómo le costaba un esfuerzo tremendo la pura cordialidad, el chiste, el forcejeo intelectual, la pura gracia... Es decir, consumir la palabra como un juego inútil. Esto estaba más allá de todos sus cálculos.

Él hacía y no decía. Y no prometía nunca nada. Jamás se enteraba –o pocas veces se enteró– la mano derecha de lo que daba con la izquierda o al revés...

Era profundamente chestano hasta en este aire. En esta falta de expresividad. Era mucho más chestano, naturalmente porque en él rezumaban las virtudes seculares nuestras. La primera, la definitiva, la que nos caracteriza, la que Dios quiera que no se pierda: la virtud del trabajo.

Cuando estaba al frente de la Junta Provincial de Primera Enseñanza, mandaba unas circulares a todos los maestros... En una ocasión le preguntaron que había muchas cosas que hacer, pero... ¿qué hacer? Y él, indignado, respondió: «¿Cómo que qué hacer? Pues eso, hacer». Es decir, hay que estar ya en marcha, en acción. Luego ya veremos cómo se pule esa acción. Lo que no es posible es estar de brazos cruzados cuando hay tantas cosas que nos esperan por hacer.

He aquí un primer lema: *hacer*. El trabajo llegó en tal manera, tan abrumadoramente sobre él, que era inconcebible cómo un hombre podía llevar tarea tal. Y aquí es cuando empieza a perder los perfiles humanos concretos. Hasta en estas pequeñas imperfecciones que todos tenemos... Aquí sí que ya no... Aquí sí que se pierden las dimensiones que nos lo hacían distante.

Nos resulta difícil establecer una intimidad con una persona a quien queríamos entrañablemente y por quien nos sabíamos queridos. He aquí pues la gran dificultad del diálogo, sincero, cordial y constante con Haro. Yo recuerdo muchas veces, que aún con toda confianza, me resultaba tan difícil no consultarle las cosas y tan difícil a la vez acabar con el puro juego, dejar que los ánimos se explayasen. Había que esperar de él el consejo, la orden, la norma inflexible, pero era difícil lo otro, porque estaba demasiado alto para nosotros.

Esta es la gran verdad de José María Haro, de su aparente distancia. Pero su secreto estaba en su tremenda pasión por el trabajo. Yo recuerdo cuándo, al final del periodo en que se encargó de la Junta Provincial de Primera Enseñanza de Valencia –cuatro años al frente de una tarea por la que tanta vocación sentía–, el Director General tuvo que decir: «Ninguna Provincia en España como Valencia, y eso porque está rigiéndola José María Haro». Cuando terminó le entregaron la Encomienda de Alfonso X el Sabio².

Y recuerdo que él, entre la modestia y la ironía, porque llegó, como dije, no ya a desechar los honores, de tal modo le llovían, de tal modo era él líder natural... He estado con él en muchas reuniones con personalidades provinciales y nacionales, académicos de medicina, de la política... Os puedo asegurar que invariablemente, siempre que estaba con él, era el líder natural, siempre imponía su posición, nunca con exceso de argumentos, sino por algo de lo que carecíamos los demás: del sentido íntimo de la personalidad, de una profunda y absoluta sinceridad.

No había resquicio entre su palabra y su obra, entre lo que decía y lo que era. Tenía tan elemental sentido de la realidad, tan inmediato y certero, que invariablemente era el presidente. Nos regía porque era el líder natural.

Al final me decía: «Yo ya me limito a no desechar los cargos. Para qué. Cumpló como buenamente puedo...». Y «como buenamente puedo» era de tal manera que no había nunca modo de decirle que no, porque nos abrumaba a todos. No había manera de decirle que no, porque él iba siempre delante. Porque los cargos, es lo sorprendente, a todos, por qué no confesarlo, a los que en apariencia nos gustan menos, siempre tienen un algo de vanidad, pero a la hora del sacrificio cotidiano a todos nos pesan... En Haro era exactamente al revés: rigiendo los destinos, las entidades de repercusión nacional... y lo veías que hacía tareas de subalterno, de administrativo y de portero. Yo le he visto tomar a máquina y redactar entero un boletín que

² O.M. de 20 de mayo, *B.O.E.* (1944), n. 148, p. 4147.

tenían que haber hecho entre cuatro o cinco, para luego poner los sellos y llevar personalmente las cartas al correo.

Era de una capacidad de trabajo tan fabulosa que me contaba en una ocasión don Alfonso Franch y Miras, bien conocido entre vosotros (aquel delicado y exquisito orador), cuando estaba con él en la Secretaría de la Magistratura de Trabajo: «¡No puedo de ninguna manera! ¡Haro me mata! ¡Es demasiado...!». Y tuvo que dejar la Secretaría, porque no podía seguir uno solo de los tres cargos que tenía Haro.

Cuando terminó su tarea de Presidente de los Hombres de A.C. (doce años de tarea ininterrumpida), ya desde el Vaticano tuvieron que recibir el impacto de este hombre prodigioso, de este hombre que ha hecho por el pueblo más que todos nosotros, porque desde que comenzó a ser famoso todos sabían invariablemente que era de Cheste. Cuando alguien tenía que hablar de él, incluso en homenajes nacionales lo primero que decía: su nacimiento en Cheste. Ha hecho mucho más él solo con su presencia ejemplar que muchos de nosotros que perdemos el tiempo con palabras, pero jamás con el impacto único, poderoso, de la personalidad de Haro, con su profunda chestanía... Pues bien, cuando estuvo al frente de la A. C. desde el Vaticano tuvieron que reconocer sus méritos extraordinarios.

Creo que ha sido la única vanidad del mundo que ha tenido Haro³. Yo recuerdo cuando se ponía su flamante uniforme, con aquella figura ejemplar, altísima, moral y físicamente. Tan alta que se recuerda siempre aquella anécdota ocurrida en una Asamblea Nacional de estudiantes católicos en Granada. Cuando él como siempre, con su palabra, que no fundamentaba, sino que dictaba órdenes y caminos, creaba situaciones y manaban de él Instituciones y Leyes enseguida... En esta ocasión se levantó con en otras, y alguien que no oía su voz quebradísima y frágil le dijo: «¡Más alto!». Él miró y dijo: «¿Más alto...? ¡Imposible!»⁴. Y es que era imposible ser más alto física y moralmente. Estaba acertando más allá de lo que creía.

³ Se refiere a su designación como Caballero Comendador de la Orden Pontificia de S. Gregorio Magno, del 16 de febrero de 1951. Vid. *supra*, CORTÉS ROIG, M., «Y sería bueno...», n. 4.

⁴ Vid. *supra*, LÓPEZ MARTÍNEZ, A., «Hombre de Acción Católica», n. 1.

Yo recuerdo cuando niño, la primera vez que oí hablar de José María Haro, con una idea clara, con impacto, tendría yo unos siete años. Yo recuerdo que –sueños de la infancia, imaginaciones delirantes– se me había ocurrido que quería ser rey. Ahora quería ser presidente de república... Y lo repetía insistentemente... Hasta que un día leí en la prensa –*Diario de Valencia*– que Haro había sido propuesto para juez de 1ª Instancia, que había ganado las oposiciones a judicatura... Para mí fue eso lo máximo. Desde aquel día yo ya no quise ser rey, quería ser juez de 1ª Instancia... Eso que parece una anécdota trivial, era un acierto en el fondo.

Se ha dicho que solo los que se mantengan en su niñez entrarán en el Reino de los Cielos, porque no se equivocan, porque aciertan, porque saben dónde está la fuerza de la verdad. En aquel momento, yo no lo sabía, pero era mucho más importante tomar como ideal y meta de vida a don José María Haro que a cualquier figura nacional, incluso a un rey.

Era evidente que en la transparencia, en la ingenuidad, en la blancura, cuando alguien recibe el impacto de la verdad, sabía por dónde me orientaba...

En realidad creo que murió de tanto trabajar. De desvivirse por los demás acabó muriendo. Murió de trabajar, matándose a trabajar, en expresión chestana.

Su profunda chestanía la manifestaba no ya en este haber rezumado en su alma este dinamismo especial de nuestros hombres que trabajan de sol a sol, sino incluso en los aspectos más afectivos y cor-diales. Por ejemplo, cuando hablaba con él me avergonzaba porque él conocía algo de lo que define todavía el amor por un pueblo a quien se quiere de veras: las relaciones familiares (Fulano... hijo, sobrino, primo... de Tal). Con su impresionante memoria me dejaba siempre en ridículo, desconocía siempre cuantos datos me daba... Y él se entretenía en perderse en aquel laberinto de afectos que le estaban hablando siempre de su Cheste. Recuerdo cómo lo describía su maestro (aquel maestro que le permitió que ascendiera por el camino del triunfo). Decía que en cuanto podía, él se distraía en describir el pueblo. Recuerdo una de sus descripciones fabulosas hecha en público...

Porque él en una mesa de despacho estaba en su elemento. Porque él había nacido para los demás, no para sí mismo, no para el goce cotidiano. Para eso no acababa de servirnos, no le encontrábamos, no era él. Porque él era siempre el tú, el nosotros, el todos.

De ahí su profundo, su desesperado anhelo de Justicia Social. De ahí su vocación de Juez. Fuera de ahí era difícil encontrarlo. No era el amigo que nos divierte, con quien lo pasamos bien y pierde unos minutos. Esto hubiera sido un pecado para José María Haro.

En realidad su vida fue, junto a una pasión por el trabajo, la Justicia. Qué fácil nos resulta decir esta palabra cuando a todos, a cada uno de nosotros, algo se nos quita o no se nos da lo debido; pero qué difícil nos resulta defender la Justicia cuando la razón la tiene el otro. Cuando la Justicia coincide con mis intereses tenemos un deseo apasionado, profundo, somos los más justos del universo. Pero cuando la Justicia está de parte del otro, ¡qué de explicaciones, de dilaciones...! Y al final, negar rotundamente lo que es del otro.

Por eso tampoco él se granjeó muchos amigos. Porque quien iba con el deseo de que la vara de la Justicia, inflexible en el fiel perfecto de la balanza, se inclinara por la amistad o por las pasiones, encontraba a Haro inflexible siempre. Esto no se comprende bien en un país personalista como el nuestro. Haro sabía que la Justicia vale más que un amigo. Esto era una de las cosas que le restaron muchos amigos y por lo que él decía que no debía y no quería haber venido con más frecuencia a su pueblo.

No entendemos que, efectivamente, a nuestro favor no se incline la balanza de la Justicia, con tal de que esté el peso de la amistad. Pero, ¿qué digo de la amistad? Ni siquiera de la propia vida, ni siquiera...⁵.

⁵ Se suspende aquí la grabación sonora.

IV

Homenajes escolares

(1966-1980)

Amante del magisterio –maestro él mismo– la muerte de José María Haro no podía pasarle desapercibida al magisterio valenciano, que prosiguió haciendo valer su ejemplo en los siguientes años con homenajes públicos, testimonios escritos, actos escolares e incluso concursos infantiles dedicados a la figura y afanes de quien tanto celo mostró por los problemas de la primera enseñanza en la Valencia de la inmediata postguerra y la formación de los maestros en todos sus niveles –didáctica, científica y espiritual–, acorde con los principios pedagógicos, políticos y religiosos del momento.

En justo reconocimiento al importante papel que le cupo cumplir en este campo, en 1971 el Ministerio de Educación y Ciencia, del que por entonces era titular el antiguo colegial del C. M. San Juan de Ribera, José Luís Villar Palasí¹, resolvió erigir a instancias de la corporación

¹ Nació en Valencia en 1922, donde cursó estudios en Derecho y Filosofía y Letras (Historia), finalizados los cuales ejerció de ayudante en la cátedra de Teoría Económica que regentaba Manuel Torres en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la actual Universidad Complutense. Con posterioridad ocupó plaza en la Escuela Nacional de la Administración Pública y cátedra de Derecho Administrativo en la Universidad de Madrid. Letrado del Consejo de Estado (1947) y del Instituto Nacional de Previsión (1950), Secretario General y Subsecretario del Ministerio de Información y Turismo (1952-1957 y 1957-1962 respectivamente), Subsecretario del Ministerio de Comercio (1962-1965), entre 1968 y 1973 ocupó la cartera del Ministerio de Educación y Ciencia. Artífice de la reforma educativa de 1970, se le debe también la institución de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Políglota y de extraordinaria cultura, fue miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Murió en Madrid a edad muy avanzada, en mayo de 2012, gozando de un reconocimiento unánime por su importante papel en el proceso de modernización de la educación en España y de enorme prestigio intelectual y académico en el mundo universitario.

municipal, con López Rosat² al frente, y el Presidente del Patronato Arzobispal de Educación Primaria, Ángel Pérez Rodrigo, un colegio con su nombre entre las céntricas calles Beneficencia y Na Jordana de Valencia, en la parte trasera de lo que es actualmente el Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM). Todavía hoy una sencilla placa recuerda su nombre, aunque se lo conozca más habitualmente, en razón de su emplazamiento, como el I.E.S. Barrio del Carmen.

A la inauguración del Centro, en la mañana del 6 de noviembre de aquel año, asistieron junto al Ministro y otros cargos públicos, el entonces Alcalde, López Rosat; el Gobernador Civil y jefe provincial del Movimiento, Antonio Rueda y Sánchez-Malo; el presidente de la Diputación, J. A. Perelló Morales; el Rector de la Universidad, Juan J. Barcia Goyanes; el concejal delegado del área de Educación y Enseñanza, Lucinio Sanz; los Delegados de Hacienda, de Educación y Ciencia y del Ministerio de la Vivienda; el Inspector Jefe de Enseñanza Primaria; el Presidente de la Asociación Católica de Maestros de Valencia; el Delegado Provincial del Servicio Español del Magisterio; distintos inspectores de escuelas nacionales y del Patronato Municipal, y una nutrida representación del magisterio público y privado en estas tierras, así como de otras entidades. A todos ellos acompañaban también María Luisa Sabater y algunos de sus hijos, que felices asistían a un nuevo homenaje de Valencia a la figura de su esposo y padre.

Era aquél un centro de magnitud respetable: sobre un solar de unos 2.000 metros cuadrados se repartían 18 aulas en zonas para niñas y niños y otras dos reservadas a las necesidades de enseñanza especial, vestíbulos de entrada y accesos a las distintas plantas, con una amplia sala destinada al servicio de comedor, con sus anejos de cocina, oficio, despensa, aseos... Luego, la Dirección, situada en la primera planta y una amplia zona de recreo con instalaciones deportivas de baloncesto, balonmano y balonvolea.

Después de la bendición de aquellas instalaciones y el descubrimiento de la placa conmemorativa, intervinieron el alcalde de la ciudad,

² Vicente López Rosat (Valencia, 1925-2003), médico psiquiatra de formación, fue alcalde de la ciudad de Valencia entre 1969 y 1973, tras el mandato de Adolfo Rincón de Arellano. Nació en Valencia en 1925, donde fallecería en 2003. Joven falangista, participó entusiastamente en la División Azul, con cargos posteriores en el Sindicato Español Universitario (S.E.U.) y el Movimiento Nacional.

López Rosat, el ministro Villar Palasí y Juan de Ribera (1946-1983), hijo de José María, cuyas intervenciones se recogen en las siguientes páginas.

Pero no todo se redujo a aquella inauguración. Para ese mismo curso, como arranque de las actividades escolares, la Delegación Municipal de Educación convocó para los estudiantes un concurso bajo el lema «Don José María Haro: Uno de los nuestros, el mejor», con objeto –según se lee en el folleto explicativo– de «que la figura y la trascendencia de la obra de don José María te sea familiar. Que le hagas cada vez más tuyo. Que te familiarices cada día más que el que es santo y seña de tu Colegio. Concurrirán a él los alumnos bien mediante la elaboración de un trabajo en equipo de hasta ocho miembros, consistente en una entrevista a personas que pudieron haberle conocido –«Háblame de don José María Haro», llevaba por título esta modalidad–, o bien mediante entrega de un ensayo individual sobre «¿Qué fue don José María Haro para la sociedad?», deteniéndose sobre todo en cinco puntos: 1.– Cheste y su importancia en la actualidad educativa; 2.– El Colegio Mayor San Juan de Ribera, su historia y alumnos destacados que se hubiesen formado entre sus muros; 3.– la obra de Haro Salvador en materia social; 4.– las virtudes que podrían destacarse en su figura; y 5.–«Tomando como ejemplo a don José María Haro, ¿qué decálogo confeccionarías para tu Colegio al objeto de seguir su ejemplo?», según refieren literalmente las bases. Más adelante, el 24 de abril, con ocasión de las actividades programadas para el Día del Colegio, se entregarían los premios a los alumnos seleccionados en cada modalidad.

También a la celebración de esa fiesta del 24 de abril, aunque del año 1980, responde la intervención oral que reproducimos casi al término de esta sección a cargo de Concepción Hervás Roselló, maestra e hija de Vicente Hervás. Inmediatamente antes, con el título original «Os entregamos un tesoro», incorporamos la presentación hecha por el alcalde López Rosat en forma de carta dirigida a los alumnos del folleto con las bases del concurso de 1971 sobre don José María, donde se incluyen también algunos otros datos y una breve semblanza de los que prescindimos aquí.

Hasta ahora solo han aparecido publicados los discursos oficiales del alcalde y el ministro Villar Palasí, ambos en Valencia Escolar (nº 7,

nov.-dic. 1971, pp. 8-9), tras una breve crónica de la inauguración del Colegio³. Obviamente también la presentación de López Rosat a la edición de las bases del concurso recién citado. Todo lo demás, en cambio, aparece ahora por vez primera: las palabras de Juan de Ribera –familiarmente Juan Luis, por su tercer nombre de bautismo–, conservadas en cuartillas mecanografiadas en los archivos de la Causa de don José María (aquí bajo el título «Su estímulo permanente»); las de Concha Hervás, que titulamos «Un ejemplo a seguir», y una parte solo, la relativa a Haro, del discurso de apertura del curso 1966-1967 en el Patronato Hogar del Sant Bult, también en Valencia, pronunciado por su director Ramón Llín, y que afortunadamente conservamos también gracias a la diligente labor de transcripción que todo ese tiempo realizó con sumo cuidado María Luisa Haro de todo cuanto iba diciéndose y haciéndose en honor a su padre. Primeras en el tiempo, las incluimos sin embargo, por su carácter no oficial, al cierre de la sección.

³ A la inauguración se refiere también José SALAZAR en «Rectificación de un olvido lamentable», breve artículo para *Escuela española* de ese año que puede leerse en la sección de publicaciones.

Un don para su pueblo*

Vicente López Rosat

Alcalde de Valencia

Excmo. Sr. Ministro, Ilmos. Sres. Directores Generales, queridos niños, valencianos, amigos todos:

Pocas palabras, porque la jornada del señor ministro es muy apretada. Acaba de presidir una reunión en el Gobierno Civil de Construcciones Escolares, en donde una vez más ha demostrado el extraordinario cariño que tiene a Valencia y nos reñía a nosotros porque si no hacíamos suficiente en bien de toda la escolaridad, de toda la cultura, de toda la enseñanza en Valencia, y nosotros, como amigos suyos y como ministro y como valenciano, nos encantaba que nos tratara así. Este grupo escolar es un milagro, en esta barriada del Carmen donde no hay prácticamente solares y hubo que quitar la farmacia municipal, las caballerizas de la Policía municipal y estamos queriendo ensanchar este patio y poco a poco lo haremos para que tenga lo suficiente. Este grupo escolar, señor ministro, si me permites que cite unos nombres como exponente de toda la Delegación de Educación del Ayuntamiento de Valencia, por los desvelos, por su esfuerzo, yo me atrevería a citar a tres personas en nombre de todos: a Lucinio Sanz, delegado de Educación y teniente alcalde de cultura, a los inspectores Mercedes Saupí y José Giner García, que con su esfuerzo constante, con el sufrimiento por ver que las cosas no van al ritmo que ellos quieren, se han ganado de sobra este reconocimiento y esta distinción de toda la ciudad. Contamos con un cuerpo de Inspección del Estado encabezados por ese hombre, Jaime de Juan,

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros de Valencia*, nº 7, nov.-dic. 1971, pp. 8-9 (el título es nuestro).

delegado provincial del Ministerio, que es un valenciano más, que se preocupa, sufre y se interesa como vos, señor ministro, de este problema. Hemos legado a este grupo escolar lo más alto que podíamos legar, el ejemplo de un hombre extraordinario como don José María Haro Salvador, dedicado fundamentalmente a la familia y a la enseñanza desde siempre; un hombre con una bondad, con una inteligencia, con un cariño a los niños, con un patriotismo, con un valencianismo tan grande, que yo creo que es el prototipo de los valencianos, de los hombres señores, de los hombres sencillos por ser grandes, de los hombres buenos que seguro que está en estos momentos en el cielo porque se lo ganó por su esfuerzo por los demás, por su bondad constante. Quizá es en estos momentos lo que más podemos ofrecer a esta barriada y a toda Valencia: el ejemplo y el nombre de José María Haro Salvador, para que fructifique su semilla, su enseñanza, su estilo, su bondad, su españolismo, su valencianismo.

Señor ministro, ojalá tengamos en España muchos José María Haro Salvador para bien de todos. Y nada más.

En lo alto de la cruz de cada día*

José Luis Villar Palasí

Ministro de Educación y Ciencia

Queridas autoridades, queridos amigos, queridos alumnos:

Permitidme que una vez, una vez al cabo de tres años y medio de hablar siempre de educación, no hable de educación; hable de un hombre: de José María Haro Salvador, al cual tuve la enorme dicha de conocer, de tratar y de profesar un profundo y recíproco afecto muy sincero. José María Haro fue una lección constante para todos los que le conocimos desde los tiempos, lejanos para mí ya, de mi ingreso en el Colegio San Juan de Ribera de Burjasot, de donde él también procedía. José María Haro tuvo esa cualidad que a veces nos parece que se refleja sólo en la geografía del año cristiano: la enorme virtud de ser uno de los santos de hoy. Y digo esto porque todo hombre, todo niño, viejo, joven, mayor, pequeño o adulto puede y debe aspirar a ser lo mismo. José María Haro lo sabía.

Creo que hay muchos hombres, muchos niños, muchos adultos que estarían dispuestos a dejarse crucificar o fusilar o lo que fuera, en un momento de valor por no renegar de su fe; pero hay muy pocos que tengan la enorme paciencia de ser crucificado día a día, en la labor constante, callada y sacrificada de esta espiga de trigo que fue José María Haro Salvador, el hombre que enseñó lo difícil y lo fácil que puede ser el crucificarse día a día para conseguir su salvación personal y la salvación, por su ejemplo, de todos los que tuvimos la enorme dicha de conocerle. Yo no puedo hablar objetivamente de José María Haro Salvador; solamente decirle a su familia que estén muy felices

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros de Valencia*, nº 7, nov.-dic. 1971, pp. 8-9 (también en este caso, es nuestro el título).

de saber, porque ellos lo saben mejor que nadie, mejor que incluso los amigos, hasta qué punto era de puro oro el alma de José María.

Darles a todos las gracias por esta acogida, por este premio de la asociación de subnormales, por la presencia aquí de los niños, de los inspectores y de las autoridades. Que sepan que sigo preocupándome por todos y que seguiré poniendo, siguiendo el ejemplo de José María, dentro de lo muy poco que yo soy relativamente comparado a José María Haro Salvador; pero seguiré su ejemplo en la medida en que Dios me dé fuerza y en que yo pueda hacerlo.

Su estímulo permanente*

Juan de Ribera Haro Sabater

Hijo de José María Haro

Me ha correspondido el gran honor de dirigirme a Vds., en representación de todos mis hermanos, para pronunciar unas breves palabras sobre nuestro padre. Mis palabras pueden parecer pobres, después de escuchar a tan distinguidos oradores, pero espero que su sencillez sea suplida con el cariño y admiración que siento por la figura de nuestro padre.

Su desaparición ha creado en efecto un vacío enorme entre nosotros: es como si nos faltara un punto de apoyo, una base de sustentación. Él nos ha creado, educado, mantenido, protegido a lo largo de su vida; hoy descansa en paz, recogiendo a buen seguro lo que tan generosamente sembró.

Creo que todo hijo tiene el deber de recordar a su padre o madre muertos; con mayor razón aún, cuando éstos han sido un vivo ejemplo de bondad y de amor. Y este es el caso de nuestro padre: su recuerdo afluye a nosotros como un ejemplo a imitar, como un ideal a seguir, como un modelo de lo que todos debemos ser. Es imposible revivirle en nuestra memoria sin experimentar la más profunda emoción. Nos ha dado tantas pruebas de su amor.

Fue siempre un padre amante de su familia y plenamente consciente de sus deberes para con ella. Y a esta tarea consagró lo mejor de su vida. Fue generoso con nosotros y nos dio su cariño sin reservas. Nos educó en los principios que él tenía como sagrados y que fueron

* Documento inédito, sin título en el original (ADV, c. 2, leg. 1).

los rectores de su vida; el amor a Dios y al prójimo, la justicia, el cumplimiento del deber, el estudio, el trabajo.

No escatimó esfuerzos para inculcarnos los principios de la religión. Pero hay que confesar que ante todo predicó con el ejemplo. De poco hubiera servido aquel esfuerzo si nosotros no hubiéramos visto en él un modelo vivo de comportamiento cristiano. Él nos enseñó a rezar, cuando apenas balbuceábamos; él nos introdujo en la práctica de la comunión diaria, del rosario en familia...

Con sumo cuidado nos iba llevando de la mano, en ese difícil camino de la fe. Esta, arraigada en nosotros con las profundas raíces que él había hecho crecer, había de permanecer siempre en nosotros, y producir frutos de entrega tan espléndidos, como las vocaciones de un sacerdote y una monja, vocaciones que hizo posible el mimo con que nuestros mayores cultivaron en nosotros los sentimientos religiosos.

Como educador fue severo, pero comprensivo. Perdonó nuestros fallos y debilidades. Buscó complacernos siempre que estuvo dentro de sus posibilidades. Se hacía cargo de nuestros afanes juveniles, y aunque nuestras aspiraciones fueran contrarias a lo que según él nos convenía, no opuso sino razones a su realización, y en último término nos ayudó hasta el final.

Tenía un carácter y una voluntad fuertes: buscó los medios para que los nuestros se robustecieran y fuéramos capaces de luchar solos en la vida y de mantenernos fieles a nuestras ideas y modos de ser aún dentro de ambientes adversos.

Su fortaleza era comunicativa; a su lado encontrábamos una roca firme donde fijar el ancla de nuestra existencia. Al mismo tiempo, puso un gran cuidado en formar nuestra inteligencia. Él, que la tenía privilegiada, nos ha legado al menos una parte. Desde pequeños nos acostumbró a la lectura y al estudio. Era exigente cuando sabía que podíamos hacer más. Nos inculcó el horror de la pereza y de la pérdida de tiempo. Sólo tenemos una corta vida y hay que aprovecharla al máximo. Creo que siempre tuvo presente la parábola de los talentos, tanto para hacer fructificar los suyos como los nuestros. Le molestaba vernos ociosos y siempre procuraba encontrar algo en que ocuparnos y estimularnos.

Fue un gran entusiasta de los viajes; él no pudo realizar todos los que hubiera querido ya que consagró su vida al trabajo. Sin embargo, facilitó los nuestros: estaba siempre atento a nuestros itinerarios, que ayudaba a trazar, y seguía con interés nuestra marcha, así como los relatos de nuestros viajes, y aunque su corazón de padre sufría por nuestra ausencia.

Y no podemos terminar este recuerdo sin hacer mención de aquella que le acompañó durante casi 35 años compartiendo sus penas y sus alegrías. Ella ha sido una ejemplar esposa y madre. Si mucho debemos a él, otro tanto debemos a ella. Ambos han sido generosos en su entrega. Fruto de ella somos sus ocho hijos. A nosotros se han dedicado con toda su alma y todas sus fuerzas, poniendo un amor sin límites en la tarea.

Hoy ella debe continuar sola el camino, pero sabe que cuenta con el apoyo y la presencia espiritual de padre, que nunca le abandonará.

Y termino con un ruego; pidamos a Dios que le dé fuerzas para terminar su obra. Que el recuerdo de padre nos sirva a todos de aliento y estímulo para continuar adelante por el camino difícil de sacrificio y renuncia que él nos ha marcado.

Os entregamos un tesoro*

Vicente López Rosat

Alcalde de Valencia

Queridos escolares:

Por fin y después de haber puesto en esta obra muchas horas de preocupación y proyecto, os entregamos un nuevo centro escolar –ámbito y ambiente adecuado– para vuestra cabal formación.

Edificado sobre un solar en el que antes hubo diversas instalaciones municipales, enclavado en un barrio de solera y tradición ciudadana, construido con amor y cuidado, hoy llega a vuestras manos con nuestra mejor ilusión.

Todos hemos tenido la suerte de acertar en el nombre con que bautizamos al colegio. Más adelante, en la vida, os daréis cuenta, queridos niños, de que el nombre de las cosas tiene mucho que ver con el objetivo a que sirven esas cosas. ¿Recuerdas que cuando Dios creó el mundo, llamó a Adán para que él que había de servirse de las cosas creadas diera el nombre adecuado a cada objeto?

Por eso hemos creído que este centro docente, nacido para servir a la educación de nuestros hijos, vosotros, debería llevar el nombre de José María Haro Salvador.

Este solo nombre debe llenarte de orgullo a ti, alumno de este estupendo colegio. Como nos llena de satisfacción a los que le conocimos, le admiramos y encontramos en él la norma ejemplar siempre de una forma completa y perfecta de ser hombre.

Yo tuve la suerte de ver de cerca su obra, de sentir junto a mí la sombra protectora de este bienaventurado servidor de las mejores

* [Folleto escolar] Colegio Nacional José María Haro Salvador», Impr. M. Laguarda, Valencia, pp. 1-2. El mismo título en el original.

causas, y aún parece que le tenemos aquí, a nuestro lado, advirtiéndonos, con la paciencia y la prudencia que le eran fieles compañeras, sobre la tremenda responsabilidad que la sociedad tiene en materia de educación.

Al estrenar hoy este centro y al descubrir la lápida que imprime el hombre de tan ilustre valenciano a vuestra tarea, os dejamos el tesoro de las aulas, de vuestros maestros y la herencia de unas virtudes llevadas por don José María Haro como alimento fundamental de su vida para que los cimientos de la singladura que hoy se inicia y el aire todo de esta casa educativa se llene del sabor edificante de su ejemplaridad. El, don José María, lo advertía en muchas conferencias suyas. Solía recordar con Pío XII palabras de Horacio: «El olor de que se ha penetrado una vez el cántaro nuevo lo conserva siempre»¹.

¡Qué bueno para vosotros encontrar en vuestro colegio el olor y sabor de ese testimonio ejemplar! Ojalá que cuando, en cada día, se estrene para vosotros el milagro de poderlo ser todo aquí, junto a vuestros maestros miréis la estela que dejó como surco para la imitación quien ha de ser tutor vuestro en el colegio, polar de vuestros anhelos de perfección y valedor ante el Sumo Señor.

Sed fieles a su norma, valientes en la conquista de vuestra perfección, responsables en la multiplicación de las posibilidades. Os dejamos un tesoro. Haced con esta herencia el milagro de multiplicarla por cada uno de los compañeros que aquí se forjen. Sed cada uno de vosotros un «José María Haro».

Con esta esperanza os desea un feliz viaje por vuestra aventura educativa.

Vicente López Rosat. Alcalde de Valencia

¹ Este verso de HORACIO —«*Quo semel est imbuta recens servabit odorem*», *Epist.* I, 2, 69— lo recuerda José María Haro en *Colaboración de Familia y Maestro en el pensamiento de S.S. Pío XII, op. cit.*, p. 11, citando el Discurso de PÍO XII a la *Associazione Italiana dei Maestri Cattolici* del 4 de noviembre de 1945. En realidad, la referencia papal al inmortal poeta no se produjo ahí, sino en otro momento: en su discurso a los profesores, estudiantes y grupos de enseñanza libre franceses del 10 de abril de 1950 (cfr. AAS, 42 [1950] 395-397).

Un ejemplo a seguir*

Concepción Hervás

Maestra. Presidenta de la Asociación Católica de Maestros de Valencia

Distinguida y querida familia, compañeros, niños:

Nos hemos reunido para recordar a uno de nuestros grandes hombres, don José María Haro Salvador, que es el titular de este colegio. ¿Sólo para recordar?... Yo diría, mejor, para aprender de esta gran figura que a semejanza de Jesucristo pasó haciendo el bien.

Y fijaos que aunque me encuentro insignificante para hablar unos minutos, como se me ha pedido, de este gran hombre, lo hago con mucho cariño.

Le conocí, era muy amigo y admirado por mi padre, colaboraba mucho con el magisterio y como sé que comprendía la importancia de la labor del maestro y la grandeza de la preocupación por los niños (tarea a la que me veo entregada), a diario le recuerdo junto a mi padre en la Misa, pensando que de esta manera llegará a ese magisterio de Valencia su apoyo e intercesión.

¡Se puede decir tanto de don José María...! Yo solo voy a resaltar algunas de sus muchas facetas:

Era un hombre de gran capacidad de trabajo. Su semblante dulce y serio a la vez, como quien profundiza en la vida.

Aprovechó al máximo en sus estudios, desde los primeros a los superiores. Cosa esta importantísima, en la que os tenéis que fijar vosotros, pequeños, para que luego podáis hacer todos mucho bien como él lo hizo. ¿Os imagináis qué sociedad la del mañana, cuando vosotros seáis mayores, si todos los niños, no solo de este colegio, sino de todos los colegios de España, aprovecharais al máximo estudiando mucho,

* Discurso inédito (24.04.1980), sin título en el original (ADV, c. 1, leg. 5).

no sólo para ser personas cultas, sino para hacer mejor el bien a vuestro alrededor?... Daos cuenta de cómo muchas veces no os comportáis así... Os da pereza estudiar, abrir el libro, hasta llevar los cuadernos en orden... En vez de escuchar las explicaciones de vuestros profesores, vuestra cabecita se paraliza, se queda como quieta, no tenéis ganas de atender y no atendéis... En vez de realizar las actividades que os ponen, pensando a fondo, consultando los libros, preferís que os lo dé hecho alguien más trabajador o decir simplemente: «no lo he sabido hacer», y quedaros tan tranquilos..., cuando lo cierto es que no teníais ganas de esforzaros en pensar, y aun muchas veces, ni siquiera llegáis a leer bien, a fondo, el enunciado de cada ejercicio... ¿Creéis que don José María hubiera llegado a estar tan preparado para hacer el bien a los demás si en sus estudios hubiera seguido esa línea? ¡Ni mucho menos! «Nunca mucho costó poco», y don José María, sobre saber tanto y a pesar de que trabajaba tanto, no dejaba continuamente de estudiar y reflexionar, porque hace falta estar muy preparados para hacer el bien.

Don José María se dedicó desde su juventud a ser mensajero de la Buena Nueva; y con su gran personalidad, sin tapujos ni gazmoñerías, iba irradiando con gran valentía el Evangelio de Cristo.

Llevó a cabo y se preocupó por multitud de obras sociales, persiguiendo ese bien social fruto de sus inquietudes apostólicas. Como magistrado se le presentaban serios problemas y siempre sabía encontrar el lado bueno para poder ayudar a los más necesitados. Era respetado por patronos y obreros.

Siendo yo todavía una niña, casi como vosotros, leí una frase no sé dónde que recuerdo decía: «Un hombre bueno o es santo o lleva camino de serlo». Hizo esta frase en mí mucha mella y ahora, al pensar que don José María era tan bueno, no puedo menos que creer que era y es un santo, que quizás vosotros lleguéis a venerarlo en los altares. Pero esto de venerar en los altares no es lo principal; lo más importante es el saber ya venerar las virtudes y cualidades de este gran hombre para que se nos contagie mucho de lo bueno que de Dios tenía.

Otra virtud muy suya fue la sencillez con que actuaba en todo momento. Ya sabéis que como magistrado se desenvolvía con auténtica

justicia cristiana. Como colaborador de la Iglesia lo hacía con plena dedicación. Como esposo y como padre de familia fue un gran ejemplo. Y con respecto al magisterio se volcó con grandísimo interés. Yo, que asistía a muchos actos organizados por la Asociación Católica de Maestros, puedo ser testigo de que su presencia en ellos era asidua, preocupado siempre, porque vibraba con el magisterio. ¿Por qué? Sencillamente porque el espíritu de sabiduría, del cual Dios le había dotado, le inclinaba a hacerlo; porque la labor del maestro y la educación de los niños era para él una labor de un valor incalculable. Y no os quepa la menor duda de que mucho de lo bueno que todavía hoy existe en el magisterio, muchas de las buenas enseñanzas que hoy estáis recibiendo gran número de niños, siguen siendo buenas gracias a la influencia –repito– de este gran hombre que fue don José María Haro.

Podemos decir que entre sus muchas facetas, dos sobresalían a la par: la de juez y la de maestro. La del juez bueno que está puesto en la sociedad para ejercer el derecho y la del maestro como instrumento de la formación humana de las sociedades.

Y todo lo hacía así, con esa sencillez tan suya... no dando importancia a las cosas aunque fuesen a veces verdaderamente heroicas.

Deseaba para el niño lo mejor, y por eso se preocupaba tanto del Maestro. Lo amaba y sabía apreciar su obra. «Formemos maestros –decía–; es un deber social»¹. Y por eso entre sus muchas ocupaciones sabía convivir con los educadores y defendía en todo momento el bien de la Escuela.

Yo diría que fue uno de los hombres de los cuales adolecemos tanto hoy día, es decir, de los que tanto necesitamos: responsable, trabajador, que vivió con plenitud la vida; y ya sabéis lo que es vivir con plenitud: haciendo rendir al cien por cien los talentos que hemos recibido de Dios. Una de las principales tareas a que nos lleva la reflexión de la vida de nuestro querido don José María es esta: la de vivir la vida con plenitud, como él nos dio ejemplo.

En resumen... Su vida fue enormemente llena. Su muerte, una gran victoria: había cumplido su tarea con creces. Dios se enamoró de su

¹ *Colaboración de Familia y Maestro en el pensamiento de S.S. Pío XII, op. cit., p. 21.*

entrega, lo encontró maduro y con las manos llenas, midió su gran fe y se lo llevó a gozar por siempre con Él.

Caminó deprisa, quería ofrecerle mucho y pronto al Señor. No podía perder tiempo... y por eso no podía perder ni un pequeño resquicio para proclamar la verdad a diestro y siniestro.

Con un dinamismo siempre sorprendente, gracias a su espíritu siempre en vigor, sabía aconsejar en distintas circunstancias lo que pudiera ser de interés hicieran distintas personas que él iba anexionando a la inmensa labor social y apostólica del momento; para cada uno encontraba lo más oportuno, lo mejor. Cuántas veces alguna maestra me ha dicho: «Don José María fue quien me orientó para que siguiera en busca de este puesto...», «Don José María fue quien me empujó para que realizara tal cursillo o me indicó lo bueno que sería me hiciera cargo de tal cosa...».

Era un cristiano que captó plenamente el mensaje evangélico: no daba de lo que tenía, se daba él mismo, entera y generosamente.

Vuestra juventud queridos niños, debe ser oración, servicio y alegría. Ante la injusticia, la enfermedad, la lucha, no retrocedáis jamás. Combatid y como José María Haro llegaréis a la meta.

No quiero cansaros más, sólo invitaros a que los valores de don José María Haro os sirvan de acicate para un mejor caminar. Y expresar a los familiares de tan egregia figura nuevamente mi más profunda admiración y respeto hacia la persona que tanto enaltecó al magisterio.

Clausura del curso escolar (1966-1967)*

Ramón Llin

Director del Patronato Hogar Sant Bult (Valencia)

[...] Vamos a dedicar unas palabras a otro santo varón, entrañable amigo nuestro; entusiasta de la casa, que se había volcado en cuerpo y alma para el sostenimiento y para la prosperidad de este Patronato-Hogar: don José María Haro Salvador.

No es lugar para hacer una oración fúnebre. No puedo hacer un elogio merecido del entrañable amigo por muchas y heroicas que hayan sido sus virtudes, en tanto no estén canonizadas por la Iglesia. Prescindiendo por lo tanto de la enumeración de sus acciones y de los actos benéficos y grandiosos con que José María Haro respondió a los preclaros talentos con que la Providencia le adornó, únicamente pasemos a meditar la Palabra de Dios.

Palabra de Dios es que la muerte nos vino como estipendio del pecado¹. De no haber delinquido el hombre, nuestro tránsito a la Gloria no tendría los tristes y amargos caminos dolorosos. En lugar de llantos amargos, destilaríamos lágrimas dulces, y en vez de mirar a la tierra pondríamos los ojos espontáneamente en el cielo. Sería todo bendiciones y sonrisas, que no lamentos.

Al que tenga conciencia de pecado le hará temblar el pensamiento de que ha de morir y al que ocultase su prevaricación en el olvido, le

* Transcripción mecanográfica de la parte alusiva a José María Haro por María Luisa Haro Sabater a partir de la grabación original (ADV, c. 1., leg. 5).

¹ Cfr. *Rom* 6, 23.

atormentará su subconsciencia. Y al que se creyera aquí feliz, le ha de exasperar el recuerdo de que ha de dejarlo todo y para siempre.

Es Palabra de Dios: el que creyera en Cristo no morirá eternamente². El que creyera con Fe, es decir, cumpliendo sus mandamientos. Es Palabra de Dios que quien creyera en Cristo Sacramentado tendrá vida Eterna y será resucitado por Él³. Es también Palabra de Dios que la muerte no respeta ni la salud, ni la juventud. Nos viene cada vez más como un ladrón, que cuando estamos descuidados menos la esperamos⁴.

En estas palabras de recuerdo al excelente amigo José María Haro no me he de esforzar lo más mínimo por enaltecer su figura, porque ocupa un primer puesto en la consideración y en el cariño de todos los valencianos.

En sus muchas actividades ha dejado siempre bien patente su valor y finura intelectuales, su humanidad generosa, la precisión de sus ideas, su cultura de amplios horizontes, sus nobilísimos sentimientos. Todo eso en síntesis que nos ha dejado la elegancia intelectual de este magistrado tan valenciano.

Siempre pensé que lo mejor que había en don José María Haro era el hombre. Y al pensar que lo mejor fuese precisamente el hombre, me complace añadir que no es poca fortuna para nosotros los valencianos y también para la magistratura española, contar con hombres capaces de maravillarse por un lado, por sus hondos conocimientos y auténtico saber, y que sin embargo a la hora del recuento, son los de la sencillez, los de su buen corazón, los del amor a los desamparados, los de su sencillez, repito, y hasta los de su humildad, los que vencen en la balanza, los que vencen a los otros por grandes y extraordinarios que sean. Y es que con hombres así, de vasta cultura y honda humanidad, se da siempre la eficacia polifacética sorprendente. Parece que los talentos que Dios les ha dado se multiplican asombrosamente en sus manos como un milagro que recuerda el de los panes...

² Cfr. *Jn* 11, 25-26.

³ Cfr. *Jn* 6, 53-56.

⁴ Cfr. *2 Pe* 3, 10; *Mat* 24, 42-44; *1 Tes* 5, 2-3; *Ap* 3, 3; 16, 15.

Y la razón debe de ser esa que dicen los que entienden de filosofía: el bien es difusivo por sí mismo... En hombres como José María Haro la vida es una siembra de bienes y de obras; de aliento y de esperanza, tan espectacularmente multiplicadas que a la hora de su desaparición queda el ánimo como anonadado.

Era un hombre que llenaba mucho espacio. Una inteligencia que acumulaba enormes seguridades. Era un corazón que cubría amplias zonas de tristezas y de optimismo.

Yo, al tenerme que hacer cargo en parte de esto que siente Valencia, lamento tener que hacer uso de palabras desgastadas por el uso y desprestigiadas por el mal uso. Porque la verdad es que uno quisiera decirlas por primera vez, limpias y acuñadas para esta ocasión: José María Haro ha dejado entre nosotros una historia pura como la verdad y hermosa como la vida. Tal como salió de las manos de Dios para hacernos semejantes a Él.

Y es triste que al querer decir lo que se siente de esta historia y de esta vida tenga que emplear palabras que se gastaron inútilmente como la pólvora del refrán.

Y de primera vez he leído el caso que se cuenta en la vida de San Francisco de Asís. Él estaba para morir y quería dar a sus hijos la última bendición. Él pensaba, naturalmente, en una bendición que encarnara vivamente sus sentimientos de última hora. Una bendición que dijese toda la verdad y la fuerza que él ponía en ellas. Al fin les dijo: «Os bendigo hijos míos, cuanto puedo y más de lo que puedo»⁵.

Con parecido afán, tan justo y tan razonable quisiera yo decir en una frase lo que sentimos los que sabemos cómo era José María Haro y todo el dolor que ha producido en nosotros su muerte.

Lo hemos querido y admirado mucho más de lo que hemos podido. Porque mucho más allá de nuestro poder de amor y de admiración están los merecimientos de esta gloria valenciana de la hombría de bien que fue José María Haro.

⁵ Cfr. TOMAS DE CELANO, *Vida de San Francisco de Asís*, II, 7 (*San Francisco de Asís. Escritos Completos y Biografías Primitivas*, B.A.C., Madrid, 1956, p. 357).

V

Apertura de la fase diocesana del proceso de canonización

(16 de junio de 2015)

Aunque quiso el Arzobispo Olaechea que la causa de canonización de José María Haro, fidelísimo colaborador suyo en tantas y tantas obras, diera comienzo al poco de producirse su fallecimiento, distintas circunstancias terminaron frustrando no mucho más adelante este deseo. Su propio retiro de la Sede en el mismo año de 1966, más tarde su muerte (1972), unidos al progresivo envejecimiento y también muerte de quienes se responsabilizaron más inmediatamente de este proceso, sin apenas reemplazo; ciertos aires de desconcierto eclesial esparcidos tras el cierre del Concilio, sentidos muy especialmente en el terreno del apostolado social y las obras de Acción Católica; el nuevo sentir político de aquella generación nacida en tiempos de paz que asistiría a la descomposición del Estado forjado en 1939 con la muerte del general Franco y el tránsito al moderno sistema de partidos..., fueron causas, junto a otras, de la suspensión de este proceso, que se vio así, mediados los setenta, sin amparo institucional alguno que permitiera su instrucción. Eran otros los tiempos, y otros los hombres a los que se entregaban. Parecía haber pasado ya la hora de José María Haro.

Fue más que providencial por eso el descubrimiento casi fortuito por el actual Presidente de la ACdP, Carlos Romero, de una carta dirigida en 1967 a Abelardo Algora por Fernando Martín-Sánchez en que solicitaba su intervención para recoger toda la información posible sobre Haro

Salvador entre los propagandistas que le hubiesen conocido. Poco o nada se recordaba ya al respecto pasados tantos años –algo más de cuarenta– desde aquello. Podía ser interesante investigar. Y así se le sugirió al que entonces –y hoy– era Secretario Nacional de Causas en la ACdP, Pablo Sánchez Garrido, a quien el delegado episcopal de Causas de los Santos en la Diócesis de Valencia, don Ramón Fita Revert, puso al día sobre el estado del proceso y la riquísima documentación legada por la familia de Haro Salvador poco tiempo antes a la Diócesis.

Quiso así la Asociación, con estos datos, retomar aquel viejo propósito de don Marcelino por ver si, en efecto, aunque pasados tantos años, cabía darle inicio al proceso canónico de beatificación de quien fuera tan insigne y meritorio propagandista. Desde Valencia siguió recabándose toda la información posible sobre el estado de la Causa, que inmediatamente se trasladó al entonces Vicepresidente de la Asociación, Julián Vara Bayón y, por él, a su Presidente, Alfredo Dagnino, cuya decisión, trasladada a los órganos de gobierno de la Asociación, apenas se hizo esperar: el 30 de mayo de 2009, el Consejo Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas aprobaba unánimemente constituirse en parte actora para la promoción y desarrollo de la causa sobre la vida, virtudes, fama de santidad y de signos de José María Haro Salvador, de quien fue su fundador, el P. Ángel Ayala S.J. y de Fernando Martín-Sánchez, Presidente que lo había sido entre 1935 y 1953. Igualmente se asumieron los procesos por causa de martirio de los socios Isidro Almazán, Ricardo Cortés Villasana, Felipe Manzano Sánchez y Federico Salmón Amorín, caídos todos ellos por odio a la fe en los momentos iniciales de la guerra civil, en 1936. Todas las Causas estarían al cuidado de una única Postuladora, María Ángeles de Santiago Hernando, asistida por los colaboradores y vicepostuladores designados por las autoridades de las diócesis interesadas en la articulación de cada uno de esos procesos.

De todos ellos, a día de hoy solo se ha abierto formalmente el de José María Haro, sin duda gracias al magnífico trabajo que tantos amigos y colaboradores del Siervo de Dios realizaron en los primeros momentos, entre 1965 y –moviéndonos con holgura– 1984, año en que se produjo la muerte de María Luisa Sabater, que con enorme celo y cariño pasó sus últimos años poniendo por escritos sus recuerdos, ordenando junto a sus

hijas los papeles, publicaciones, notas, correspondencia... de su esposo, y velando porque no se apagara su recuerdo entre los suyos ni en la ciudad en la que tan importante papel le cupo ejercer en años decisivos de la más reciente historia de España.

Comenzaron de nuevo los trabajos. Se redactó la oración para su devoción privada, previa autorización por la Santa Sede para su reconocimiento como Siervo de Dios. Se fue despertando de nuevo, poco a poco, su recuerdo. Nuevos testigos fueron apareciendo: algunos que le conocieron directamente, y otros que no, de segunda generación, pero que aportaron sus recuerdos sobre lo oído a otros. Había Causa, sin duda. Y merecía instruirse. Con la llegada del “nihil obstat” de Roma en 2010 se allanaba definitivamente el camino para proponerlo... Y se propuso. Fue algún tiempo después, en 2015, mientras seguía avanzándose en la catalogación y digitalización de los archivos y la obtención de nuevos documentos y testimonios.

De la noticia, difundida inicialmente por los servicios de comunicación diocesanos, se hicieron eco pronto otros muchos medios de temática religiosa y de información general, tanto antes de la celebración del acto por el que se abría solemnemente la fase diocesana de la Causa, como después, informando sobre él, las intervenciones de unos y de otros, la alegría de este nuevo nacimiento y los comienzos oficiales de un trabajo que, si Dios quiere, pronto llegará a su siguiente estación: Roma.

Prescindimos aquí, por su carácter estrictamente periodístico, de las noticias previas a aquel 16 de junio de 2015. Solo incorporamos algunas de las aportaciones más relevantes, junto a los discursos pronunciados en aquel acto por el Presidente de la ACdP, Carlos Romero Caramelo, y la hija de José María Haro, María Luisa.

A estas intervenciones precede la crónica ofrecida en el Boletín de la ACdP (Año XCI, nº 1.185, junio 2015, pp. 1, 5-7), que proporciona la lectura más completa de lo sucedido aquel día de junio¹. También Rosalía, hija de José María Haro, redactó para la revista de la comunidad escolar a la que pertenece su recuerdo personal de aquel evento, con algunas

¹ Sobre todo, *Paraula. Iglesia en Valencia*, Año XXVIII, nº 1.336, 21-27 de junio de 2015, p. 6; y *El Rotativo* (Valencia), Año XII, nº 95, julio, 2015, pp. 20-21.

de las palabras también del Arzobispo, del Presidente de la Asociación y de su hermana.

Tras estos textos se incorporan otros cuantos escritos breves aparecidos en distintos medios a propósito de la celebración de este acto y la importancia, todavía actualísima, de la figura de José María Haro para la vida de la Iglesia en Valencia y aún más particularmente la de la ACdP: 1.– las palabras, en primer lugar, del delegado de Causas de los Santos en la diócesis, don Ramón Fita, cuyo estímulo ha sido esencial en la puesta en marcha del proceso; 2.– la noticia de María Martínez en el semanario católico Alfa y Omega sobre una entrevista oral realizada al Vicepostulador de la Causa; 3.– breve recuerdo del Secretario Nacional de Causas de la ACdP, Pablo Sánchez Garrido, sobre el providencial encuentro de aquella carta a la que antes aludíamos de Fernando Martín-Sánchez, y 4.– unas pocas líneas propias, simplemente, aparecidas poco después de aquel 16 de junio en el semanario valenciano Paraula sobre el que quizá podría tenerse por rasgo principal en la vida del hoy Siervo de Dios: su disponibilidad permanente.

Arranca en Valencia el proceso de canonización de José María Haro

Un abarrotado Palacio de Colomina de Valencia acogió el 16 de junio la apertura de la fase diocesana del proceso de canonización del propagandista José María Haro Salvador, que se convierte así en el primer magistrado valenciano con un proceso de canonización incoado.

El acto estuvo presidido por el cardenal arzobispo de Valencia, monseñor Antonio Cañizares, y en él participó el presidente de la ACdP, Carlos Romero, así como la hija mayor de Haro Salvador, María Luisa Haro. Junto a los socios de Valencia y de otros Centros, asistieron vecinos de Cheste, localidad natal de José María Haro, y numeroso público.

Una figura enorme y un gran ejemplo para seguir

El cardenal arzobispo de Valencia, Antonio Cañizares Llovera, presidió el solemne acto de apertura del proceso de canonización del laico valenciano José María Haro Salvador. La causa, incoada por el arzobispo Marcelino Olaechea pocos meses después del fallecimiento de Haro Salvador, quedó en suspenso hasta el año 2009, momento en el que la Asociación decidió impulsarla definitivamente como parte actora.

El acto de apertura de este proceso, que se ha desarrollado en el Palacio de Colomina en Valencia, contó con la asistencia del presidente, Carlos Romero; la rectora de la Universidad CEU Cardenal Herrera, Rosa Visiedo; junto a numerosos familiares de Haro, entre ellos seis de sus hijos, además de otros representantes de la ACdP, autoridades de la Universidad y vecinos de Cheste, pueblo natal de José María Haro.

El arzobispo de Valencia, el cardenal Antonio Cañizares, destacó de Haro que fue «una figura clave para lo que estamos viviendo en el 2015». El cardenal ha recordado que fue «magistrado, padre de familia, un católico en la vida pública. Un laico que vivió su fe dando la cara, como magistrado del trabajo y en diferentes cargos públicos que desempeñó en los años 40 y 50, también llevó a cabo su vida de cristiano laico a través de la Asociación Católica de Propagandistas», señaló.

El purpurado destacó que «necesitamos el testimonio de personas como José María en estos momentos cruciales, para que nos den aliento y fortaleza».

En este acto también intervinieron el presidente de la ACdP, Carlos Romero, y la hija mayor de José María Haro, María Luisa Haro. Romero señaló su profunda admiración por la figura de José María Haro, y destacó que «hablamos de un laico como los que estamos aquí, un hombre de Iglesia, un apóstol comprometido con la sociedad de su tiempo, que supo armonizar con naturalidad su brillante actividad profesional con la consistencia de una sólida formación cristiana».

El presidente de la ACdP destacó que Haro fue «una persona buena, una persona santa, que dedicó su vida a los demás desde su trabajo diario hasta en su compromiso con la sociedad, con los más desfavorecidos, a los que dedicó su vida. Una figura enorme y un gran ejemplo a seguir», ha declarado.

Por su parte, María Luisa Haro destacó que su padre «vivió la fe, la esperanza y la caridad, sin hacer de ello alarde alguno, vivió sin ostentación, impartió la justicia sin ceder a presiones y la defendió en todas sus actuaciones».

La hija mayor de Haro agradeció este reconocimiento al compromiso social de su padre que, a su vez, «representa una gran responsabilidad para nosotros, para sus hijos».

En el acto de apertura de la fase diocesana de la causa de canonización quedó constituido el Tribunal que instruirá el proceso: todos los miembros prestaron juramento y se presentó una lista de más de veinte testigos.

En el desarrollo de esta primera fase diocesana, representarán a la ACdP, la postuladora, María Ángeles de Santiago Hernando, con la colaboración de los vicepostuladores, José Antonio del Campo y Juan Carlos Valderrama.

Forman parte de este Tribunal Eclesiástico José Francisco Castelló Colomer, doctor en Derecho Canónico y capellán mayor de la Universidad CEU Cardenal Herrera; Ramón Fita Revert, delegado episcopal para las Causas de los Santos; Gonzalo Cabrera Barrero, abogado y socio del Centro de Valencia de la ACdP, y María Asunción Sotillos Rubio, secretaria de la Delegación para las Causas de los Santos de Valencia. Así mismo, de la Comisión de Peritos en Historia y Archivística nombrados por el cardenal para el desarrollo del proceso; Miguel Navarro Sorní, catedrático de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología de San Vicente Ferrer y consiliario del Centro de Valencia; Emilio Callado Estela, profesor agregado de Historia de la Universidad CEU Cardenal Herrera y socio del Centro de Valencia, y fray Alfonso Esponera Cerdán O.P., catedrático de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología de San Vicente Ferrer.

Persona doblemente activa

El vicepostulador en Valencia, Juan Carlos Valderrama, destacó de José María Haro que se trata de «una de las grandes figuras de la historia de Valencia en el siglo XX. Una persona doblemente activa y siempre visible, tanto en su faceta de apóstol incansable, como en la de actor social».

José María Haro Salvador nació en la localidad valenciana de Cheste el 24 de abril de 1904, en el seno de una familia campesina. Alumno del Colegio del Sagrado Corazón (Hermanos Maristas) de Valencia y colegial becario del Colegio Mayor San Juan de Ribera de Burjassot, se graduó en Magisterio y se licenció en Derecho por la Universidad de Valencia. Casado con María Luisa Sabater, fueron padres de ocho hijos.

A mediados de los años 20 fue elegido presidente de la Federación Regional de Estudiantes Católicos, se incorporó a la Asociación

Católica de Propagandistas y a la Acción Católica, de cuya rama masculina fue presidente en Valencia entre los años 1942 y 1954. Juez de Orcera (Jaén), Viver (Castellón), y Villar del Arzobispo (Valencia), al término de la Guerra Civil ingresó en el nuevo cuerpo de la Magistratura del Trabajo, del que llegaría a ser decano. También dirigió la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio Mayor San Juan de Ribera.

Vocacionalmente llamado al compromiso en la vida pública, centró su actividad en los más desfavorecidos –especialmente los niños y los obreros– colaborando estrechamente con el arzobispo Marcelino Olaechea en el Patronato de Viviendas del Arzobispado y en el Banco de Nuestra Señora de los Desamparados y en la puesta en marcha de Asociación Católica de Maestros de Valencia. Murió con fama de santidad en Valencia el día 6 de agosto de 1965.

Entre sus muchas distinciones cabe destacar, procedentes del mundo civil, la Orden del Mérito Civil, la Orden de Cisneros o la Medalla de Plata de la Previsión Escolar. En 1961 entró a formar parte de la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación y la Santa Sede le nombró caballero comendador de la Orden de San Gregorio Magno.

En Valencia, recuerdan su nombre un colegio del céntrico barrio del Carmen, una calle en el barrio valenciano de Algirós, así como un centro de especialidades médicas. También hay una calle y un colegio con su nombre en su localidad natal de Cheste.

Discurso de Apertura

Carlos Romero Caramelo

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas

Sr. Cardenal, autoridades diocesanas, queridos familiares de José María, propagandistas, señoras y señores:

Con enorme alegría y gran ilusión celebramos hoy la solemne apertura de la fase diocesana del proceso de canonización del Siervo de Dios José María Haro Salvador, fiel laico, esposo y padre de familia, así como la constitución del correspondiente tribunal eclesiástico. Hoy, por tanto, es un día de fiesta para todos y especialmente para la Asociación Católica de Propagandistas.

Todos los que nos hemos acercado a la historia personal de José María sentimos una profunda admiración por su figura. Hablamos de un laico, un hombre de Iglesia; un apóstol comprometido con la sociedad de su tiempo, que supo armonizar con naturalidad, su brillante actividad profesional con la consistencia de una sólida formación cristiana. Y todo ello, estimulado por una profunda vida espiritual.

Ejemplar padre de familia, propagandista, destacado jurista, educador, impulsor de notables obras apostólicas y especialmente sensible hacia las personas más desfavorecidas... En todas sus facetas, José María fue un referente allí donde estuvo.

Hoy, casi cincuenta años después de su fallecimiento, su vida se proyecta sobre nosotros y nos invita a desempeñar nuestras tareas con el mismo espíritu sobrenatural que animó todo su quehacer. El mismo espíritu que transformó, cada una de sus tareas ordinarias, en obras extraordinarias.

Agradezco muy especialmente a nuestro Cardenal Arzobispo, don Antonio Cañizares, su voluntad en favor de esta causa, así como a

los que, con su trabajo, hacen posible que tengamos esperanza en su buen término. Sin duda, es el deseo de todos los que hoy estamos aquí: que un día, más pronto que tarde, José María Haro Salvador sea proclamado santo, para el bien de la Iglesia y la mayor gloria de Dios.

Discurso de Apertura

María Luisa Haro Sabater

Trabajadora social. Hija del Siervo de Dios

Sr. Cardenal, Presidente, autoridades y miembros de la ACdP, familiares, amigas y amigos que habéis acudido a este acto, buenas tardes a todos.

Me ha correspondido a mí, como hija mayor de José María Haro, el honor y la responsabilidad de ocupar este lugar en representación de toda nuestra familia. Estamos presentes seis de sus ocho hijos (nuestra madre y nuestro hermano Juan Luis estarán también unidos a nosotros), tres de sus doce nietos y una de sus biznietos, sus sobrinos y otros familiares.

En nombre de todos ellos les dirijo estas palabras breves, para expresar un solo sentimiento: nuestra gratitud.

Nuestra gratitud hacia quienes ya no pueden hoy estar aquí presentes: don Marcelino Olaechea, porque apreció las virtudes heroicas de nuestro padre impulsando el inicio de un posible proceso. Ya en el año 1948, en una felicitación para su onomástica, don Marcelino escribía a nuestro padre (cito textualmente):

Para José María Haro no tiene el Prelado en su día bastantes palabras de gratitud. Dios recompense, como yo diariamente se lo pido, a ese ejemplarísimo hijo de la Iglesia, sus trabajos y sus sacrificios, bendiciéndole a él a su esposa y a sus hijos.

Ciertamente, nuestro padre fue brazo derecho de aquel recordado Arzobispo, dedicándose a trabajar por las causas sociales y de los más pobres.

Agradecimiento también a don Manuel Cortés, querido amigo y colaborador de nuestro padre en la A.C. y otras actividades de apostolado, porque llevó a cabo la recogida de testimonios sobre la vida de nuestro padre poco tiempo después de su muerte. Los innumerables escritos recibidos y guardados han sido de gran valor. Sin la valiosa y esforzada labor de Manolo Cortés y otros colaboradores en la A.C. faltaría una riquísima información que hoy pueden manejar los promotores.

Gracias al Arzobispo don Carlos Osoro y a don Antonio Cañizares, nuestro actual Arzobispo, que han seguido animando los trabajos preliminares. Y a don Ramón Fita que ha ido descubriendo los valores y virtudes de nuestro padre y nos ha transmitido entusiasmo y confianza.

Para retomar este proceso de nuevo, hacía falta la parte actora y fue la ACdP quien se comprometió a serlo, realizando desde hace varios años una importante tarea de recopilación. A sus dirigentes y a nuestro ya amigo Juan Carlos Valderrama nuestro agradecimiento. Tienen en nosotros unos incondicionales colaboradores.

Y nuestra gratitud no es menor hacia el Señor, que nos hizo nacer de padres ejemplares. Nuestro padre vivió la fe, la esperanza y la caridad cristiana sin hacer de ello alarde alguno, vivió en su persona la pobreza sin ostentación, impartió la justicia sin ceder a presiones de ninguna clase y la defendió en todas sus actuaciones y en particular la justicia social en su ámbito laboral. Estaba convencido de que la Caridad no puede sustituir a la justicia sino complementarla, y así lo manifestaba en sus intervenciones.

Y por último, en grado sumo: la humildad, «soltando lastre» como él decía, para dejar cada día más espacio a Dios en su corazón. Él, como los discípulos de Emaús, caminaba con Cristo que era su gran compañía y ayuda en todos sus trabajos.

Pero tuvo también otra compañía: nuestra madre, sin la que mucho de cuanto hizo no hubiera sido posible. Nuestro padre le dio a conocer durante su noviazgo su vocación social y de apostolado. Ella lo asumió y fue adaptándose día a día a sus ritmos, con esfuerzos y renunciaciones, con sacrificios, colaborando calladamente en sus acciones.

Nuestro padre no hubiera podido ser como fue y hacer cuanto hizo sin el amor y la complicidad de nuestra madre. Gracias también a ella.

Y, volviendo a nuestro padre, que es quien nos convoca hoy, sus hijos, muy jóvenes aún cuando nos dejó, no siempre entendíamos su comportamiento, sus esfuerzos, sus renunciaciones, que a veces afectaban a la vida familiar... Lo hemos apreciado con el transcurso del tiempo, y estamos felices de poder ser testigos de este acto en el que la Iglesia de Valencia reconoce su dedicación a ella así como sus virtudes, iniciando un proceso que a todos nos llena de emoción y por el que damos profundas gracias a Dios.

Y finalmente, gracias a todos los que han querido estar presentes participando en este acto.

Una experiencia inolvidable...*

Rosalía Haro Sabater, Sch. P.

Religiosa Escolapia. Hija del Siervo de Dios

Quiero compartir con vosotros la experiencia gozosa e imborrable que supuso para mi poder estar presente en el acto de apertura oficial de la causa de canonización de mi padre. Causa en la que se empezó a trabajar inmediatamente después de su muerte (6 de agosto de 1965), por encargo del Arzobispo, don Marcelino Olaechea, recogiendo ya entonces más de un centenar de testimonios sobre su vida y virtudes de personas que le conocieron, convivieron y trabajaron con él.

El paso del tiempo y otras circunstancias hizo que se detuviera, hasta que en 2010 la Asociación Católica de Propagandistas a la que perteneció y en la que trabajó mi padre, se constituyó en «parte actora» de la Causa. Con el trabajo previo ya hecho y con el actual, el día 16 de junio de 2015 pudo ser realidad la apertura oficial del proceso.

En ese acto estuvimos presentes seis de los ocho hijos y muchos familiares y amigos que conocieron a mi padre y que expresaron ese día su afecto y su alegría por que la causa se iniciara. Nos acompañó también la comunidad de escolapias de Valencia, varias hermanas de Alacúas y algunos profesores del colegio.

Lo presidió el Sr. Arzobispo de Valencia, el cardenal don Antonio Cañizares, y en él quedó constituido el Tribunal que instruirá el proceso y prestaron juramento todos los miembros que de algún modo han de intervenir en la instrucción del proceso.

El acto tuvo una segunda parte más emotiva donde pudimos escuchar lo que de mi padre dijeron el Sr. Arzobispo, el presidente de la

* *Senyera. Butlletí informatiu (Escolàpies– Província de Catalunya)*, nº 180, sept. 2015, pp. 14-16.

ACdP, don Carlos Romero, y mi hermana mayor en representación de todos los hijos.

Es emocionante, y motivo de acción de gracias a Dios, escuchar decir de un padre lo que allí se dijo y de lo que se hicieron eco muchos medios de comunicación.

El arzobispo de Valencia, don Antonio Cañizares, definió a José María Haro como «una figura clave para lo que estamos viviendo en el año 2015...». «Fue un laico, dijo, que vivió su fe no clandestinamente sino dando la cara, como magistrado del trabajo y en diferentes cargos públicos que desempeñó en los años 40 y 50 y también llevó a cabo su vida de cristiano laico a través de la Asociación Católica de Propagandistas».

El purpurado destacó el papel de José María Haro en los orígenes de Cáritas Diocesana de Valencia, asegurando que «hoy por hoy, el mejor rostro de la Iglesia es Cáritas porque ciertamente en la entrega misma de la Iglesia está la caridad y él la ejerció de un modo verdaderamente heroico».

Igualmente, añadió que: «Necesitamos el testimonio de personas como José María para que nos de aliento y fortaleza y podamos impulsar en estos momentos también la presencia de los católicos en la vida pública como corresponde [...] porque –dijo refiriéndose a los laicos–, estáis en el mundo y donde no podemos llegar los sacerdotes o los obispos podéis y debéis llegar vosotros, como él hizo, porque estáis realmente incrustados en la vida social, del trabajo, de la economía, de la política y estáis llamados a ofrecer el testimonio de la caridad».

De las palabras de mi hermana María Luisa, destacó que: «Nuestro padre vivió la fe, la esperanza y la caridad, sin hacer de ello alarde alguno, vivió en su persona la pobreza sin ostentación, impartió la justicia sin ceder a presiones de ninguna clase y la defendió en todas sus actuaciones y en particular, la justicia social en su ámbito laboral. Estaba convencido de que la caridad no puede sustituir a la justicia sino complementarla y así lo manifestaba en todas sus intervenciones».

«De hecho –dijo– vivió en grado sumo la humildad y él iba, como solía decir, soltando lastre para dejar cada día más espacio a Dios en su corazón y como los discípulos de Emaús caminaba con Cristo que era su gran compañía y ayuda en todos sus trabajos».

Por su parte, Carlos Romero destacó que «hoy es un día de fiesta para todos y muy especialmente para la Asociación Católica de Propagandistas»: «Todos los que hemos penetrado en la historia personal de José María sentimos una profunda admiración de su figura», aseguró.

Asimismo, añadió que «hablamos de un laico como los que estamos aquí, un hombre de Iglesia, un apóstol comprometido con la sociedad de su tiempo, que supo armonizar con naturalidad su brillante actividad profesional con la consistencia de una sólida formación cristiana y todo ello estimulado, sin ninguna duda, por una profunda vida espiritual. Y lo hizo en todos los campos en donde trabajó, tanto en los cargos civiles que ocupó –entre ellos el de Juez y Magistrado del Trabajo–, como en las muchas actividades vinculadas a la Iglesia en las que participó. Fue secretario de la federación de Estudiantes católicos de Valencia y miembro activo de la Acción católica y de los Propagandistas desde su juventud. Igualmente, participó activamente en la vertiente social de la Iglesia que le llevó a ocupar la presidencia de los Hombres de Acción católica de Valencia. Allí estuvo en los orígenes de Cáritas, siendo uno de los fundadores de las Secretarías parroquiales de caridad.

También fue, entre otros cargos, director y tesorero del Patronato de viviendas del Arzobispado. Además durante su participación en el mismo se construyeron varios grupos de viviendas sociales como las de Tendetes, Patraix y San Marcelino».

Hasta aquí el resumen de lo difundido, como os dije anteriormente, en los medios de comunicación.

Ahora el trabajo continúa con los testimonios orales, unos que son citados, y otros que voluntariamente piden serlo. Un proceso es una cosa larga, ya sé, pero la vivencia de estos últimos meses es algo que toca el corazón, del que surge la acción de gracias al Señor por mis padres, porque como alguien dijo, mi madre fue la que calladamente

cuidó de sus ocho hijos para que mi padre pudiera entregarse a su trabajo apostólico.

Yo ya he pasado la experiencia de ser testigo y he podido decir cuanto supe de mi padre, de su fe profunda, de su entrega generosa a la Iglesia y a los demás sobre todo a los más necesitados, desde los diversos puestos de trabajo que ocupó.

Toda mi familia damos gracias a Dios por habernos concedido este regalo, del que ahora os he hecho partícipes, y nos encomendamos a mi padre como Siervo de Dios. A ambas cosas os invito desde estas líneas.

El primer magistrado valenciano camino de los altares*

Ramón Fita Revert

Delegado Episcopal de la Comisión Diocesana para la Causa de los Santos

El próximo día 16 de junio tendrá lugar la sesión de apertura de la causa de canonización del siervo de Dios don José María Haro Salvador, padre de familia, Magistrado de Trabajo y eximio Presidente de la Acción Católica diocesana. Los Arzobispos de Valencia Mons. Prudencio Melo y Marcelino Olaechea encontraron en él a un gran colaborador en todas sus empresas apostólicas.

Su memoria permanece imperecedera entre los que tuvieron la dicha de conocerle, así como la lección de su vida; porque su paso por el apostolado seglar de la diócesis marcó hitos singulares en la historia de esta porción del Pueblo Santo de Dios que peregrina en Valencia.

Don José Corts Grau, amigo y condiscípulo del siervo de Dios en el Colegio Mayor Universitario de Burjasot, lo definía así¹: «Haro ejerció de por vida, en grado heroico, la virtud de la paciencia. Otra virtud muy demostrada fue la de la modestia que le llevaba a aceptar los honores sin afectar displicencia, sin esa falsa humildad que rezuma soberbia recóndita, y a aceptar cargos y encargos para servirlos hasta el agotamiento... El único con quien podía entenderse era con el Señor: el Señor fue ayudándole a convertir en virtudes hasta los propios defectos».

* *Paraula. Iglesia en Valencia*, Año XXVIII, nº 1330, 10 de mayo de 2015, p. 7.

¹ Cfr. *infra*, CORTS GRAU, J., «¡Ruega por nosotros!».

José María Haro, el hombre bueno, el militante firme y generoso, el entrañable amigo y apóstol incansable, quemó su vida en tantos eficientes menesteres cristianizando ambientes. Don Marcelino Olaechea lo puso al frente del Banco de Nuestra Señora de los Desamparados², institución benéfica que coordinó y canalizó el producto de la Tómbola Valenciana de Caridad³. De ahí pudieron emprenderse grandes obras, tales como la construcción de 1.500 viviendas en San Marcelino, Tendetes, Patraix, Benicalap y otros lugares.

La Asociación Católica de Maestros fue otra de las instituciones a las que Haro estuvo muy unido⁴. Don José María trabajó incansablemente por reivindicar la causa de los Mártires valencianos. Él hizo muchos viajes visitando en los pueblos a los párrocos, que a su vez recabaron de las autoridades, de personas amigas, familiares, e incluso de individuos neutrales, todo cuanto sirviera para documentar el martirio de tantos seglares⁵. En esa callada labor él solía decir,

² Este organismo, de enorme importancia en la articulación de las actividades de caridad de la Iglesia en Valencia, fue fundada en octubre de 1947, en la fiesta de S. Francisco de Borja, momento en que se aprobaron oficialmente sus estatutos. Pero ya habló de ella don Marcelino Olaechea en su Pastoral del 15 de mayo, «La Virgen de los Desamparados y los desamparados de la Virgen» (B.O.A.V., nº 2443, 15 mayo 1947, pp. 241-247). Era su fin «primero y fundamental», según memoria manuscrita de José María Haro sobre su génesis histórica y estructura (ADV, c. 4), «[f]ormar a los católicos su conciencia en orden a la Caridad, por todos los medios a su alcance. Hacerles conocer mejor, ejercitar rectamente, dar generosamente, practicar cristianamente la caridad», y de este modo «con unidad de método y técnicos, abordará objetivos diversos de tanto interés como estos v.gr.: a) necesidad de practicar la caridad eficaz e inteligentemente; b) convencer de que no solo los ricos pueden practicar la caridad; c) hacer comprender todo el alcance del Mantenimiento del Amor; d) divulgar la doctrina pontificia en orden a la Caridad; e) suprimir la mendicidad callejera», etc. Componían la Junta directiva el propio Arzobispo, en calidad de Presidente; el Vicepresidente, don Jacinto Argaya, Vicario General y Obispo auxiliar de Valencia; el Director, que era José María Haro; un Subdirector, José Nebot Andrés, del Consejo de Conferencias de San Vicente de Paúl, y el Secretario, don Rafael Lucia Ruíz, sacerdote y profesor. Junto a ellos se determinaba un buen número de vocales, distribuidos en varias Comisiones de trabajo, una de las cuales –personas sin hogar y escuela– también se entregaba a la dirección de Haro Salvador.

³ «El *tombolero*», precisamente, llamaban con cariño los valencianos a don Marcelino, a raíz de la implantación en 1948 de esta Tómbola en la actualmente denominada Plaza de la Reina, ante la fachada barroca de la Catedral, y luego en la de la Virgen, junto a la basílica de la *Mare de Deu* a cuyo amparo se gestó. Su existencia, en cualquier caso, fue breve: apenas seis años, hasta 1954. Muy al contrario de lo sucedido en Pamplona, de donde trajo don Marcelino la iniciativa, y donde todavía sigue convocándose cada año, sin excepción, desde su primera convocatoria en 1945.

⁴ Fue también en 1947, con objeto de integrar en un único organismo las actividades de otros anteriores de idénticos fines: la *Congregación Mariana del Magisterio*, el *Liceo Pedagógico* y la propia *Sección de Enseñanza de Acción Católica* que hasta entonces también dirigía Haro Salvador.

⁵ Acababa de fallecer cuando una representación de la Acción Católica valenciana llevaba a Roma en peregrinación el proceso de sus Hombres y Jóvenes muertos por odio a la fe entre 1936 y 1939. «Cuánto habría gozado José María en esta ocasión! –se lamentaba M. Cortés–. Porque el proceso martirial de la Acción Católica Valenciana de nuestra Rama fue un empeño tremendo suyo y al que

«lo más probable que no logremos nadie, de cuantos militamos de momento en las filas de nuestra Acción Católica Española, ver que nuestros hombres se hallen oficialmente en los Altares. Si lográsemos verlos sería algo inaudito, extraordinario. Pero nuestra fe de cristianos nos promete en el Cielo, después de nuestra muerte, que el logro se consiga», este testimonio lo dejó escrito don José María Montolío. Y el 11 de marzo de 2011 la Archidiócesis de Valencia tuvo el gozo de vivir una jornada inolvidable: la Beatificación de 232 mártires, entre los cuales había 37 hombres y jóvenes de A.C.

Don José María Haro Salvador murió en 1965. Durante el pontificado de don Marcelino Olaechea se empezaron a dar los primeros pasos para el inicio del Proceso y se recogieron abundantes testimonios de personas que convivieron, trabajaron y conocieron al siervo de Dios. Ahora, después de conseguir los oportunos permisos canónicos, la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) se ha constituido en «parte actora».

dedicó todo su poder apostólico cuando dejó la presidencia. Una obra más de las muchas suyas. Y así salió la peregrinación: con un espíritu tremendo, al estilo que Haro soñaba para ella», Carta a Alfredo López, Valencia 18 de Mayo de 1966 (ADV, c. 1, leg. 6). De su preocupación al respecto da muestra su pequeño artículo «¿Y nuestros mártires?», *Possumus*, Año X, nº 80-81, jul.-agto. 1958.

Estaba atento a las necesidades de todos*

María Martínez López

Periodista

El cardenal Antonio Cañizares ha abierto la causa de canonización de José María Haro: magistrado y Presidente de los Hombres de Acción Católica en Valencia, entre otras responsabilidades. «Al final de la jornada, seguía atendiendo en su casa a personas que acudían a pedirle ayuda –explica el Vicepostulador de la causa–. Enfermo o sano, estaba atento a las necesidades de todos. La fuerza la sacaba de la oración».

Primer magistrado del Trabajo de Valencia, padre de familia numerosa, laico muy implicado en la vida de la Iglesia... José María Haro Salvador podría ser el próximo Beato valenciano si prospera la causa de canonización que abrió este martes el arzobispo de Valencia, cardenal Antonio Cañizares. Hijo de una modesta familia de agricultores, José María hizo estudios superiores gracias al colegio mayor San Juan de Ribera, de Burjassot, que alojaba de forma gratuita a «los hijos de las familias más humildes que fueran intelectualmente prometedores para que pudieran estudiar en la ciudad», explica Juan Carlos Valderrama, Vicepostulador de la causa. Optó por

* *Alfa y Omega* (Madrid), nº 934, 18 de junio de 2015, p. 10, a partir de entrevista oral al Vicepostulador.

Magisterio y Derecho. Ya en esa época fue secretario de la Federación de Estudiantes Católicos de Valencia. En 1929 aprobó las oposiciones de juez, y un año después se casó con María Luisa Sabater, con quien tuvo ocho hijos. Desde su juventud fue miembro activo de la Asociación Católica de Propagandistas.

La Guerra Civil le sorprendió en Villar del Arzobispo, donde era juez. «Estuvo a punto de dar testimonio como mártir –explica Valderrama–. Fue uno de los principales objetivos de algunos grupos de exaltados» que lo buscaban por su activismo católico. Una vez fue detenido por unos milicianos, pero logró evadirse. «Vivió oculto, pero nunca se apartó de un crucifijo, y estaba dispuesto a dar su vida por la fe» si fuera necesario. «Dada la ausencia de sacerdotes, se juntaba con otras personas para leer la liturgia de la Misa diaria. Ayudó a sostener la fe de muchos». No guardaba rencor a sus perseguidores: «Algunos de ellos eran de su pueblo. Luego hubiera podido aportar datos sobre ellos, pero nunca lo hizo».

La acción social le llenaba el corazón

«Lo que le llenaba el corazón era la acción social –subraya el Vicepostulador–. Durante toda su vida fue una prioridad para él tanto en lo profesional como en lo pastoral». Por ello, «fue de los primeros que concurrieron a la Magistratura del Trabajo».

Otra de sus prioridades fue la enseñanza, «por su propia experiencia de haber tenido dificultades para estudiar y las altas tasas de analfabetismo de la época». Presidió la Junta Provincial de Enseñanza Primaria, donde «trabajó para articular la formación de los profesores. También en la diócesis propició que se formaran órganos para crear escuelas, formar a los profesores...».

En plena posguerra, la Iglesia intentaba multiplicarse para hacer frente a todas las necesidades. Como Presidente de los Hombres de Acción Católica entre 1943 y 1955¹. Haro «fue uno de los apoyos más importantes del entonces arzobispo de Valencia, monseñor Marcelino Olaechea. Hacían falta muchos recursos para poner en marcha todas

¹ En realidad, entre 1942 y 1954. Vid. *supra* LÓPEZ MARTÍNEZ, A., «Hombre de Acción Católica», n. 2.

las iniciativas de la Iglesia: construcción de viviendas para obreros, subvención de estudios... Para ello se articuló el Banco de Nuestra Señora de los Desamparados, del que fue Director» y que está en los orígenes de Cáritas. También fue Tesorero del Patronato de Viviendas del Arzobispado.

Con todo esto, «al final de la jornada, a altas horas de la noche, seguía atendiendo en su casa a personas que acudían a pedirle consejo o ayuda. Enfermo o sano, estaba atento a las necesidades de todos. Realmente es sorprendente su capacidad de trabajo. Para hacer esto, sacrificó muchas cosas. Y fue ejemplar el apoyo de su mujer, María Luisa. La fuerza, indudablemente, la sacaba de la oración, la Misa – iba todos los días a las siete y media de la mañana– y de su devoción a la Virgen».

Una intrahistoria providencial*

Pablo Sánchez Garrido

Secretario Nacional para las Causas de Canonización.
Asociación Católica de Propagandistas

El pasado 16 de junio fue un día muy especial para la historia de la ACdP, pues el cardenal Cañizares presidió la apertura solemne de la Causa de Canonización del Siervo de Dios y propagandista José María Haro Salvador. Pero este acto, que desde fuera puede parecer un punto de partida, en muchos sentidos es también un punto de llegada pues con esta apertura se dio cumplimiento a la preparación de un proceso que se remonta hasta poco después de la muerte de este propagandista en 1965.

El entonces arzobispo de Valencia, el siervo de Dios Marcelino Olaechea, solicitó la apertura de la Causa de este propagandista que había sido estrecho colaborador suyo, con una clara manifestación personal acerca de su santidad. Rápidamente los propagandistas y los compañeros de Acción Católica prepararon la apertura del proceso y recopilaron los testimonios y datos biográficos de rigor. Unos años después, Fernando Martín-Sánchez escribió una carta al entonces presidente de la ACdP para animar a los propagandistas a apoyar la causa, carta que fue publicada en 1967 en este mismo *Boletín*¹. Pero, por motivos que desconocemos, la Causa quedó paralizada y cayó en el olvido... Cuarenta años después, un propagandista encontró providencialmente esa carta de Martín-Sánchez publicada en aquel viejo

* *Boletín de la ACdP* (Madrid), Año XCI, nº 1.185, junio 2015, p. 8.

¹ «Si la Asociación Católica de Propagandistas no produjese también flores de santidad –iniciaba Martín-Sánchez aquella carta a Abelardo Algora–, estaríamos perdidos», *Boletín de la A.C.N. de P.* (Madrid), nº 840-841, 15 febr. 1967, p. 3.

Boletín de 1967; carta que sirvió para que el Secretario Nacional para las Causas solicitara ante el delegado episcopal de Causas la reapertura del proceso, así como para la recuperación de toda la valiosa documentación testifical que había permanecido 40 años perfectamente dispuesta en los archivos diocesanos, como a la espera de ser redescubierta. Esto ocurrió en 2008 y el propagandista responsable del hallazgo providencial de aquella carta fue Carlos Romero Caramelo, quien siete años después pudo asistir como presidente de la ACdP al emotivo y bello acto de apertura del pasado mes de junio.

Han sido siete años de numerosos procedimientos y preparativos y de una estrecha colaboración con diversas personas; muy especialmente tengo que destacar al delegado episcopal, el padre Ramón Fita y al Vicepostulador, Juan Carlos Valderrama, pero también a la postuladora, secretarios de Centro, tribunal eclesiástico, comisión histórica, familiares, nuevos testigos...

El esfuerzo ha merecido la pena pues ha hecho posible este «final» de etapa y comienzo de la siguiente, para que algún día, si Dios quiere, podamos ver a este padre de familia y apóstol social en los altares, como ya hemos podido ver a su amigo y paisano Luis Campos Górriz.

Disponibilidad sin límites*

Juan C. Valderrama Abenza

Vicepostulador

En unas semanas, el día 6 de agosto, se cumplirán cincuenta años del nacimiento al Cielo de José María Haro Salvador, fiel laico, magistrado del trabajo y padre de familia numerosa cuya Causa de Canonización acaba de iniciarse formalmente, tras tantos años de espera, en la diócesis valentina. Con ello cobra definitivamente forma no solo el deseo de muchos que se encomiendan confiados a su intercesión desde antes incluso de que el proceso comenzara, sino el trabajo también, muchas veces costoso, que tantos han dedicado a hacer posible que su ejemplo siga brillando ante los hombres y les conduzca –nos conduzca– hacia Dios.

Porque esta causa, en efecto, viene de lejos. No empieza ahora. Todo comenzó cuando nuestro arzobispo Olaechea, haciéndose eco del deseo del párroco de San Martín, don José Plá, hacía públicamente suyo su deseo de que se iniciaran los trámites para la instrucción de este proceso. Era el 30 de enero de 1966, apenas unos meses después del fallecimiento de José María, en el Teatro Principal de Valencia, que se hallaba rebosante. Leyó don Marcelino la carta de aquel buen sacerdote y llegó al final. «¿Sería mucho pedir –le preguntaba–, cabría esperar que Vuestra Eminencia acariciara la idea o apuntara la sugerencia de que se recogiese en una biografía las muchas ejemplaridades de que ha dado testimonio a muchos otros presentes y futuros apóstoles seculares o incluso se incoara proceso de virtudes que un día pudiera cristalizar en beatificación o elevación a la gloria de los altares?».

* *Paraula. Iglesia en Valencia*, Año XXVIII, nº 1.336, 21 de junio de 2015, p. 7.

Probablemente reconociera don Marcelino en esas palabras el que era su deseo; que la misma convicción suya en la santidad de su fidelísimo colaborador, era común a todos los que le hubieron conocido. Dejó aparte la carta y, consciente del significado que como Obispo tomarían entonces sus palabras, continuó diciendo: «¿Causa de beatificación? Pues sí; la Iglesia dirá con infalibilidad lo que nosotros creemos con persuasión: que era un santo».

Desde ese preciso instante, los hombres de Acción Católica y de la Asociación Católica de Propagandistas, a las que dignificó con su vida ejemplar desde su constitución en Valencia¹, comenzaron a recabar toda la información necesaria para la instrucción de este proceso. Pronto se multiplicaron los testimonios sobre su vida santa; sobre la heroicidad de sus virtudes, la profundidad de su vida interior; sobre sus desvelos por quienes tuvo siempre por objeto predilecto de su acción profesional y apostólica: las gentes de condición más humilde, el mundo obrero, el magisterio infantil...

Luego, el paso del tiempo, el fallecimiento de algunos, el retiro y más tarde también muerte del buen don Marcelino, detuvieron temporalmente este proceso, que quedó a la espera de su instrucción oficial. Ésta por fin se produce ahora, cincuenta años después, a instancias de la Asociación Católica de Propagandistas.

Una personalidad tan rica en matices y fecunda como la de José María Haro resulta imposible concentrar en apenas unos rasgos. En todo caso, si alguno pudiera servir de síntesis ese sería, y por encima

¹ Las actividades de la ACdP en Valencia dieron comienzo en 1923, en la Sala que llamaban «Velázquez» del *Centro Escolar y Mercantil* que dirigía el P. José Conejos de la Llave (1862-1937), jesuita ejemplar y verdadero corazón del apostolado laical de la Valencia de las dos primeras décadas del siglo. Al respecto, LLUL, E., *Jesuitas y pedagogía. El colegio San José en la Valencia de los años 20*, Univ. Pont. Comillas, Madrid 1997; PERALES BIRLANGA, G., «Los estudiantes católicos de la Universidad de Valencia», en *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija*, nº 8 (2005), pp. 215-236. Con la imposición de las insignias de enero de 1926 de la primera hornada de propagandistas valencianos se pudo dar por oficial el nacimiento de la Asociación en la capital del Turia, con los nombres de Luis Campos Górriz (1905-1936), futuro mártir, el marqués de Lozoya Juan Contreras y López de Ayala (1893-1978), Luís Lucia Lucia (1888-1943), director del *Diario de Valencia*; el abogado y por entonces concejal en el Ayuntamiento de Valencia José Núñez Moreno (1893-1976), Mariano Puigdollers (1896-1984) y Francisco Javier Osset y Merle (1901-1974). José María Haro no se contaba entre los miembros de esta generación, sino en los de la inmediatamente siguiente, con imposición de insignia en 1928. Para una idea general sobre los primeros pasos de la vida de la Asociación en Valencia, cuya historia sin embargo todavía está por hacer, vid. MORÓDER, S., *No se perderá ni un ademán. Vida de Luis Campos Górriz*, Encuentro, Madrid 2005, pp. 54 y ss.

de cualquier otro, su disponibilidad. Disponibilidad al Espíritu, en primera instancia, de quien se mostró dócil instrumento y por Quien se dejó modelar, a fuerza de oración y sacrificio. Y disponibilidad a la Iglesia, a la que sirvió hasta el último aliento de su vida. Su clara conciencia de pertenencia a Cristo, de ser un simple instrumento en sus manos, hizo de él un alma profundamente eclesial, en un sentido totalmente laical. «Vía de santidad en lo ordinario –recordaba en unos Ejercicios en Loyola–. Propagandista en el mundo, pues. Estima de la vocación. En ella está mi camino de santidad. Puedo y debo aspirar a ella. Como cristiano, casado, propagandista... puedo y debo ser santo». Desde ahí todo se convertía en él en respuesta generosa a lo que sabía invitación constante del Señor a servirle en los hermanos. ¡Cuántas veces le encontraba la noche atendiendo a quienes buscaban en él ayuda, mediación y consejo! ¡Y cuántas realizando las tareas de servicio más administrativas por razones apostólicas, por la necesidad de otros, o por deseo de servir, sencillamente!

Esa disponibilidad que manifestó en su entrega generosa a las necesidades ajenas hasta lo heroico, tuvo por fundamento una profunda vida interior, que revela –como siempre sucede– el secreto de los santos: la oración constante, el abandono de sí mismo y un amor apasionado, permanentemente joven, filial y confiado, al Señor y a su Madre.

Parte Segunda

Publicaciones en prensa

Un hombre de Dios*

Ismael Peidró Pastor

Profesor titular de Filosofía del Derecho. Universidad de Valencia

Es conocida su fructífera labor en pro de nuestra Asociación de Padres de Familia. También su tenaz actuación en favor de la Federación de las distintas Asociaciones. Fue su empeño más denodado el reconocimiento de la personalidad jurídica de la familia. Pues como célula primaria de la sociedad posee una vida y una actividad tan propias que bien merece la consideración de sujeto jurídico. Por eso abogó por una representación familiar en la esfera política nacional, ya que son muchos los aspectos del gobierno del Estado en los cuales la familia tiene graves intereses que defender y propugnar, los mismos que se derivan de sus fines esenciales.

Bastarían estas razones para justificar en estas páginas el recuerdo emocionado y nostálgico de su gran figura como hombre que ha dejado huella imborrable. Pero hay otra más poderosa que no debe pasar desapercibida. Me refiero al espíritu que impregnó cuantas actuaciones son de él alabadas en el presente. Todas ellas surgieron en conciencia de ese ideal que en definitiva sirve a cada uno de norte de su conducta y posibilita dentro de nuestra imperfección y limitación, las continuas decisiones con las cuales vamos construyendo a diario nuestra propia vida. José María puso al servicio de este ideal su entera personalidad, con verdadero y acendrado amor, confiando a la ayuda de Dios su realización. No es difícil entrever en los actos de su vida la mirada constante de la presencia y asistencia de la Divinidad.

* Originalmente en *Padres. Revista de la Asociación de Padres de Familia del Colegio del Sagrado Corazón de Valencia* (HH. Maristas), nº 12, marzo 1966. Poco después, *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, jun.-jul. 1966.

Quienes le conocimos en la intimidad podemos dar testimonio de ello. Comencé a saberlo al ingresar como becario en el Colegio Mayor de San Juan de Ribera de Burjasot. La fundadora de esta benemérita institución, doña Carolina Álvarez y Ruiz¹, quiso vincularla a la memoria del Santo Arzobispo de Valencia, imitando en su fundación a éste con un colegio regido por idénticas constituciones, pero dedicado a formar a quienes cursaran carreras civiles en nuestra Universidad, e modo que sus colegiales diesen testimonio de catolicidad y de amor a los humildes a través de su actuación profesional. José María fue fiel a este propósito fundacional.

Le conocí siendo estudiante cuando él era juez de Viver². Bien fuera por la semejanza de vocación jurídica, bien fuera por simpatía personal, el caso es que fue acentuándose nuestra amistad hasta distinguirme como colaborador en sus tareas profesionales y de apostolado.

Multiplicáronse así las ocasiones de nuestro contacto y con ellas se hizo más firme nuestro mutuo aprecio y más profundo nuestro respectivo conocimiento. Por tanto, considero una obligación moral dar testimonio veraz sobre su vida interior, en estos instantes en que ya se ha anunciado por nuestro señor Arzobispo el propósito de hacer una biografía con miras a un posible proceso canónico de beatificación.

Interesa mucho resaltar su intensidad de vida religiosa, no tanto por las conocidas manifestaciones externas, cuanto por las raíces internas que la mantenían. José María fue un hombre de mucha fe. Un ejemplo de entrega a la Divina Providencia en el transcurso de su vida y particularmente en su última enfermedad. Ni las necesidades

¹ Doña Carolina, como sería recordada, había nacido en Madrid, en una familia aristocrática, en 1821. Casada con un ilustre valenciano, Joaquín de la Encina, hijo del Barón de Santa Bárbara, envió sin llegar a tener hijos en 1885. Con objeto de destinar a fines de beneficencia su rico patrimonio, hizo se constituyera un Patronato con diversas obras de caridad a su cargo, entre las cuales se encontraba este Colegio que quiso siguiera el modelo y espíritu del Colegio-Seminario de Corpus Christi creado por quien fuera antiguo propietario de aquel noble edificio de Burjasot, y a quien ella profesaba una gran devoción, el entonces beato Juan de Ribera. Murió en 1913, permaneciendo vinculada su memoria para siempre a este prestigioso Colegio, inspiración de todos los que irían abriéndose en España en las dos décadas siguientes al fin de la Guerra Civil. Vid. VICO MONTEOLIVA, M., *La obra benéfico-pedagógica de Doña Carolina Álvarez: El Colegio Mayor San Juan de Ribera de Burjasot*, op. cit.; GARRIDO, V., *El Castillo-Colegio Mayor del beato Juan de Ribera*, op. cit.

² Vid. *supra*, RULL VILLAR, B., *Haro, magistrado*, n. 5.

materiales –y pasó las suyas– o ni los peligros personales, ni los problemas familiares, ni los éxitos profesionales, ni los honores personales hicieron mella en esta decidida entrega al beneplácito divino. Ni siquiera las decepciones. Parecía indiferente a todo, pero no porque no afectasen al ánimo, sino porque su mira estaba puesta en Aquél que es por encima de todas las cosas.

En el seno de su familia, en el de sus amistades, en el de sus relaciones sociales, supo hacerse uno con los demás, entregando lo mejor de su ser, preocupándose por sus problemas, buscando el bien de cada uno, y solidarizándose con sus pesares. Y hoy, que ya no le tenemos entre nosotros, nos admira al pensar cómo pudo multiplicarse, dividido entre tantas actividades como en vida desplegó.

Por encima de sus posibles defectos –y es humano poseerlos– o de los yerros en que pudiera haber incurrido, lo que resalta en su vida es la recta intención con que acometía todos sus actos y su vocación por la Justicia. Una Justicia elevada al plano sobrenatural por la Caridad, como sostuvo en un memorable discurso³. Así se explican sus ansias de obrar el bien, inspirado en las enseñanzas evangélicas.

Fiel a éstas, en su vida quedan transparentadas las virtudes más señaladamente cristianas. Entendía la caridad como amor y socorro al necesitado, ya lo fuese por razones materiales o espirituales. Y la practicó en cuantas ocasiones se le presentaron. Fue verdaderamente humilde, con una sinceridad que resplandecía en la llaneza de su trato y en ese ocultar a todos los méritos de su personalidad como si no los poseyera. Supo negarse a sí mismo, sacrificando hasta su necesario descanso en aras de su vocación apostólica. Fue manso de corazón ante las frecuentes adversidades; paciente en sus tribulaciones –*sus cruces*, como él las llamaba–; magnánimo con los defectos ajenos; esperando siempre en el posible perfeccionamiento humano cuando se siembra en la mente y en el corazón la divina semilla; templado en sus pensamientos y sentimientos; y prudente en sus actos, sobre todo, en los que más responsabilidad podían acarrearle.

³ Se refiere al ya citado «Relaciones y fronteras entre la Justicia y la Caridad» (1961), con motivo de su ingreso en la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación, con contestación del civilista Tomás Ogáyar Ayllón.

¡Cuánta reflexión antecedía antes de expresar su fallo en las sentencias! Y cuando el caso lo requería, no dejó de consultar con quien pudiera aportarle elementos de mejor juicio.

Si, como decía San Gregorio Niseno, las buenas obras son el alimento que hace crecer a Cristo en nuestra alma⁴, el alma de José María Haro debió crecer en grado tan alto como lo fuera su estatura física. Ninguna de las vías que jalonan el progreso espiritual le fue desconocida. Le obsesionaba la idea de la Redención Divina de todos los humanos, sin distinción de clases. Le dominaba el pensamiento de que la Sangre derramada en el Calvario no pudiera beneficiar a todos. Y sentía en el alma, que siendo la mies mucha sean tan pocos los obreros dispuestos a recogerla⁵. Era de los convencidos por el pensamiento de que el crecer de nuestra alma no puede disociarse de la expansión del Reino de Dios. Esto explica el afán en el que consumió sus mejores energías. De ahí que, en verdad, pueda decirse que fue un hombre de Dios.

⁴ En realidad, la idea es de S. NILO DE ANCIRA, *Litt.*, I, 251, *MPG* (79), 175-176.

⁵ Esto mismo lo contaba en otra ocasión, con relación a un suceso de cuando trabajaba con él en la Magistratura como Suplente, entre 1948 y 1950, y que le dejó profundamente impresionado: «Un día –recordaba–, me llamó a su despacho. Estábamos los dos solos. Sobre su mesa de trabajo había un dibujo hecho por él en el cual se representaba la Tierra y simbólicamente sobre ella la Humanidad entera. Sobre la Tierra, aparecía un Cristo crucificado, cuya sangre se derramaba salvadoramente sobre los hombres todos. Me dijo: ¿Comprendes su significado? Como le contestase que sí, prosiguió: ¿Y no es una lástima que esa sangre redentora no aproveche a todos los hombres? Como le contestase que, efectivamente, así era, me dijo: *La mies es mucha, pero los obreros para recogerla son pocos. Es necesario multiplicar los apóstoles de la palabra divina.* Le dije que contase conmigo para lo que le hiciere falta. Desde entonces fui por él enviado a distintas localidades de provincia, siempre y cuando me lo permitieron las circunstancias personales», Carta a M. Cortés, Valencia 10 de diciembre de 1966 (ADV, c. 2, leg. 3).

¡Ruega por nosotros!*

José Corts Grau

Rector de la Universidad de Valencia

Cuando ingresé en nuestro Colegio, Pepe Haro tenía ya una leyenda basada en su estatura imponente y en su tremenda ingenuidad. Se le atribuían, como a un héroe mitológico, las más disparatadas hazañas, y las referíamos tranquilamente delante de él. En realidad, aunque semejantes truculencias eran inofensivas y cordiales, le daban mil ocasiones para ejercitar una virtud que iba a necesitar de por vida: la paciencia.

Otra muy rara demostrada ya entonces, que luego supo mantenerla en grado heroico: esa modestia que le llevaba a aceptar los honores sin afectar displicencia, sin esa falsa humildad que rezuma soberbia recóndita, y a aceptar cargos y encargos para servirlos hasta el agotamiento. Y como no quiso corregirse de tal abnegación, sino que la apuró en todos los ámbitos, pechando con sus obligaciones y con las ajenas, ha muerto de eso, de trabajar a muerte. El título de magistrado del Trabajo lo definía bien: amaba la justicia, y de eso que se llama trabajar sabía más que nadie.

Cuando los amigos nos permitíamos reñirle, nos oía como quien oye llover, y al final nos callábamos con cierta vergüenza, comprendiendo que era imposible el diálogo entre aquella imprudencia suya y nuestra prudencia de la carne. El único con quien podía entenderse era el Señor: que fue ayudándole a convertir en virtudes hasta los propios defectos, y que, mientras nos deja todavía aquí a quienes no

* *Las Provincias*, domingo, 8 de agosto 1965. Luego en *B.O.A.V.*, nº 2.819, pp. 554-555; y *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, p. 5.

acabamos de entregarnos, se lo ha llevado a descansar porque él había cumplido ya su tarea con creces.

Porque nada le fue demasiado fácil no le ha sido fácil morir. Hace días, al despedirme de él para un corto viaje a Santiago, prometiéndole rogar por su salud, me dijo por señas –su extenuación le impedía ya hablar– que él también se marchaba, pero *allá arriba...* Hubiera sido pura necedad irle con evasivas y cuentos, y le dije que aquella certidumbre era un insigne privilegio, la respuesta de Dios a su esperanza, a su esperanza que no había sido un simple esperar, sino un caminar hacia Él. Le atormentaban en aquel trance, como a tantos bienaventurados, los consabidos temores y escrúpulos; pero vi que se alegraba con el mismo gesto infantil con que había ido asumiendo a lo largo de su carrera nombramientos y comisiones, poniendo en marcha cosas que dejaba en otras manos cuando ya pesaban menos.

Cuando volví a verle, apenas le quedaba un soplo de vida en el silencio, y uno temía, al romper el silencio, quebrar aquella vida. Si no tuviéramos otras pruebas de que, mientras los demás seres acaban, sólo el hombre muere, de que morir es todo lo contrario de acabar, bastaría pensar cómo este hombre ha ido muriendo. Poco a poco, su natural pena de padre iba mudándose sobrenaturalmente en su gozo de hijo.

No, no recordaba, gracias a Dios, a los héroes de Plutarco. Ni nos daba ya pie aquella agonía para evocar nuestras disparatadas eutrapelias de antaño. Con su altura imponente de cuerpo y de alma, con su incurable ingenuidad y generosidad, entre el dolor y el insomnio, se iba sencillamente, como el niño que había sido siempre, durmiendo en la paz del Señor.

¡Ruega por nosotros!

Haro, apóstol*

Roberto Moróder

Asociación Católica de Propagandistas. Valencia

José María Haro era un hombre fuerte, robusto en el espíritu. No le acompañaba su materialidad; era endeble en lo físico. Pero su alma cubría bien el cuerpo y nos parecía un gigante.

Haro, para quienes colaboramos con él en tantos y tan variados aspectos del apostolado seglar era un caballero; un hombre de grandes ideales, casi un Quijote. Su apariencia nos recordaba lo que la imaginación y el arte nos han presentado del caballero manchego. No quiero con ello decir que Haro fuera un iluso; todo lo contrario, sabía dónde estaba la necesidad, el aprieto y también el remedio. Luchador infatigable, sin cansancio alguno, ni material ni espiritual, servía a la Iglesia de la que formaba parte. El Señor y él saben cuánto le costó este servicio, así moral como físicamente. Pero su alma, su espíritu, su hombría interior, su fuerza sobrenatural, auténtico caballero de la gracia y en gracia, lo podía todo, por aquello de San Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta»¹. Haro ha sido y será un ejemplo de todo cristiano consciente de sus deberes.

Le recuerdo en muchas facetas de nuestro apostolado, en su preocupación pedagógica, que supo contagiarnos a tantos y tantos. Pero le recuerdo con su ímpetu, optimismo que le caracterizó, en las vísperas de la declaración dogmática de la Asunción de la Señora. El que fue un alma de las fiestas de las bodas de plata de la Patrona. Aquellos días cuando el voto asuncionista, cuando aquella aportación valenciana

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, p. 5.

¹ *Flp* 4, 13.

que impresionó a Roma². Obra de él, genial ocurrencia al servicio de María, su Madre. Las hojas de nuestros pergaminos, centenares, miles; obras de arte, genial manifestación de Valencia y de la Fe. Todo idea suya. ¡Cómo le habrá recibido la Reina del Cielo cuando llegó al regazo del Hijo!

Pepe Haro, el propagandista católico goza del Padre, es nuestro estímulo y es valedor de los que aún andamos por esta tierra luchando para que prospere la verdad, y la vida, la luz y la gracia.

² Fue éste un acontecimiento de especial importancia, que merece un lugar aparte. Una síntesis la ofrece M. Cortés, en carta a Alfredo López (Valencia, 22 enero 1966): «Con ocasión de las Bodas de Plata de Coronación de Ntra. Señora de los Desamparados, en 1948, tuvo Haro la feliz idea de que Valencia formulara solemnemente su Voto Asuncionista. A ello se dedicó con su fervor característico y con el dominio que tenía de personas e instituciones. Y se consiguió en un acto impar, en la plaza del Caudillo [actual Pza. del Ayuntamiento], el día 8 de mayo, a presencia de muchos prelados, del Excmo. Sr. Ministro de Justicia y la representación más completa y genuina de toda la diócesis en todos sus estamentos religiosos, civiles, militares y pueblo, que se haya visto. Este Voto pidiendo al Papa proclamara dogma la Asunción de María, fue transmitido a Roma en 80 pergaminos artísticamente realizados. Fue esta una obra personalísima suya» (ADV, c. 1, leg. 6). La declaración dogmática, como se sabe, llegó poco después, el primero de noviembre de 1950, mediante la *Munificentissimus Deus* de Pío XII. Él recuperó sus propios recuerdos de aquel histórico momento en «Aquel Voto Asuncionista», *Mater Desertorum* (Supl. B.O.A.V.), 3ª ép., nº 123, mayo 1958, pp. 14-16.

Presencia y estímulo de una vida ejemplar*

Cándido Salazar Salvador

Maestro. Consejero Nacional de Educación.
Presidente de la Junta Provincial de la Mutualidad Nacional
de Enseñanza Primaria de Valencia

«Morir, para quien muere en Jesucristo,
es saltar en el bajel que aporta a las playas eternas;
es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles»

A. Aparisi Guijarro (1815-1872)

La presencia de la muerte nos infunde un respeto supersticioso. Nuestra invencible ignorancia, nuestra pequeñez espiritual, nuestra miopía teológica y metafísica, nos apartan del sentido cristiano que hemos de dar a la Eternidad.

Esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. He aquí, un misterio sublime y consolador al mismo tiempo. Un misterio que recordamos al hacer la profesión de nuestra fe católica. Pero, cuando se nos va un ser querido –deudo o amigo– parece que aceptamos la verdad con cierta rebeldía, con reservas de mentalidad pagana. Ante la muerte, nos sentimos angustiados, abatidos, impotentes...

Yo vi a José María Haro unos días antes de morir. Con la placidez de los santos, estreché mis manos entre las suyas. Elevó sus ojos al cielo y, sin hablar una sola palabra, pronunció el discurso más elocuente de su vida: ¡Hasta la Eternidad, amigo mío! Creo que entendí su mensaje.

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, p. 7.

Su semblante resplandecía de gozo; esperaba el trance final con la serenidad del hombre justo; con la alegría del místico que conoce su destino. Salí acongojado; pero, al mismo tiempo, edificado. ¡Qué rica personalidad tenía ante mi vista! ¡Qué santa conformidad en su destino! Su firme andadura, sonaba queda en mi mente. Recordé la sentencia de Menandro (342-292 a.C.): «Aquel a quien aman los dioses muere joven». Y José María, era todavía joven... Podría rendir más, mucho más, infinitamente más. Por otra parte, ¡era tan necesario, tan indispensable, para tantas y tantas personas! Pero él, iba a nacer para una nueva vida, para esa vida que no tendrá fin. Debía ir gozoso. Fue caminante esforzado en esta vida terrena. Fue un río que va a dar a la mar..., pero, un río rumoroso y fecundo, pródigo en cosechas exuberantes.

José María Haro Salvador fue un místico de chaqueta. Él sabía que el hombre debe trascender de la especie, que toda vida humana es el ejercicio de algún amor. Prodigó sus castos amores a Dios, a la patria, a su profesión, al magisterio, a sus familiares y amigos. Fue parco en su vida. Hombre de mucha acción y de mucha meditación.

¡Cuántas plegarias fervorosas, vigorosas y encendidas, se habrán elevado por él y para él al Altísimo!

Repartió el bien a manos llenas. Fue justo, por profesión y por vocación. Al Magisterio, lo adoraba. Fue nuestro protector desde la prensa, a través de sus publicaciones, en la tribuna, en todas sus actividades, aunque no tuviera relación directa con nosotros. Inspiró y realizó campañas provechosas en favor de la Escuela y del Maestro: organizó cursillos y conferencias; distribuyó premios, y, en todo momento, estimuló a los mejores. Todo esto, con esa envidiable humildad de los santos. Nunca dio importancia a ese trabajo abrumador, titánico, que iba minando una vida tan cara y preciosa para nosotros.

Y es que, en José María Haro se daba en toda su plenitud el razonamiento filosófico de Sánchez-Marín. El mundo resultaba poco para él. Su hambre intelectual y afectiva, no se saciaba en el mundo o con el mundo. Sólo podía llenar su inquietud una presa infinita, un Ente infinito, un Bien absoluto.

«No tiene el hombre más que dos salidas de sí mismo, verdaderas excedencias de sí hacia un más o menos que hombre: la *deformidad* –pérdida o desdibujamiento de forma auténticamente humana– y la *deiformidad*. Esta última, es claro, no la adquiere con su exclusiva fuerza humana. La *deiformidad* es el orden sobrenatural y sobrehumano»¹.

José María Haro supo elegir. Entre religión y mundanidad que atan porque atan por arriba y por abajo al hombre, supo dar a Dios lo que es de Dios; y al César, lo que es del César.

Yo aprendí, de este arquetipo de hombre, unos versos –creo que de Pemán (1897-1981)– cuyo contenido supo hacer sangre de su sangre y norma de su vida ejemplar... Quiero recordar que eran de este tenor:

Vivir es apercebir el alma,
para tener la vida muerta al placer
[y muerta al mundo], de suerte,
que cuando llegue la muerte
le quede poco que hacer².

Así tuvo que ocurrir en sus postrimerías... Se durmió entre los hombres y despertó entre los ángeles.

¹ Cfr. SÁNCHEZ-MARÍN, F. G., *Humanismo natural y humanismo cristiano*, Editora Nacional, Madrid 1954, pp. 13-14.

² PEMÁN, José María, *Cisneros. Poema dramático en tres actos*, Sucs. Rivadeneyra, Madrid 1934.

Todo un hombre*

Ricardo Marín Ibáñez

Pedagogo y filósofo. Profesor de la Universidad de Valencia.

Director de la Escuela de Magisterio

Se cuenta que Diógenes andaba recorriendo la populosa Atenas, en pleno día, lámpara en mano, buscando un hombre¹; lo que hoy diríamos todo un hombre. No se nos dice si lo encontró. Parece que no. Porque la plenitud de la humanidad sólo aparecería sobre la tierra muchos años más tarde en Jesús de Galilea. Pero también porque el hombre cabal, a nivel puramente humano, sólo podría darse en el hombre cristiano. José María Haro lo era hasta sus últimas consecuencias.

A pesar de que me dispensó una amistad sin límites, una confianza total, entrañable, nunca conseguí hablarle sin sentir un poco el peso abrumador de su personalidad, siempre con un respeto profundo, que su cordialidad no hacía sino aumentar.

Era hombre de una eficiencia arrolladora. Imponía sus ideas con una fuerza que nunca me acabé de explicar. No por la riqueza de los razonamientos. Él me decía: soy hombre de pocas ideas. Pero eran claras, amplias y seguras. Las necesarias para vivir bien y mejorar cuanto organizaba. Que era mucho. Poseía un extraño y vigoroso poder de convicción. La firmeza de sus actitudes, más aún que sus ideas, arrasaba. Su palabra era elemental, rectilínea, nunca ociosa. Por eso no jugaba a la ironía, a la crítica o a simular su pensamiento, cosas que

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, p. 7.

¹ Cfr. DIÓGENES LAERCIO, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, VI, 41 (Alianza, Madrid 2007, p. 297).

hacemos los demás con demasiada frecuencia. Decía la verdad oportuna e importunamente siguiendo el consejo de San Pablo². Y en sus labios acababa resultando todo de una impresionante oportunidad.

Porque era parco en palabras, los que no le conocían pudieron achacarlo a distancia y frialdad, pero es que la flecha de su palabra sólo se disparaba ante el blanco de la verdad y del bien³. La Justicia le había configurado. Era hombre de verdad. En él no había discordancia, ni aún distancia entre su ser y su parecer. Conservaba el vigor tremendo y el sentido elemental de la realidad del campesino que llevaba en la sangre, la rotundidad grave del juez que sentencia y la integridad del cristiano que lo es en todos sus gestos y en todos los momentos, sin desmayos ni vacaciones al uso. Era orador de sinceridades. Su decir y su ser eran una misma cosa. Por eso su palabra era acción creadora.

Nos asombraba con su poder de trabajo, su capacidad organizadora. He estado con él en muchas reuniones y siempre fue, a despecho suyo, el líder natural. Por eso le perseguían los cargos a pesar de sus repetidas renunciaciones. Y realizaba las tareas más modestas con el mismo señorío emprendedor.

Cada uno de nosotros comprometemos con nuestra actitud a los demás. El buen sacerdote ennoblece la condición sacerdotal y el noble padre de familia crea un halo de prestigio para la institución

² Cfr. 2 Tim 4, 2.

³ Se trata este de un rasgo apuntado por todos cuantos le conocieron. Parco en palabras, daba la impresión de seco, incluso carente para algunos –que no intimaron con él– de sentido del humor. Pero no era así: «[c]ontra lo que algunos opinan –advertía su hija Carolina–, era alegre, le gustaba contar chistes y anécdotas, o inventarlos sobre la marcha, con juegos de palabras, de los que nos reíamos a veces, pero que padre consideraba «educativos». [...] A los que le consideraban huraño yo les diría que era «parco en palabras». No sabía hablar en vano, daba a cada palabra su valor y debía de tener como lema «a buen entendedor pocas palabras bastan»... / Lo más elocuente de él eran metafóricamente sus silencios, silencios largos, meditativos, que precedían siempre a sus palabras cuando eran importantes», Testimonio de Carolina Haro Sabater, diciembre de 1965 (ADV, c. 2, leg. 1). Esos largos silencios eran signo inequívoco del interés que ponía en la escucha de los problemas ajenos, haciéndolos enteramente propios y convirtiéndolos en materia de oración, que en él era constante. «José María oía y callaba: hablaba muy poco. [...] Fue así desde niño. Los que le conocían desde entonces siempre me lo decían: *es demasiado callado. No cuenta ni siquiera sus problemas, ni sus penas. Las sufre todas calladamente...* / Es un caso inexplicable pues todos en esta vida parecemos que al desahogar comunicando nuestras penas, cuitas, preocupaciones, sentimos gran descanso... / Él no quería ni ese alivio que siente el corazón humano. / Él no tenía más confidente que el Señor, y su Madre Santísima», María Luisa Sabater, «Datos para la biografía de nuestro buen José María», s.f. (ADV, c. 2, leg. 1).

familiar. Estamos comprometidos y somos responsables de mucho más de lo que creemos. Haro parecía consciente de esta responsabilidad y nunca le vi un solo momento de desmayo. Parecía inasequible a toda claudicación. Al verle, sólo de estar con él, me sentía orgulloso de su humanidad comprometida en el sentido más difícil y generoso. Su figura era, sencillamente, ejemplar y nos ejemplarizaba a todos. Creo que, hasta hoy, por nadie he sentido tanto respeto mezclado de admiración, posiblemente nadie ha causado en mí tan profundo impacto, más allá de preceptos o exhortaciones, por el puro testimonio de su enérgica vida cristiana.

Varón justo y varón de verdad. Su vida ha sido pura sinceridad y contagiosa autenticidad.

Era todo un hombre.

Su lección permanente*

José María Montolío Montesinos

Director de las Escuelas Profesionales San Juan Bosco.

Profesor de la Escuela de Periodismo de la Iglesia (Valencia)

Al amigo del alma, inolvidable, Maestro de maestros, consejero, mentor, hermano nuestro en este amplio sentido afectivo y cristiano. Al valenciano ilustre, católico ante todo, laborioso, con fervor incansable en el apostolado. Al gran propagandista de ideales, patrióticos y santos. A este entrañable amigo que acaba de dejarnos, nosotros, los maestros, y de un modo especial los valencianos, todos cuantos sentimos esta orfandad docente en que nos encontramos con su marcha, por deber de conciencia, al evocar recuerdos, nos sentimos llamados a tratar de imitarle y procurar rendir a su memoria, siquiera de esta forma, el más noble homenaje. Un pequeño tributo de hidalguía y de agradecimiento, que a lo largo del tiempo habrá de traducirse en lección permanente. Porque toda su vida era enseñanza y lección admirable. Fue un insigne patricio, gran patrocinador del Magisterio, ejerciéndolo él mismo de manera constante. Sus grandes ideales, fueron Dios y la patria; y dentro de la patria, y haciendo ésta extensiva a todo el mundo, la sociedad entera, con sus instituciones más señeras: la familia, la escuela, la parroquia, el derecho y la ley bien cimentados, en aquel ejercicio insobornable de su magistratura. En cuantas estructuras sociales intervino, supo dejar su impronta inconfundible. Con un amplio sentido de amor por el humilde, por el desheredado, con su gran comprensión y su nobleza, en pro del bien común a toda costa; con ese afán cristiano de enfocar los problemas sin equívoco

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, p. 10.

alguno y sin reservas, haciendo generosa la Justicia, con equidad perfecta. Con su ciudadanía destacada, ponía un sello propio, meritorio en todo cuanto hacía. Sabía ser maestro y lo era en efecto. Regentó no una escuela, sino varias, todas al mismo tiempo. Aparte de sus cargos, con devoción servidos, en su casa, en la calle, el despacho, en la Iglesia, en sus conversaciones, nos daba de continuo una lección completa, bien medida, meditada, sincera.

En muchas ocasiones supimos de sus noches enteramente en vela, trabajando, y a seguido y sin pausa, enlazar otro día con sus largas jornadas de orden profesional, en las instituciones ciudadanas a las que daba vida. Sus cargos, numerosos, eran en verdad carga, y sus cruces, las varias, distinguidas, con que fuera premiado, fueron, más bien, su cruz, al exigirse una más amplia entrega en su trabajo. Todos los años daba lecciones admirables de previsión social a nuestros niños y concedía premios a los que recogiesen por escrito, mejor, sus enseñanzas. Y él, que ponía ejemplos y que así aconsejaba, para que fuesen todos previsores y ahorrasen energías y tesoros para los días más malos que llegarán sin duda, no pudo hacer lo propio y en derroche de esfuerzos, en etapas seguidas, consagradas a otros, agotaba su vida. Y así llegó su muerte, santa muerte, ejemplar, para todos cuantos le conocimos y admiramos. Fue su mejor lección, la preparada con más detenimiento. En ella deberemos meditar cada día, y hacemos la promesa de imitarle, para cuando nos llegue a cada uno este momento. Como oración ferviente, emocionada, sea nuestra plegaria, impetratoria, pidiéndole al Señor que por su siervo José María Haro nos conceda la gracia, y la previsión suma, de ir atesorando virtudes en el cielo, como él lo supo hacer en gran manera, y emplear nuestra vida en su servicio, procurando hacer nuestra la lección permanente de su ejemplo.

Porque el Señor le llamó, se fue de nosotros*

Jerónimo Gómez Soto

José María Haro era erguido como la palma; física y moralmente. Y como dice el salmo 92, floreció en virtudes¹. Por eso en las cosas del espíritu era difícil llegarle a la altura que llegó. Como toda su vida fue una constante dedicación al servicio de Dios, se cuajó de su gracia, pues el Señor se la dio por añadidura, como dice el Evangelio², y tan colmada, que todas sus obras y actos salían sin tacha de sus manos porque, a través de ellas, sólo buscaba el Reino de Dios y su justicia.

Plumas más bien cortadas que la mía han panegirizado el inmenso caudal de virtudes que atesoraba José María Haro. No quiero, pues, repetir lo que con tanta justicia como verdad se ha dicho de él con motivo de su muerte. En estas líneas, sólo el dolor de la pérdida, como amigo leal y como maestro.

Se echará mucho de menos en muchas partes al que fue incansable obrero en las viñas del Señor, porque en todos los trabajos que voluntariamente se echó sobre sus hombros, a modo de cruz, por su ardor, por su empeño, por su entusiasmo, por su celo y porque tenía a Dios de su parte, había un cierto reflejo de perfección que nos decía a las claras la procedencia de la ayuda. Todo cuanto hacía estaba bien hecho.

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, p. 11.

¹ «*Iustus ut palma florebit, sicut cedrus Libani succrescet. Plantati in domo Domini, in atriis Dei nostri floreunt*», *Sal 92*, 13-14.

² Cfr. *Mt 6*, 33.

Para las obras, las buenas obras que emprendía, su capacidad de trabajo contagiaba, aunque en tono menor, claro, a cuantos a sus órdenes colaboraban con él. Y así, lo que un día era cimiento, era en breve tiempo monumento y detalle y remate de perfección.

No quiero hacer en esta glosa elogio del más digno de ello. Es más bien una expresión sentida del hondo dolor que nos cansó su muerte. Porque la sociedad ha perdido un valor. Pero el magisterio ha perdido al paladín por excelencia, al defensor hasta el heroísmo, de la escuela y del maestro.

Se fue de nosotros porque Dios le llamó. Y nos ha dejado por esta ausencia, huérfanos de su consejo, de su entrega sin reservas en favor de esa justicia que el magisterio quiere; de tantas cosas por las que se desvivió en vida, por nosotros.

Fue como un Alonso Quijano detrás de muchos ideales. Cabalgando en alas de su afán con la lanza de sus sacrificios y trabajos, corrió las aventuras de un caballero de pro. Pero después de Dios, ninguno de estos altos ideales le atrajo más que el de nuestra sufrida clase.

Su horizonte más cercano, la escuela y el maestro, a quienes consideró y quiso siempre con cariño de hermano...

Ya no está entre nosotros; pero nos ha dejado en herencia unas huellas a seguir, un ejemplo a imitar, una estrategia a esgrimir, una obra en marcha que acabar. El Señor ha querido llevárselo porque, habiendo multiplicado con exceso los talentos que le dio, ha creído llegado el tiempo de la recompensa.

Pero nosotros, los maestros, por lo mucho que nos quiso, por lo mucho que trabajó por nuestra causa, le debemos un recuerdo constante. Todo cuanto hagamos para perpetuar su memoria será un pálido reflejo de cuanto le debemos. Guardemos cada maestro un rincón en nuestro corazón para no olvidarle.

Y sobre todo; no dudéis que desde la gloria del Señor, estará siempre montando la guardia de su vigilia, para pedir y rogar por nosotros. Porque *el justo florecerá como la palma en los atrios de la Casa de nuestro Dios*³.

³ Cfr. *Sal*92, 13.

José María Haro y el magisterio*

Serafín Manzano Rubio

Maestro Nacional. Asociación Católica de Maestros de Valencia

Unas líneas nada más, no para el magisterio veterano, o afincado muchos años en Valencia, sino para el Magisterio joven o llegado recientemente a nuestra ciudad. Para este, una ligera presentación de quién ha sido don José María Haro Salvador con respecto al magisterio. Unas breves notas, tan sólo, porque tenemos conocimiento de que relevantes personalidades de la Enseñanza se van a ocupar de él debidamente.

Nos referimos, en primer lugar, a sus famosas circulares, cuando era Presidente de la Junta Provincial de Enseñanza Primaria¹, donde se abordaban de lleno todos los problemas relacionados con la enseñanza: Escuelas, Maestros, niños. ¡Cuánto contenido y qué trascendente! ¡Cuántas normas y orientaciones en aquellos primeros años de la postguerra! ¡Cuánto hizo por elevar la consideración social del magisterio! Por estos méritos extraordinarios, esta Asociación Católica de Maestros y la Federación Nacional organizaron un homenaje en honor de don José María Haro². El inolvidable luchador en pro del magisterio, don Teodoro Romanillos, Presidente de la Federación en aquella época, dirigió a todas las Asociaciones de España una carta circular de la que entresacamos lo siguiente:

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, pp. 6-7. En el original sin firma, salvo las siglas S.M., tras las que el autor quiso ocultarse.

¹ Vid. *supra*, INIESTA, A., «Haro, paladín del magisterio», n. 17.

² Se celebró pasados varios años de su cese en la Junta Provincial, a finales de 1952.

No hay en España ningún maestro que ignore a estas alturas, la acción apostólica, proyectada con claro entendimiento y fecundo celo, por este insigne propagandista católico, Quijote a lo divino, que al empuje irresistible de la voz de su venerable prelado, ha requerido la lanza y se ha arrojado con gesto de paladín a realizar, en un ambiente de incomprendiones y frialdades, lo que sólo los caballeros enamorados de Dios y de España, ejecutan y realizan: a redimir a nuestras aldeas, predios de Cristo y predios de la patria, a devolver al magisterio «la ilusión, el prestigio y el respeto» que merece la alcurnia de su excelsa labor.

Haro Salvador, no ejerce el magisterio oficial. Pero Haro es un maestro real, un formidable maestro, un maestro cabal, como corresponde a un cabal discípulo de Cristo [...].

Haro Salvador, además, ama al magisterio. De ahí su gran complacencia en servir al magisterio. Lo dice él mismo, como sólo él sabe decirlo: «El magisterio es digno de predilecto amor». Y, movido por esta predilección, Haro se acerca a los maestros para «conocerlos mejor, estimar su vida, su obra, su misión y sus necesidades» [...].

Nadie, al margen de nuestro campo, ha prestigiado tanto a los Maestros como este gran magistrado de la justicia, como este gran dador de caridad, como este apóstol. Nadie tampoco, fuera de nuestra profesión, ha sabido glorificar con tan penetrantes argumentos y tan convincentes razones, la nobleza de nuestra función y la jerarquía social de nuestro oficio³.

Se celebró este homenaje, y la crónica que se escribió en aquel memorable acto empezaba así:

Entre los diversos actos destacó por su importancia la expresión de gratitud que el Magisterio dedicó a su protector, al Ilmo. Sr. Magistrado de Trabajo y Presidente Diocesano de la Rama de los H.H. de A. C., don José María Haro. No hace falta destacar el desinteresado entusiasmo con que don José María se ha volcado en favor del Magisterio. Su palabra prestigiosa y autorizada ha estado centenares de veces al servicio de la escuela, del niño y del maestro.

³ ROMANILLOS, T., «Gratitud merecida y adhesión cordial. Homenaje a José María Haro Salvador», *El Magisterio Español*, nº 8.052, 24 septiembre 1952, p. 635.

Entre los diversos actos realizados figuraron la Misa de Comunión oficiada por el Sr. Arzobispo, en Palacio Arzobispal, con asistencia de las autoridades, Sr. Alcalde, Excmo. Sr. don Baltasar Rull; don Agustín Serrano de Haro, Inspector General de Enseñanza Primaria; don Teodoro Romanillos, Presidente de la Federación; don José Blat Gimeno, Inspector Central; Jefe Provincial del S.E.M., don Cándido Salazar; nuestro Presidente, don Vicente Hervás; Inspector Jefe, don Antonio Michavila; don Ángel Pérez Rodrigo, Inspector de las Escuelas del Patronato del Arzobispado; Alcalde y Concejales de Cheste.

Por la tarde, en el Salón de recepciones de Palacio Arzobispal, se completó la asistencia de las autoridades con el Sr. Gobernador, don Diego Salas Pamba; Sr. Obispo Auxiliar, don Jacinto Argaya; Presidente de la Audiencia Territorial, don José Valcárcel; Subjefe Provincial del Movimiento, don Santiago Guillén, etc.

Intervinieron en este acto nuestro Presidente, don Vicente Hervás, don Teodoro Romanillos, don Agustín Serrano de Haro, el homenajado, y el Sr. Arzobispo.

Hemos leído también un resumen de una conferencia, por el Ilmo. Sr. don José María Haro, que empieza así:

Queridos amigos.... Yo no me excuso nunca ya. Acepto con resignación, al menos, y procuro aceptar con alegría, todo lo que el deber nos pide. Y en este caso, el deber me ha pedido venir con vosotros a estas jornadas y dar esta conferencia, convertida en ponencia ahora⁴.

Más adelante leemos:

¿Qué hacer?, pues ¡eso!, ¡hacer! Con los maestros y por los maestros. Hacer.

Primero: conocerle bien. Acercarnos mucho a él, a ellos. No para cargarles más; para echar sobre sus hombros, egoístamente, los Centros menores, los centros rurales, que ya tomará él si es apóstol.

⁴ «El maestro rural», *pro manusc.* (s.f.), p. 1.

Acercarnos a él, para conocer y estimar su vida, su obra, su misión, sus necesidades. Para que le conozca el pueblo, las familias, el mismo clero. Y que todos le valoren como se merece.

Segundo: Amarle y mucho. Perdonarle y mucho. Entregarnos a él mucho. Dignificarle socialmente. Levantarlo sobre el pavimento, para que se respete, para que se considere.

Tercero: Servirle. Quien sirve bien, es porque ama mucho. Y el magisterio es digno de predilecto amor, merece ser servido. Y la Acción Católica, cuya misión es servir, debe servir al magisterio, al maestro. Le deben servir, los miembros de Acción Católica; los centros parroquiales, los consejos y las juntas. La misma Junta Nacional debería hacer mucho más para servir al magisterio. La Acción Católica entera debe ocuparse mucho más del maestro y de la escuela⁵.

Entre las publicaciones de la Asociación Católica de Maestros hay una escrita por el Sr. Haro, titulada *Colaboración de familia y maestro en el pensamiento de S.S. Pío XII*. La prologa esta conferencia, el cultísimo Inspector de Enseñanza Primaria, don Alfonso Iniesta Corredor, y dice entre otras cosas:

Queremos subrayar con profundísima gratitud la constante incitación que a la sociedad española dirige Haro Salvador, para que amplíe el radio de sus preocupaciones hasta envolver al Maestro en afectos y atenciones que puedan compensarle de indiferencias, desvíos, incomprensiones y aún estrecheces de la más variada índole y condición.

Magnífica llamada a todos, ésta que el celo, la actividad, el dinamismo ininterrumpido de tantos años de actuación pública, lanza don José María Haro Salvador. Nuestra gratitud por ese sentimiento suyo, efusivo y cordial, impulsor de una actuación social que tiene tantas perspectivas gratísimas para el corazón de todos los educadores⁶.

Siendo Presidente de la Junta Provincial de Primera Enseñanza don José María, se enviaron numerosos trabajos escolares valencianos a S.

⁵ *Ibid.*, pp. 12-13

⁶ *Colaboración de Familia y Maestro en el pensamiento de S.S. Pío XII, op. cit.*, p. 4.

San Pío XII⁷. El Papa pudo apreciar cómo se trabajaba en España, y felicitó cariñosamente al Director General de Primera Enseñanza.

El Director General más de una vez había dicho que en ninguna Junta Provincial de Primera Enseñanza de España se trabajaba como en Valencia.

Recientemente, estos días, la Comisión Permanente del Ayuntamiento aprobó la propuesta del Sr. Alcalde, excelentísimo señor don Adolfo Rincón de Arellano, de que se diera el nombre de «Haro Salvador» a un grupo escolar en construcción⁸.

El Sr. Alcalde, desde su época de estudiante de Bachiller, y el Sr. Haro como estudiante de Derecho, ya se conocieron «combatiendo» en primera línea. El doctor Rincón no ha ignorado lo que José María Haro ha luchado por los grandes ideales y lo que ha trabajado por el magisterio. Por ello, ha hecho justicia a este hombre eminente de Valencia.

Nosotros agradecemos este singular gesto de la Alcaldía al reconocer y dejar testimonio perenne de la gratitud que merece la labor que en su vida desarrolló el Sr. Haro Salvador y como homenaje de la ciudad a su memoria.

⁷ Vid. *supra*, INIESTA, A., «Haro, paladín del magisterio», n. 17. Mucho agradó al Papa aquel envío, lo que hizo saber por carta del cardenal Maglioni al Director General de Primera Enseñanza, hecha pública en *El magisterio español* del 20 de marzo de 1943 (p. 188): «Ciudad del Vaticano, 1 de marzo de 1943.— Ha sido muy grato al Santo Padre, recibir el artístico álbum que la Junta Provincial de Primera Enseñanza de Valencia, le ha ofrecido con motivo del XXV aniversario de su consagración episcopal. Tanto por su contenido, como por las personas que lo hacen, tiene este homenaje un alto y significativo valor. Son los educadores y los niños de una provincia entera que se postran ante el augusto Pontífice, para felicitarle en su jubileo, con riquísimo ramillete espiritual, presente de piedad caridad y sacrificio, que indica bien a las claras el modo como se educa a los alumnos de las Escuelas españolas.

Su Santidad se complace en manifestar la viva satisfacción que le ha producido este afecto, y agradece cordialmente a cuantos en él han tomado parte, en tan fervoroso testimonio de veneración. Él pide al Cielo, que la Divina Gracia asista siempre los trabajos de la Junta Provincial de Primera Enseñanza; que el Señor ilumine y sostenga siempre a esos celosos Maestros en la noble tarea de educar cristianamente a sus discípulos para provecho y gloria de la Patria y que los ángeles custodios de esos buenos niños, les defiendan en todo momento, de los peligros de su formación y sepan sacar frutos de las enseñanzas que reciben.

El Augusto Pontífice, que estima cuanto vuestra señoría hace por la recristianización de las Escuelas de España, le ruega que sea intérprete de su paternal reconocimiento ante la dicha Junta Provincial, los Maestros y los alumnos de las Escuelas de Valencia y les trasmita la bendición apostólica que, tanto a vuestra señoría como a ellos, les otorga de corazón.

Con este motivo, aprovecho la oportunidad para significarle los sentimientos de mi más distinguida consideración. / Fdo.: L. Card. Maglione».

⁸ Se refiere, obviamente, al que se bautizó con su nombre en 1971 en el barrio de El Carmen, del que ya se ha dado noticia, y sobre el que vuelve J. Salazar en el artículo que sigue inmediatamente.

Rectificación de un olvido lamentable*

José Salazar Salvador

Director de *Escuela Española*

Hubo una vez en Valencia un Juez, Magistrado de Trabajo, que se llamó en vida don José María Haro Salvador, que además de atender como debía a sus obligaciones, sentía verdadera pasión por la enseñanza, considerándola palanca capaz de mover las estructuras sociales y dar lugar a una España distinta y mejor. Desde el fin de nuestra Cruzada y hasta su muerte, desempeñó en varias situaciones la presidencia de la Junta Provincial de Enseñanza, tal vez entendiendo que para que la enseñanza y la educación sea lo que debe ser y se imparta con alegría, el maestro tenga atendidos los pequeño-grandes problemas que se le presentan en todos los órdenes de su actuación profesional. No hay maestro de aquella época que no tenga en la memoria algún hecho que se resolviera gracias a la gestión del señor Haro, y cuando se amplió la actuación profesional suya, extendió su inquietud a otras provincias y llegó, por dondequiera que fue, la preocupación por la enseñanza.

Ha sido necesario que este ministro, conocedor de la recia personalidad del abogado y maestro por vocación, aunque no por ejercicio, pusiera su nombre en el frontis de uno de los colegios nacionales recientemente inaugurados en Valencia, lo que supone para la historia que los miles de muchachos que allí se educarán, sabrán que pertenecen al colegio que ha podido inaugurarse gracias al ambiente que

* *Escuela española* (Madrid), Año XXXI, nº 1.968, 10 de noviembre de 1971, p. 1.086.

creó esta persona que sintió tan extraordinaria vocación en favorecer los niños necesitados de cultura y de pan en todos los rincones de nuestra patria, y su nombre colocado al frente de un Grupo Escolar será una bandera que perpetúe sus ideales de Escuela Cristiana y popular, que le animara en vida y que fuera el motor de toda su actuación. El olvido ha sido subsanado, y desde ahora un colegio nacional ostentará su nombre como ejemplo y viva lección para las futuras generaciones que aprenderán en él una dedicación especial para la cultura del pueblo y para que las grandes virtudes de la raza se perpetúen y se purifiquen en las aulas del colegio y bajo el nombre de un filántropo como el señor Haro Salvador, que en vida se preocupó por la acción de la escuela.

A José María Haro Salvador*

Prudenci Alcón i Mateu

(Septiembre, 1965)

*Per el camí que vingueres,
lentament te'n has anat;
pel camí de les renunciés;
pel camí que van els sants.*

*Vingueres amb senzillesa,
jovenet, bon estudiant;
si Xest et va vore naixer,
Burjassot et va formar.*

*Dintre dels murs del Col·legi
t'omplires de santedat,
i et donaren fortalesa
els pins aquells seculars.*

*Vares beure fe en la font
del Sagrari; castedat
en els calces d'assutzena
de l'hort florit i cristià*

*d'aquella santa senyora
que fon mare i net mirall
d'unes vides que venien
pels camins del ben anar.*

*Et feres Mestre d'escola,
advocat, passats uns anys,
i omplies la teua vida
d'estudi y bé agermanats*

Por el camino que seguiste,
lentamente te has marchado;
por el camino de las renunciás;
por el camino de los santos.

Viniste con sencillez,
jovencito, buen estudiante;
si Cheste te vio nacer,
Burjassot vino a formarte.

En los muros del Colegio
de santidad te llenaste,
y te dieron fortaleza
aquellos pinos seculars.

Fe fuiste a beber en la fuente
del Sagrario; castidad
en las flores de azucena
del florido huerto cristiano

de aquella santa señora,
madre y nítido espejo
de unas vidas que venían
por caminos honestos.

Te hiciste maestro de escuela,
abogado tras unos años,
mientras llenabas tu vida
de estudio y bien hermanos

* *Valencia Escolar. Revista de la Asociación Católica de Maestros*, Año XVII, nº 152-153, sept.-oct. 1965, p. 6. Traducción propia, ligeramente adaptada.

*fent molt ample el teu camí
que en senda va començar,
i en tu es feia una ampla via,
ampla com camí reial.*

*Pujares com puja l'heura
pels murs dels castells mes alts,
ben aferrat, fins les torres
i on es poguera arribar.*

*Magistrat, home de bé,
fi del pes aquilatant
de l'estricta, de justícia,
del bé, de la lleialtat.*

*Mai no et veneres al ric
ni al pobre sens veritat;
no et veneres més que a Déu
qui amb sa Sang et va comprar;*

*i de Déu, sí, fores obra,
home, instrument i batall,
veu sonora, espill i signe,
servent i amorós esclau.*

*Formares una família
com la formen els cristians,
i tu i Na Maria Lluïsa
agafadets de la ma*

*caminàreu... caminàreu ...
per eixe camí tan llarg
i pedregós de la vida ...
la vida de qui va anant*

ensanchando tu camino
que como senda empezó,
y en ti se hacía ancha vía,
ancha como camino regio.

Subiste como sube la hiedra
los muros de los castillos más altos,
bien agarrado, a las torres
y adonde llegar se pudiera.

Magistrado, hombre de bien,
fiel del peso vigilante
del rigor, de la justicia,
del bien, de la lealtad.

Jamás veneraste al rico
ni al pobre sin fundamento;
solo a Dios tú veneraste
que te compró con su Sangre,

y de Dios, sí, fuiste obra,
hombre, instrumento y badajo,
voz sonora, espejo y signo,
sirviente y amoroso esclavo.

Una familia formaste
como la forman cristianos,
y tú y doña María Luisa
cogiditos de la mano

anduvisteis... anduvisteis...
por este camino largo
y escabroso de la vida...
la vida de quien va marchando

*mirant l'estel de la Gràcia
tan resplendent i tan blanc
com ardent sol que ens anorta
i va servint-nos de far.*

*En el cistell de ta vida
tingueres que anar posant
alegries grans, immenses,
i espines també molt grans.*

*Un roser foren tes obres;
ta virtut, un fruiterar;
el teu daler, llac dolcíssim,
i el teu treball un gran camp.*

*La teua llavor fón arbre;
ta paraula, llibre i pa;
ta carícia un breu silenci
que es passa sense cantar ...*

*un curt bes sense estridències,
un frec de galta suau,
una mirada, un sospir,
un somrí sense esclatar.*

*Vents mestrals i tramuntanes
et volgueren ter vinclar
ta palmera recta, erecta,
sempre, sempre cap en alt.*

*No t'han abatut insídies
ni llevantances ni el mal;
fores fort i invulnerable;
tu seguies, al teu pas,*

*sens mirar dreta ni esquerra,
cap enrera ni endavant;
tu miraves una meta,
la que Déu et va signar.*

mirando a la estrella de Gracia
tan resplandeciente y blanca
como ardiente sol que nos guía
y que nos sirve de lámpara.

En el cesto de tu vida
tuviste que ir recogiendo
alegrías grandes, inmensas,
y muy grandes también espinas.

Un rosal fueron tus obras;
tu virtud, un frutal;
tu ánimo, lago dulcísimo,
y tu trabajo un pradal.

Tu semilla se hizo árbol;
tu palabra, libro y pan;
tu caricia silencio breve
que pasa sin avisar...

un corto beso sin ruido,
un roce de mejilla suave,
una mirada, un suspiro,
un sonreír sin tronar.

Tramontanas, vientos mistrales
te quisieron doblegar;
tu palmera recta, erecta,
siempre, siempre erguida está.

No te abatieron insidias
ni rebeliones ni el mal;
fuiste fuerte e invulnerable;
tú seguías a tu andar,

sin mirar a diestra o siniestra,
ni hacia delante ni atrás;
tú mirabas a una meta,
la que Dios te quiso dar.

*Un sis d'agost –dol i joia–
Les campanes van cantar
una cançó de tristor
i de triomf amb gran contrast.*

*Les banderes endolades
es quedaren a meitat ...
Maria Lluïsa plorava ...
ploraven els teus germans ...*

*reçaven els teus amics,
callaven els més estranys ...
Un glavi tallà el teu lliro
que a terra no va tocar*

*perquè tu amb ta ma el portaves
com un ciri encés, triomfant,
i seguies pel camí
que venies caminant,*

*des de menut, a ta meta,
a la immensa eternitat,
per vore la cara a Déu
somrisent, esperant ja.*

*Per el camí que vingueres,
lentament te'n has anat;
pel camí del compliment
per el que sols van els sants.*

Un seis de agosto –dolor y gozo–
las campanas cantaron
una canción de tristeza
y de triunfo tan contrario.

Las banderas enlutadas
se quedaron a mitad...
María Luisa lloraba...
y lloraban tus hermanos...

rezaban tus amigos,
callaban los más extraños...
Una espada cortó el lirio
que a la tierra no cayó

que en tu mano lo llevabas,
como cirio encendido, invicto,
y seguiste ese camino
que venías caminando,

desde niño hasta tu meta,
a la inmensa eternidad,
para ver la cara a Dios
sonriente, ya esperando.

Por el camino que seguiste,
lentamente te has marchado;
por el camino del cumplimiento
por el que van solo los santos.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
JOSÉ MARÍA HARO SALVADOR
UN HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO
DE CEU EDICIONES, EL DÍA 27 DE JUNIO 2018,
FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS VERGARA, S.A.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

